

BIBLIOTECA



**REX STOUT
CHAMPAÑA
PARA UNO**



<***s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a

REX STOUT

CHAMPAÑA
PARA UNO

Nero Wolfe 31

Biblioteca de oro 450 -
Molino

CAPÍTULO PRIMERO

AQUELLA cruda mañana, un martes del mes de marzo, no sólo llovía sino que además soplaba un fuerte viento. De no haber sido por tal circunstancia, en el momento de producirse la llamada telefónica de Austin Byne yo habría estado ausente, lo que hubiera dado lugar a que él intentara ponerse en contacto con otra persona. Pero lo más probable es que no hubiese ocurrido

esto. Quizás hubiera vuelto a llamar más tarde, así que me es imposible echarle la culpa al tiempo. Lo cierto es que yo me encontraba en la oficina en el instante de sonar el timbre del teléfono, engrasando la máquina de escribir y las dos pistolas Marley, calibre 38, para cuyo uso estamos legalmente autorizados, con aceite procedente de un mismo bote.

—Aquí la oficina de Nero Wolfe — dije descolgando el receptor—. Archie Goodwin al habla.

—Hola, Goodwin. Soy Byne. Dinky Byne.

El lector se enterará perfectamente de quién era el autor de la llamada con sólo pasar la vista por la línea

precedente. Yo, en cambio, entonces con el oído pegado al auricular, no logré aclarar nada. Me había parecido percibir más bien el croar de una rana moribunda que la voz de un hombre.

—Despeje su garganta —sugerí—. Estornude, haga algo y pruebe a hablar de nuevo.

—Me serviría de poco. Tengo la garganta congestionada. Garganta. Congestionada. ¿Comprende? Soy Dinky Byne... B-y-n-e.

—¡Ah! Hola. No voy a preguntarle cómo se encuentra puesto que ya le oigo. Sinceramente: deseo que se alivie.

—Bien lo necesito. Pero preciso algo más... —Ahora le oía mejor—.

Necesito ayuda. ¿Quiere usted hacerme un favor? Se trata de un favor importante.

Fruncí el ceño.

—Veamos. Siempre que sea algo que no me ocasione muchas molestias...

—En absoluto. Usted conoce a mi tía Louise, la señora Robilotti...

—Sólo profesionalmente. El señor Wolfe trabajó para ella en una ocasión. Tenía que recuperar unas joyas desaparecidas... Es decir, ella contrató sus servicios y todo corrió a cargo mío... No le caí muy bien. Le dolió mucho una observación que formulé.

—Eso no tiene importancia. Mi tía suele olvidar tales detalles. Supongo

que está usted enterado de la reunión que organiza todos los años, en el día del aniversario de mi tío Albert, ya difunto.

—Desde luego. ¿Quién no ha oído hablar de ella?

—Pues bien, de eso se trata. Es hoy. A las siete. Yo figuro en la lista de los invitados masculinos... Y, fíjese: resulta que tengo algunas décimas de fiebre. No puedo asistir. A mi tía le sentará muy mal mi ausencia si se ve obligada a hacer gestiones para cubrir mi puesto. Le he telefoneado asegurándole que no tendrá que hacer nada, que ya dispongo de un sustituto, el señor Archie Goodwin. Usted hará mejor papel que

yo en cualquier momento. Ella le conoce y no se acuerda ya del detalle que usted mencionó antes. ¡Si hubiera de tener en cuenta las cosas que yo le he dicho...! Usted, Goodwin, sabe exactamente cómo tratar a las damas invitadas. Corbata negra. A las siete. Y ya conoce la dirección. Mi tía, naturalmente, le llamará ahora, en cuanto hable con ella, para confirmar la invitación. Le garantizo que en la mesa no habrá nada que le estropee el estómago. La cocina es excelente. ¡Oh, Dios mío! No me creía capaz de hablar seguido durante tanto tiempo. ¿Qué me dice, Archie?

—Estoy pensando —respondí—. Ha esperado hasta última hora...

—Sí, es verdad. Creí poder ir, pero esta mañana, al abrir los ojos... Los párpados parecían pesarme una tonelada. Algún día haré algo semejante por usted.

—No podrá. Yo no tengo ninguna tía millonaria. Dudo de que ella haya olvidado mi observación porque ésta fue muy mordaz. ¿Y si me pone el veto? Habrá de volver a llamarme y luego intentar localizar a otro cuando debiera esforzarse por no hablar... Además, heriría mi amor propio.

Esto era un pretexto. Precisamente lo que yo deseaba era oír su voz. Me había parecido notar en ésta un tono normal a veces. Cuando uno tiene la garganta

congestionada las eses se pronuncian como siempre y él intentaba dar a ciertas palabras un siseo extraño. Por otra parte, las ges de otros vocablos las transformaba en des cuando en realidad hubiera debido de acentuar el gangueo. Consecuentemente, había concebido la sospecha de que el resfriado era una treta. De no haber tenido yo tan excelente concepto de mi propia persona como tengo me hubiese mostrado curioso, deseando saber por qué causa Byne se había fijado en mí, ya que nuestras relaciones no eran muy estrechas. Pero esto no constituye ningún enigma. Cualquier ciudadano que se encuentre satisfecho de sí mismo fingirá

una gran sorpresa si el jefe de uno de nuestros grandes partidos políticos se dirige a él para comunicarle su elección para la Presidencia de los Estados Unidos. Íntimamente, sin embargo, no sentirá ninguna extrañeza.

Alargué la charla sólo el tiempo suficiente para que no me cupiera duda alguna sobre la falsedad del resfriado. Luego accedí. La verdad era que la idea de asistir a aquella reunión me aterraba. Sería una nueva experiencia que acrecentaría mis conocimientos sobre el alma humana. Resultaría también un poco delicada mi posición, y oscura, incluso, pero la cosa no estaría desprovista de interés. ¿Cómo se

conducirían ellos? ¿Cómo me comportaría yo mismo? En consecuencia, comuniqué a Byne que aguardaría la llamada de su tía Louise.

Ésta tardó en producirse menos de media hora. Había terminado de engrasar las pistolas y estaba acomodándolas en uno de los cajones de mi mesa de trabajo cuando sonó el timbre del teléfono. Una voz que reconocí en seguida me notificó que estaba hablando con la secretaria de la señorita Robilotti y que ella deseaba decirme algo.

—¿Cuestión de joyas otra vez, señorita Fromm? —inquirí.

—La señora Robilotti le informará,

señor Goodwin.

Después percibí otra voz que identifiqué también.

—¿El señor Goodwin?

—Al habla.

—Austin Byne, mi sobrino, dice que le ha telefonado.

—Supongo que fue él quien me llamó.

—¿Supone usted?

—La voz aseguró que era Byne quien hablaba, pero podía haberse tratado también de una foca que intentara ladrar.

—Una laringitis. Ya se lo dijo. Al parecer sigue usted siendo el de siempre. Le pidió que ocupara su puesto

entre mis invitados esta noche. Usted le contestó que vendría si yo le invitaba. ¿Es eso correcto?

Admití que lo era, efectivamente.

—Afirma mi sobrino que usted conoce el carácter y la significación del acto.

—Por supuesto. Lo mismo les ocurre a cincuenta millones de personas más ...

—Me consta. Lamento la publicidad que se le dio tiempo atrás, pero no quiero que se deje de celebrar esa reunión anual, honrando así la memoria de mi primer esposo. Le invito a ella, señor Goodwin.

—De acuerdo. Y yo acepto su invitación para hacerle un favor a su

sobrino. Muchas gracias.

—Conforme, pues. —Aquí la señora Robilotti hizo una pausa—. Desde luego, no es corriente que al invitar a alguien se den normas respecto a la conducta que debe observarse, pero este caso constituye una excepción. ¿No piensa usted igual?

—Ciertamente.

—Es necesario desplegar mucho tacto y discreción.

—Cuenta con que haré lo que sea posible para quedar en buen lugar —dije con objeto de tranquilizarla.

—Habrá de mostrarse en todo momento correcto, naturalmente.

—No se preocupe, señora Robilotti.

Comprendo perfectamente. En mi conducta no podrá observar nada anormal, ni durante la cena ni después de ella. Considéreme aleccionado.

—Le espero, entonces. Haga el favor de no colgar todavía. Mi secretaria le facilitará los nombres de las personas que asistirán a la cena. Las presentaciones se simplificarán si conoce a éstas de antemano.

La señorita Fromm cogió el teléfono de nuevo al otro extremo de la línea.

—¿Señor Goodwin?

—Estoy escuchándole.

—Debe usted tomar papel y lápiz.

—Son dos cosas que siempre tengo a mano. Empiece.

—Interrúmpame si le hablo demasiado de prisa. Habrá doce personas a la mesa. El señor y la señora Robilotti. La señorita Celia Grantham y el señor Cecil Grantham, nacidos del primer matrimonio de la señora Robilotti.

—Sí, lo sabía.

—Las señoritas Helen Yarmis, Ethel Varr, Faith Usher... ¿Voy demasiado aprisa?

Contesté que no.

—La señorita Rose Tuttle. Los señores Paul Schuster, Beverly Kent, Edwin Laidlaw, usted... Doce en total. Tendrá usted a la señorita Varr a la derecha y a la señorita Tuttle a la

izquierda.

Después de darle las gracias colgué. Aquello sería interesante, pero supondría un gran esfuerzo para mis nervios. Bien. Estaba comprometido, de todos modos. Llamé a Byne al número que me había facilitado para decirle que podía quedarse en su casa y dedicarse a cuidar su resfriado. Luego me acerqué a la mesa de Wolfe, anotando en su calendario el nombre de la señora Robilotti y su número de teléfono. Siempre quiere saber dónde puede localizarme cuando estoy fuera, aunque no tengamos nada importante entre manos, sólo por si alguien solicita de pronto nuestra colaboración. Después

fui al vestíbulo, giré hacia la izquierda y empujé la puerta de la cocina. Fritz se encontraba ante la mesa grande, extendiendo mantequilla de anchoas sobre unas huevas de sábalo.

—No cuente conmigo para la cena —le anuncié—. Me dispongo a hacer mi buena acción de todos los años... Voy a salir.

Fritz interrumpió su trabajo para mirarme.

—Malo, malo... Tenemos ternera en timbal, setas, vino blanco...

—Me lo pierdo. Sin embargo, espero hallar algo comestible allí donde voy.

—¿Se trata de un cliente, quizás?

Fritz Brenner es un hombre silencioso. Jamás mete las narices en los asuntos privados de nadie, ni en los míos siquiera. Pero, por supuesto, por la gente que en éste habitaba, por cuanto atañía a nuestro antiguo edificio de fachada color pardo rojizo, plantado en la calle Treinta y Cinco Oeste.

Simplemente: quería saber si mi compromiso supondría un beneficio positivo. Necesitábamos dinero. Yo tenía que cobrar. Y él también. Y a Theodore Horstmann, que pasaba todo el día y parte de la noche en compañía de las diez mil orquídeas que ocupaban la planta superior, le sucedía lo mismo. Teníamos que comer, además, a base de

lo que Wolfe señalaba, que Fritz se encargaba de preparar. Aparte de eso Wolfe había traído aquella semana un celogenio procedente de Burma, por el que diera ochocientos dólares. Y eso era en él un rasgo que no tenía nada de extraordinario. Había más cosas aún y a todo esto la única fuente de ingresos radicaba en la gente cargada de problemas, capaz de pagar los servicios de un detective. Fritz no ignoraba que andábamos escasos de dinero momentáneamente y quería saber si mi cita produciría alguno.

Denegué con un movimiento de cabeza.

—No, no es ningún cliente —

respondí al tiempo que me acomodaba en una banqueta—. Soy un invitado de la señora de Robert Robilotti, quien, hace un par de años, utilizó nuestros servicios. Alguien le robó por entonces varios brazaletes y sortijas, cuyo importe total ascendía al millón de dólares, joyas que conseguimos recuperar... Necesito que me des algún consejo Fritz. Puede que tu experiencia en cuestiones femeninas no sea tan grande como tu sabiduría en materias de tipo gastronómico pero yo sé muy bien que tienes tus arreglos y estimaría en lo que valen tus posibles sugerencias sobre el particular y con respecto a la conducta que debo observar esta noche.

Fritz lanzó un bufido.

—¿Usted quiere que yo le diga cómo ha de comportarse en una reunión en la que, por lo visto, participarán varias mujeres? ¿Usted? ¿Pese a su millar de aventuras triunfales? ¿Solicita de veras mi consejo, Archie? Creo que ha invertido los términos.

—Gracias por el cumplido, pero esas mujeres, Fritz, constituyen algo especial. —Con la punta del dedo hice desaparecer un gotita de mantequilla de anchoas que había caído sobre la mesa, llevándome después aquél a la boca—. El problema aparece planteado así: el primer esposo de la señora Robilotti fue Albert Grantham, quien pasó los últimos

diez años de su existencia emprendiendo ciertas cosas con parte de los trescientos o cuatrocientos millones de dólares que heredó, cosas tendentes a mejorar el mundo, incluyendo a los que lo habitan. Supongo que admitirás que una joven que tiene un hijo y sin embargo carece de esposo necesita ayuda...

Fritz apretó los labios.

—Para contestar a eso habría de ver primero a la joven y al niño. Tal vez me parecieran los dos encantadores.

—No se trata de eso. Por lo menos en relación con Grantham. El asunto de las madres solteras fue una de sus grandes empresas, por la que sintió siempre un interés personal. Raras veces

accedió a ligar su nombre a sus proyectos pero en este caso hizo una excepción. El edificio que construyó en Dutchess Couty para hacer una realidad de su propósito se llamó desde un principio Grantham House, nombre que aquél continúa ostentando. ¿Qué estás poniendo ahí?

—Orégano; Probaré a ver si va bien...

—No se lo digas. ¿Será capaz de adivinarlo? Cuando las jóvenes madres salían de Grantham House se les ayudaba económicamente hasta el momento en que lograban algún empleo o se casaban. Pero ni aún entonces eran olvidadas por la fundación. El propio

Grantham ideó varios años antes de morir, un procedimiento para no perder el contacto con ellas. Cada año, el día de su cumpleaños, hacía que su esposa invitara a cuatro de las chicas a cenar en su mansión de la Quinta Avenida. El mismo día invitaba el matrimonio a cuatro hombres solteros. Desde su muerte, ocurrida cinco años atrás, su mujer se ha encargado de que la tradicional costumbre no desapareciera. Alega que lo hace para honrar su recuerdo, pese a que en la actualidad se halla casada con un sujeto llamado, como ya dije antes, Robert Robilotti, quien no se ha metido nunca en estos asuntos. Hoy es el aniversario de

Grantham... Voy a casa de la viuda. Soy un miembro del cuarteto de solteros.

—¡No! —exclamó Fritz.

—¿No? ¿Por qué?

—¿Va usted a hacer eso, Archie?

—¿Y por qué no?

—Lo echará todo a perder. Dentro de unos meses esas chicas se encontrarán de nuevo en Grantham House.

—Estás en un error, Fritz —aseguré formalmente—. Te agradezco el discreto elogio que acabas de dispensarme pero la verdad es que me enfrento con un asunto serio y necesito que alguien me aconseje. Fíjate: esas chicas son madres. Se apartan de lo normal. Hay

que suponer que desean situarse en la vida. Lo extraordinario de la reunión radica en que van a sentarse a la mesa en compañía de otros cuatro hombres a los que no han visto jamás con anterioridad, con los que es posible que no vuelvan a tropezarse nunca. He aquí mi problema: no puedo dedicarme al señor Grantham, ya fallecido, ni tampoco soy capaz de hacer eso exclusivamente con su esposa, ni muerta ni viva... En resumen: ¿cuál debe ser mi comportamiento allí? Aceptaré de buen grado cualquier sugerencia en tal sentido.

Fritz se cogió la cabeza con ambas manos.

—¿Por qué ha decidido asistir a esa reunión?

—Porque así me lo pidió un conocido. Ésa es otra cuestión. ¿Por qué vino a fijarse en mí? Supongo que accedí porque en un principio estimé que resultaría divertido, pero ahora me doy cuenta de que mi situación puede resultar un tanto apurada. Bien. Ya me he comprometido. ¿Cuál ha de ser mi actitud? ¿He de optar por mostrarme alegre? ¿Haré un aparte con cualquiera de esas muchachas para hablarle de su hijo? ¿Me levantaré en un instante que a mí me parezca oportuno para pronunciar un discurso relativo a ciertas madres famosas del tipo de Venus y la señora

Shakespeare? ¿Hablaré de esa ciudadana italiana que hace poco dio a luz unos gemelos?

—No, no. Nada de eso.

—Entonces, ¿qué?

—No sé... Yo creo que usted habla ahora por hablar.

—Explícate.

Fritz me apuntó con el cuchillo que tenía en la mano.

—Le conozco a usted bien, Archie. Tanto como usted a mí, quizás. Usted no precisa ningún consejo. ¿Cómo habrá de conducirse? ¡Ah! Usted se presentará allí, mirará a su alrededor y se comportará de acuerdo con lo que vea. ¡Lo que hace siempre, en definitiva! Si

su presencia en la casa de Grantham le exige un esfuerzo muy penoso acabará por marcharse. Si una de las chicas es auténticamente encantadora y observa que todos los hombres se agrupan en torno a ella procurará apartarla de los demás y mañana comerán juntos. Si está usted aburrido comerá demasiado, sirvan lo que sirvan. Si se siente enojado... ¡Oh! ¡El ascensor! —Fritz echó una mirada al reloj—. ¡Dios mío! ¡Son las once! ¡La mantequilla! —A continuación se dirigió al frigorífico.

Continué sentado en mi banqueta. A Wolfe le agrada encontrarme en la oficina y cuando no estoy allí se excita un poco, lo cual no supone nada malo

para él. Esperé hasta el momento en que oí la puerta del ascensor al abrirse y el rumor de sus pasos por el pasillo. Nunca me he sabido explicar por qué hace tan poco ruido al andar. Uno pensaría que sus pies, no más grandes que los míos, se han acomodado de una manera especial al peso que se ven obligados a soportar: la séptima parte de una tonelada, aproximadamente. Caminaba como una persona que tuviera la mitad de su corpulencia. Le di tiempo para que cruzara el cuarto con el fin de acercarse a su mesa de trabajo y se sentara en su enorme sillón, construido de encargo. Al entrar me deseó «buenos días» con un gruñido y yo correspondí a su saludo. La

relación cordial se establece entre nosotros, habitualmente, a partir del momento en que Fritz le lleva el desayuno a su habitación, en una bandeja. Todos los días, incluidos los domingos, Wolfe pasa dos horas, de nueve a once, en compañía de Theodore y las orquídeas.

Al sentarme frente a mi mesa le dije:
—No deposité los cheques que llegaron ayer por culpa del mal tiempo. Quizás éste se aclare un poco antes de las tres.

Wolfe estaba echando un vistazo al correo, que yo depositara con anterioridad sobre su carpeta.

—Vaya a ver al doctor Vollmer —

ordenó.

Sabía lo que pensaba. Por el simple hecho de eludir la lluvia y el viento de aquel día de marzo, dejando con ello de hacer entrega de los cheques en el Banco, me suponía enfermo.

Consecuentemente, tosí. Después, estornudé.

—Ya no hay remedio —afirmé—. El doctor Vollmer me mandaría meterme en cama y esto me serviría ahora de bien poco.

Wolfe me miró, asintiendo para darme a entender que se hacía cargo de lo que acababa de decir. En seguida alcanzó su calendario de sobremesa. Después del correo siempre viene esto.

—¿De quién es este número de teléfono? —preguntó—. ¿De la señora Robilotti?

—Sí, señor. ¿La recuerda? Aquella mujer que se negó en un principio a pagar su nota de veinte mil dólares, aunque luego cedió.

—¿Qué desea ahora?

—Se trata de algo que sólo me afecta a mí. Ahí es donde podrá usted localizarme si me necesita a partir de las siete.

—El señor Hewitt va a venir esta noche. Nos trae una planta nueva y piensa examinar nuestra colección. Usted dijo que se encontraría aquí en el momento de su llegada.

—Así es, pero ha surgido esto. Esa mujer me ha telefoneado esta misma mañana.

—No sabía que mantenían una relación amistosa.

—No. No mantenemos ninguna clase de relación. Desde el día en que hizo efectiva nuestra nota no la he vuelto a ver, ni siquiera había oído hablar de ella. Esto es una cosa especial. ¿No se acuerda de que cuando ella contrató sus servicios yo hice referencia a una información leída por mí en una revista que se ocupaba de la reunión que reciben anualmente, el día del cumpleaños de su esposo? En ellas figuran cuatro chicas y cuatro jóvenes

como invitados. Las muchachas son madres solteras que desean rehabilitarse...

—Me acuerdo perfectamente, sí. Una bufonada. Una parodia de la hospitalidad. ¿Y usted ha decidido prestar su colaboración a los autores de aquélla?

—No es eso. Un conocido mío, un individuo llamado Austin Byne, me telefoneó para pedirme que ocupara su puesto en la reunión. Se encuentra en cama con un fuerte resfriado y le es imposible asistir. Conoceré algo nuevo. Dispondré de una ocasión excelente para templar mis nervios.

Wolfe me miró ahora con los

párpados entreabiertos.

—Archie.

—Diga, señor.

—¿Me he metido yo alguna vez en sus asuntos privados?

—Sí, señor. Frecuentemente. Claro que usted cree lo contrario, de manera que siga hablando...

—Me parece lógico que tenga usted el capricho de asistir a esa estrafalaria representación. Ahora bien, quiero sugerirle que usted con ello pierde, se degrada un poco. Esas personas han sido convocadas allí con un propósito evidente. Es de esperar que las chicas, una de ellas, al menos, encuentre en la casa de la señora Robilotti un hombre

que prosiga más adelante la relación esta noche iniciada, acabando por legitimar, ya que no el niño existente, los que vengan después. Su presencia en la reunión representará una impostura y usted lo sabe. Dudo ya de que usted se deje avasallar por una mujer pero si tal cosa ocurre seguro que ella tendrá cualidades que harán imposible que comparta el destino de esas desamparadas criaturas. Usted estará perpetuando un fraude.

Moví violentamente la cabeza.

—No, señor. Está usted equivocado. Le he dejado terminar porque deseaba conocer a ciencia cierta su pensamiento. Si no se tratara más que de dar a esas

chicas una oportunidad, la de conocer unas caras nuevas, diría adiós a la señora Robilotti y me quedaría aquí. No es eso... Lo extraordinario radica en que los hombres pertenecen a la misma esfera social que la dueña de la casa. Ya sabe usted: individuos que usan el traje de etiqueta seis noches por semana. Es una ocasión. El propósito de la cena no es otro que el de elevar la moral de las muchachas, darles una oportunidad para que pasen una velada acompañadas de la «crema», para que puedan saborear el caviar y sentarse en una silla construida por Congreve. Desde luego...

—Congreve no hacía sillas.

—Ya lo sé, pero necesitaba citar un

nombre y se me ha ocurrido ése. No. No me veré obligado a perpetuar ningún fraude. Y no estoy muy seguro, pero podría ser que el destino me hiciese una jugarreta en casa de la señora Robilotti. Es un hecho probado que algunas mujeres resultan más bellas, más espirituales, más fascinantes después de haber tenido su primer hijo. Tal vez suponga una ventaja encontrarse con una familia creada previamente.

—¡Uf! Ha decidido usted por fin asistir, ¿eh?

—Sí, señor, le he dicho a Fritz que no vendré a cenar. —Me puse en pie—. Voy a salir un momento. Si desea contestar la correspondencia antes de la

comida no tardaré en bajar más de dos minutos.

Me acababa de acordar de que el sábado por la noche, en el Flamingo, alguien me había manchado una de las mangas de mi smoking. Al volver a casa había usado un producto para limpiar aquélla, pero desde entonces no se me había ocurrido examinar la prenda de nuevo. Salvados los dos pisos que me separaban de mi habitación comprobé ya en ésta que el traje que tenía que ponerme para asistir a la reunión ofrecía un aspecto impecable.

CAPÍTULO II

YA conocía perfectamente la distribución interior de la casa de Grantham, habitada ahora por los Robilotti. Era el número ochenta y tantos de la Quinta Avenida. Con motivo de las investigaciones que habíamos realizado tiempo atrás para recuperar las joyas desaparecidas había recorrido personalmente pulgada a pulgada, incluidas las habitaciones de la servidumbre.

Dentro del taxi que me conducía a

aquella estuve preparándome mentalmente, con vistas a mi inminente entrada en acción. Supuse que la reunión precedente a la cena tendría lugar en el segundo piso, en el salón destinado a los conciertos familiares. Sin embargo, me equivocaba.

Hackett me acogió con toda corrección. He de decir que sus modales al enfrentarse conmigo anteriormente, en mi calidad de detective al servicio de los dueños de la casa, habían sido perfectos. Ahora que me acercaba allí embutido en el uniforme de los invitados aceptó este hecho con toda naturalidad, sin pestañear. Me imagino que los hombres que como él trabajan en ciertas

mansiones señoriales deben recibir una instrucción especial para que sepan comportarse de acuerdo con la categoría social de las personas que tratan, pero también pienso que eso es algo tan endiabladamente difícil e intrincado que lo más probable es que uno haya de nacer con determinadas cualidades para desempeñar un papel semejante. Su manera de saludarme, comparada con la que yo conocía de antes, constituyó un verdadero alarde de facultades.

Decidí quebrantar un poco su serenidad. En cuanto hubo cogido mi abrigo y mi sombrero inquirí irguiendo la cabeza rígidamente:

—¿Cómo va eso, señor Hackett?

El mayordomo no se alteró lo más mismo. Sus nervios debían ser de acero. Limitóse, simplemente, a responderme:

—Muy bien, señor Goodwin, muchas gracias. La señora Robilotti se encuentra en el salón.

—Usted gana, Hackett. Le felicito.

Acto seguido recorrí en el vestíbulo los diez pasos que me separaban de la arqueada entrada que daba acceso al salón.

Tendría éste unos veinte pies. Dentro de él hubieran podido bailar hasta cincuenta parejas. Contaba, además, con un estrado para la orquesta tan grande como mi dormitorio. Las tres arañas de cristal instaladas por la madre de Albert

Grantham continuaban en su sitio, así como las treinta y siete sillas (que yo había contado un día), de todas formas y tamaños, las cuales he de admitir que no habían sido construidas por Congreve... Sin embargo, no puedo dejar de señalar tampoco que no eran del tipo que vende Grand Rapids. De todos los salones que he visto hasta el presente, y llevo vistos bastantes, aquél era el último que se me hubiera ocurrido escoger para reunir a cuatro madres solteras con unos cuantos desconocidos. Al entrar eché un vistazo a mi alrededor. Después de pasear un poco —a eso obligaba la distancia—, llegué hasta donde se hallaba la señora Robilotti, en tal momento rodeada de

varias personas, en las proximidades de un bar portátil. Al acercarme a ella me tendió la mano.

—Encantada de verle, señor Goodwin.

El cambio de actitud en ella no aparecía tan perfectamente matizado como en Hackett, pero, en fin... Yo le había sido impuesto. En sus cejas advertí un leve fruncimiento. En sus grises ojos no brillaron las llamitas anunciadoras de una cordial acogida. Ahora bien, ¿habrían brillado aquéllas con cualquier motivo alguna vez? En su rostro las líneas rectas no se reducían al trazo de las cejas. El paso de los años (la señora Robilotti se acercaba a los

sesenta) había acentuado su predominio sobre las curvas. Apreciábase esto en su cuello, cubierto de arrugas, y en los mismos brazos, ocultos sólo hasta el codo por las mangas del vestido. No llevaba en aquellos instantes más joyas que un collar de perlas y dos sortijas.

Efectuadas las presentaciones fue servido un cóctel de champaña. Al primer sorbo advertí algo extraño en éste y entonces me aproximé al bar para averiguar donde radicaba la anomalía. Cecil Grantham, hijo de la señora Robilotti y su primer marido, efectuaba la mezcla de las bebidas, incurriendo en un delito más censurable que el crimen. Le vi muy bien. En un vaso que había

colocado debajo del mostrador del bar echó medio terrón de azúcar, una gota o dos de bitters y un trozo de corteza de limón. Luego llenó el vaso de agua de seltz, hasta la mitad, completando el cóctel con Cordon Rouge. Estropear un buen champaña con la adición de sustancias tan despreciables como el azúcar, las bebidas amargas y la corteza de limón constituye, desde luego, una falta gravísima, falta que no tiene perdón posible cuando, ya en el colmo del ensañamiento, se recurre al agua de seltz. El motivo era bien fácil de adivinar: había que salvaguardar la integridad de los huéspedes. Decidí no perder de vista a Cecil para ver si bebía

lo mismo que los invitados, pero en ese momento llegó otro miembro de la reunión, al que tuve que ser presentado. Éste completaba la docena.

En el instante en que la señora Robilotti nos precedía por las amplias escaleras de mármol, camino del comedor, que se encontraba en el piso superior, ya había clasificado yo a todos los presentes, adjudicándoles sus nombres respectivos. Por supuesto, conocía ya de antes a los dos hermanos, a Cecil y Celia. Paul Schuster era un tipo de fina nariz y ojos vivaces. Beverly Kent tenía el rostro alargado y unas orejas grandes. Edwin Laidlaw era un individuo menudo, al que se le había

olvidado peinarse para asistir a la reunión o bien no había conseguido dominar sus rebeldes cabellos.

Había pensado que la mejor norma de conducta con las chicas era aparecer ante ellas como una especie de hermano mayor que se encontrara complacido en su compañía y gustara de bromear, naturalmente, siempre con el máximo tacto y refinamiento. Su reacción había sido bastante satisfactoria. Helen Yarmis, alta y delgada, era una mujer de ojos castaños, de boca grande, delicadamente trazada, que hubiera resultado espléndida de no presentar un leve abatimiento en las comisuras. Tenía un porte digno. Ethel Varr era la que

hubiera escogido de haberme dejado llevar de mis preferencias. No podía clasificársela dentro del grupo femenino que obliga en la calle a volver la cabeza, pero su rostro merecía una atención especial porque era de las que cambian de expresión con cada movimiento, según el juego de luces y de sombras.

A Faith Usher la hubiera escogido verdaderamente por hermana. Me daba la impresión de estar más necesitada que las demás de un familiar masculino en tal grado de parentesco. Era en realidad la más bonita del grupo. Poseía una faz menuda y de delicados rasgos. Sus ojos presentaban verdosos reflejos. Tenía

también una frágil figura pero, evidentemente, hacía lo posible por atenuar tales ventajas manteniendo sus hombros caídos y los músculos faciales rígidamente contraídos. De persistir en esto juzgué que no pasaría mucho tiempo sin que aparecieran en su rostro las temidas arrugas. Un hermano como era debido hubiera hecho maravillas con ella, pero yo no gocé de ninguna oportunidad para entablar conversación ya que Faith Usher cayó enfrente de mí, al otro lado de la mesa, sentada entre Beverly Kent, a su izquierda, y Cecil Grantham, a su derecha.

A mi izquierda, tenía yo a Rase Tuttle, quien no mostraba señales de

andar necesitada de un hermano o algo por el estilo. Sus ojos eran azules. Hallábase en posesión de una faz redonda y de curvas en cantidad suficiente para regalar a la señora Robilotti sin perder con ello mucho. Era una mujer de carácter animoso. Hubiera sido preciso algo más que un bebé en su caso para amilanarla. En el momento de pinchar una ostra con el tenedor volvió la cabeza hacia mí, preguntándome:

—Goodwin... ¿No es ése su nombre?

—Así es. Archie Goodwin.

—Me estaba preguntando por qué esa mujer me dijo que estaría sentada entre los señores Edwin Laidlaw y

Austin Byne. Ahora resulta que usted se llama Goodwin. El otro día, hablando con una amiga acerca de mi propósito de asistir a esta reunión me dijo ésta que en ella deberían figurar también padres solteros... Usted parece haber cambiado de nombre... ¿Figura usted entre éstos acaso?

Recordé que tenía que conducirme con discreción.

—A medias —repuse—. Soy soltero, pero no padre, que yo sepa. El señor Byne padece un resfriado y no habiendo podido venir me pidió que asistiera en su lugar. Mala suerte por lo que a él respecta; excelente para mí.

Rase Tuttle ingirió la ostra que

acababa de pinchar y luego otra. Comía con evidente placer. Después volvió a mirarme.

—Le dije a esa amiga mía que si los hombres que iba a conocer aquí eran del estilo de los que encontré en otra ocasión no perdería nada faltando a la cena. Pero ya veo que no. De todas maneras hay que hacer una excepción con usted. Me he sentido inducida a ello al ver cómo lograba que Helen, Helen Yarmis, riera. Voy a hablarle de usted a mi amiga, si no le importa.

—En absoluto. —Una pausa que Rose Tuttle aprovechó para devorar otra ostra—. Ahora bien, no quiero que incurrir en un error. Yo no pertenezco a

la buena sociedad. Soy, sencillamente, un hombre que tiene que trabajar para vivir.

—¡Ah! Eso lo explica todo. ¿En qué se ocupa usted?

«Tacto, mucho tacto», me dije, previniéndome una vez más. La señorita Tuttle no debía pensar nunca que la señora Robilotti había contratado a un detective para vigilar a sus invitados.

—Puede que le parezca extraño. Trabajo para un hombre llamado Nero Wolfe. Quizás haya oído hablar de él.

—Creo que sí —desaparecidas las ostras, la joven depositó su tenedor sobre la mesa—. Estoy segura... ¡Ah! ¡Ya recuerdo! En cierta ocasión se

cometió un crimen. La víctima era una mujer. ¿No se llamaba Susan? Nero Wolfe es el nombre de un detective.

—Efectivamente. Yo trabajo para él. Sin embargo...

—Usted también lo es. ¡Usted es un detective!

—Lo soy cuando trabajo. No así esta noche. Ahora me limito a pasarlo lo mejor posible. ¿Qué quiso decir...?

Hackett y dos doncellas se estaban llevando los platos en que habían servido las ostras. Pero no fue su proximidad la causa de la interrupción sino Robert Robilotti, al otro lado de la mesa, entre Celia Grantham y Helen Yarmis, reclamando la atención de todos

los presentes. Al callarnos oyóse, aislada, la voz de la señora Robilotti.

—¿Otra vez, Robbie? ¿No tenemos más remedio que oír de nuevo esa historia?

El hombre le contestó con una sonrisa. Con ocasión del episodio de las joyas había conocido también al esposo de la dueña de la casa, sin que éste despertara en mí muchas simpatías. Intenté comportarme de una manera justa con él pues no existe ninguna ley especial contra los individuos de cejas peladas que se adornan el labio superior con un bigotito muy fino y se pulen esmeradamente las uñas. Llegué a imaginarme que usaba corsé pero esto

no pasó de ser una sospecha. Decían de él que se había casado con la mujer de Albert Grantham por su dinero. A esto oponía yo que no existe ningún matrimonio que no se base en una razón u otra y con referencia a la señora Grantham no cabía pensar más que en ésa. Tal vez Robert Robilotti poseyera algunas ocultas virtudes. La verdad es que yo no había conseguido descubrirlas. Una cosa he de dar por segura y es que si yo estuviera casado con una mujer que me llevara quince años, desprovista ya de todo vestigio de femineidad, no toleraría de ninguna manera que me llamara Robbie.

Robilotti había reclamado nuestra

atención para contarnos la historia de aquel directivo de una agencia de publicidad que llevó a cabo determinadas tareas de investigación sobre la pulga. Yo se la había oído referir ya, con más gracia, a Saúl Panzer. Nuestro anfitrión llegó al final de la misma con una mediana correspondencia por parte del auditorio. Las risas de mis tres compañeros fueron un alarde de discreción. Helen Yarmis elevó un poco las comisuras de sus labios. Los hermanos Grantham intercambiaron una mirada de afecto. Faith Usher se fijó en que Ethel Varr la observaba y movió levemente la cabeza, bajando los ojos. Luego intervino Edwin

Laidlaw con otro cuento relativo a un literato que había escrito un libro con tinta invisible. Beverly Kent le siguió con otro, sobre un general que en plena batalla olvidó a qué bando pertenecía. Componíamos todos una gran familia, relativamente feliz, en el momento en que nos fueron servidos los pollitos. Aquí me enfrenté con un problema. En la mesa de Wolfe los comensales cogemos siempre la carne con los dedos, el único medio que se ha revelado práctico, pero yo no quería desentonar entre los Robilotti y sus invitados. Por fin vi que Rose Tuttle pinchaba su pollito con el tenedor, ayudándose con la otra mano para arrancar una de las patas del

animal. Este gesto zanjaba la cuestión.

La señorita Tuttle había dicho algo que yo deseaba traer de nuevo a colación. Como en aquel instante charlaba con Edwin Laidlaw, a su izquierda, miré a Ethel Varr, situada a mi derecha. Su rostro continuaba reservándome sorpresas. Vista de perfil, de cerca, se me antojaba diferente. Un cambio se produjo nuevamente en aquél al mirarme la chica de frente.

—Confío —le dije—, en que no se molestará si formulo una observación personal.

—Lo intentaré. Pero no puedo prometerle nada hasta haberle oído.

—Habré de arriesgarme, pues. Tal

vez haya observado que yo la miraba con atención. Deseo explicarle por qué.

—Quizá procediera usted mejor silenciando el motivo. Pudiera ser que éste no fuese de mi agrado. En todo caso usted miró porque quiso.

—Desde luego. No obstante, existe un propósito. Intentaba contemplar en su rostro una sola expresión por dos veces consecutivas. Cuando usted mueve la cabeza, por leve que sea el movimiento, su faz cambia instantáneamente. He observado lo mismo en otras personas, pero no con la frecuencia que en usted. ¿Le había hablado a usted alguien de esto?

La muchacha entreabrió los labios.

Luego apretó éstos, mirando hacia otro lado. Todo lo que yo podía hacer era volver a fijar la atención en mi plato. Eso hice, efectivamente. Pero en tal momento noté que volvía a mirarme.

—Ha de saber usted —me dijo—, que sólo tengo diecinueve años.

—Los he tenido yo también —le aseguré—. En ocasiones resulta una cosa maravillosa; otras veces es terrible.

—Sí —convino ella—. Y yo aún no he aprendido a enfrentarme airosamente con los hechos. Espero lograrlo con el tiempo... He sido una tonta antes... Debiera haberle contestado que otras personas han formulado idéntica

observación que usted en relación con mi rostro. Una de ellas, especialmente. Sí. Mas de una vez.

Había sido, pues, importuno finalmente. ¿Y cómo diablos puede uno obrar con tacto desconociendo totalmente el terreno que pisa? Me agité en mi asiento, un tanto nervioso.

—Yo no quería más que justificar mis miradas con esa observación, señorita —argumenté—. De haber sabido que con ella podía molestarle me hubiera callado. Creo que debería esforzarse por no perder jamás la serenidad. A mí, por ejemplo, me afecta cuanto a los caballos se refiere sólo porque una vez mi pie quedó

aprisionado en un estribo en el momento en que me disponía a lanzarme al galope. Hágame alguna pregunta con ellos relacionada y ya verá como cambia de expresión mi rostro.

—Supongo que Central Park es el escenario de sus paseos a caballo. ¿Le ocurrió eso allí?

—No. Fue en el Oeste, cierto verano. Siga. Va aproximándose.

Hablamos de temas ecuestres hasta que Paul Schuster, a la derecha de ella, intervino. No podía censurar su actitud porque tenía al lado a la señora Robilotti. Edwin Laidlaw continuó charlando con Rase Tuttle. Hasta el momento en que fue servido el postre,

budín de cerezas y crema batida, no se me presentó la oportunidad de tratar con ella de la observación que formulara anteriormente.

—Hace unos instantes usted me dijo algo que quizás yo no entendí bien.

Rase Tuttle continuó dando buena cuenta de su budín.

—Es posible que no me expresara con propiedad. Me ocurre eso con frecuencia. —Inclinándose hacia mí, bajó la voz—. ¿Es amigo suyo el señor Laidlaw?

—Es la primera vez que le veo.

—No se ha perdido nada. Publica libros. Después de mirarme atentamente, ¿usted sería capaz de pensar que yo me

perezco por saber cuántos libros fueron publicados el año pasado en América, Inglaterra y un puñado de países más?

—No. Creo que pensaría que usted puede pasar perfectamente ignorando tales datos.

—Naturalmente. ¿Incurrí en algún error al hablar con usted antes?

—No, no se trata de ninguna equivocación. Usted habló de un grupo de hombres pertenecientes como éstos, a la buena sociedad... No estoy muy seguro de lo que dijo. ¿Se refería acaso a otra reunión por el estilo de la de esta noche?

Rase Tuttle asintió.

—Sí La reunión se celebró hace tres

años. Esta es mi segunda cena aquí. Mi amiga, la que mencioné antes, sostiene que he tenido mi segundo hijo sólo para dar lugar a que me invitaran y disfrutar de una nueva ocasión de beber champaña pero, créame, si esta bebida me agradara tanto podría conseguirla con más rapidez y frecuencia que por ese procedimiento... ¿Qué edad me supone usted?

Observé su rostro detenidamente.

—¡Oh...! Veintiún años.

Ella pareció complacida.

—Por supuesto: ha restado usted cinco años con el fin de mostrarse galante. Ha adivinado mi edad exactamente. Tengo veintiséis años. En

consecuencia, no es verdad que la maternidad envejezca a las mujeres. Eso no sucede más que cuando se tiene un gran número de hijos, ocho o diez, pero es que de todas maneras, al alcanzar tal meta, la madre ya es madura... Estoy convencida de que, de no haber tenido mis dos hijos, yo no parecería más joven. ¿Opina usted igual?

Ahora me encontraba en un aprieto. Había aceptado la invitación con el propósito de mantenerme bien despierto en todo momento. Había asegurado a la señora Robilotti que conocía la naturaleza y significación del acto, diciéndole que podía contar conmigo. Había echado sobre mis hombros una

responsabilidad: la posición moral y social de la comunidad, en una pequeña parte... y he aquí que topaba con esta despreocupada madre soltera, quien limitaba el vasto problema a una pregunta: ¿habíanla envejecido los hijos? Si le respondía que no, lo cual era cierto y habría resultado prudente, le daba a entender que aplaudía su actitud. Si además de decir que no, aventuraba una serie de objeciones que eran auténticas verdades, propias para estar en boca de un religioso, no adelantaría nada porque lo más probable era que ya las conociera y no hubiesen hecho mella alguna en su ánimo. Reflexioné unos segundos. El que Rase Tuttle decidiera

seguir teniendo hijos o privarse de ellos no me importaba. Sin embargo, de eso a que yo la animara... Por lo tanto, mentí.

—Sí, señorita. Estimo que la maternidad la ha envejecido un poco.

—¿Qué dice?

Rase Tuttle parecía indignada. Yo me mostré firme.

—Lo que oye. Usted misma admitió que yo había adivinado su edad, veintiséis años, de los que deduje cinco por galantería. De haber tenido usted solamente un hijo la habría juzgado una mujer de veintitrés y de no haber tenido ninguno quizás hubiese fijado su edad en los veinte. Bueno... Será mejor que continuemos con el budín. Varios de los

presentes han terminado.

Así lo hizo ella, de buen grado.

Por lo visto las jóvenes habían sido aleccionadas con anterioridad a la reunión pues cuando Hackett, a una señal de la dueña de la casa, retiró un poco la silla de ésta al levantarse, aquéllas se encaminaron en compañía de la señora Robilotti hacia la puerta. Una vez hubo desaparecido el grupo, los hombres tornamos asiento de nuevo.

Cecil Grantham suspiró ruidosamente, comentando:

—Las dos últimas horas son las más penosas.

—Tráenos coñac, Hackett —ordenó Robilotti.

Hackett, que servía el café, hizo un alto en su tarea.

—El gabinete está cerrado, señor.

—Ya lo sé, pero tú tienes una llave.

—No, señor. La tiene la señora Robilotti.

Se me antojó un poco embarazoso el silencio que siguió a estas palabras.

Cecil Grantham se echó a reír, diciendo:

—Procúrate entonces un hacha.

Hackett continuó vertiendo café en las tazas.

Beverly Kent, el de la cara alargada y las grandes orejas, carraspeó, aclarándose la garganta.

—Ciertas limitaciones resultarán

muy convenientes para nosotros, señor Robilotti. Al fin y al cabo conocíamos el protocolo al aceptar la invitación.

—Nada de protocoló —objetó Paul Schuster—. Esta palabra no alude a eso. Me sorprende usted, Bev. No llegará nunca a embajador si desconoce el auténtico significado de tal vocablo.

—De una manera u otra no alcanzaré jamás ese cargo. Tengo ya treinta años... —declaró Kent—. Hace ocho que salí de la Universidad. ¿Qué he conseguido en definitiva? Dentro de la misión en que figuro, afecta a la Organización de las Naciones Unidas, soy una especie de botones. ¿Debo considerarme en realidad un diplomático? Sin embargo,

reconozco que habría de conocer el significado de la palabra protocolo mejor que un joven y prometedor abogado. ¿Qué sabe usted acerca de ella?

—No mucho —repuso Schuster sorbiendo su café—. No mucho pero sé lo que quiere decir y usted la utilizó equivocadamente. También se equivoca al juzgarme un abogado prometedor. Los abogados no prometemos nunca nada. En mi caso, por lo menos, hasta el momento presente, pero como tengo un año menos que usted todavía queda alguna esperanza.

—Esperanza, ¿para quién? —inquirió Cecil Grantham—. ¿Para usted

o para sus asociados?

—Hablando del significado de la palabra protocolo... —intervino Laidlaw—. Yo estoy en condiciones de aclarar ese extremo. Como ahora me dedico a editar libros conozco las últimas novedades en cuanto se refiere al vocablo y su aplicación. La palabra «protocolo» procede de dos griegas, protos, que significa «primera» y kolla, equivalente a nuestra «cola». ¿Por qué eso último? Porque en griego antiguo protokollon era la palabra con que se designaba la primera hoja, que contenía un extracto del manuscrito, e iba pegada a un rollo de papiro. En la actualidad se da el nombre de protocolo a varios tipos

de documentos: un esbozo original, el relato de determinados procedimientos, el registro de un convenio... Esto parece darle la razón a usted, Paul, pero tampoco Bev anda descaminado porque también se denomina protocolo a un conjunto de reglas referentes a la etiqueta. Los dos han acertado, pues.

La reunión de esta noche requiere una etiqueta especial.

—Yo estoy al lado de Paul — declaró Cecil Grantham—. Cerrar con llave el gabinete en que se guarda el licor es una acción que se ampara más bien en la tiranía que en la etiqueta.

Kent se volvió hacia mí.

—¿Usted qué dice, Goodwin? Creo

que es usted un detective profesional, ¿no es así? A ver si es capaz entonces de deducir la respuesta.

Dejé mi taza de café sobre la mesa.

—Me encuentro un poco desconcertado —manifesté—. Si lo que ustedes pretenden es averiguar el recto uso de la palabra "protocolo» me parece que lo mejor sería hacerse de un buen diccionario. En la biblioteca de arriba hay uno. Ahora bien, si lo que desean es un poco de coñac, puesto que el gabinete ha sido cerrado, el medio más rápido de conseguirlo es que uno de nosotros se acerque a cualquier establecimiento del ramo. En la confluencia de la calle Ochenta y Dos y Madison encontraremos

con toda seguridad el que necesitamos. Podríamos echarlos a suertes.

—He aquí un hombre práctico, el clásico hombre de acción —comentó Laidlaw.

—Observen —apuntó Cecil—, que sabe donde hallar el diccionario, al igual que el comercio apropiado. Los detectives conocen siempre todos los detalles. —Volvióse hacia mí—. A propósito, hablando de detectives, ¿está usted aquí en misión profesional?

Elevé las cejas, indiferente al tono con que había pronunciado estas palabras el hijo de la señora Robilotti.

—En caso afirmativo, ¿qué habría de contestar yo?

—¡Cómo...! Supongo que respondería que no.

—¿Y en el caso contrario?

Robert Robilotti lanzó un bufido.

—Touché, Cece. Prueba otra vez.

Pronunciaba "Seese». La madre de Cecil decía ¡Sesse!» y su hermana "Sesse».

El joven hizo como si no hubiera oído a su padrastro.

—No había hecho más que formular una pregunta —me dijo—. ¿Debía callar, quizás?

—No, ¿por qué? Por mi parte yo no hice más que contestar. —Miré a derecha e izquierda—. Puede que esa pregunta esté ahora en las mentes de

todos ustedes. De hallarme aquí por un motivo puramente profesional lo habría dado a entender con mi respuesta a Grantham. Puesto que no es así estimo que deben estar enterados de la razón de mi presencia en esta casa. Austin Byne me telefoneó hoy rogándome que ocupara su puesto. Si aún no me creen podrán comprobar fácilmente que esto es verdad preguntádoselo a él.

—A mí me parece —opinó Robilotti—, que no es cosa de nuestra incumbencia.

—También yo pienso así —convino Schuster.

—¡Oh! Olvídese de ello, Goodwin —dijo Cecil—. ¡Demonios! Me he

mostrado un poco curioso, eso es todo. ¿Hemos de reunirnos ya con las mamás?

Robilotti disparó a su hijastro una mirada nada afectuosa. Después de todo, ¿quién era el anfitrión?

—Iba a preguntarles a ustedes —manifestó—, si deseaban tomar otra taza de café. ¿No? —Rabilotti se puso en pie—. Nos uniremos a ellas en la sala de la música, escoltándolas hasta la planta inferior. Quede bien entendido que cada uno deberá bailar primero con su compañera de mesa. Cuando ustedes gusten, caballeros.

Al levantarme corregí disimuladamente la caída de mis pantalones.

CAPÍTULO III

ME extrañó muchísimo encontrar en el salón una verdadera orquesta: un piano, un saxofón, dos violines, un clarinete y los correspondientes instrumentos de percusión. Hubiera esperado hallar más bien un simple tocadiscos y un animador o animadora. Las jóvenes madres parecían merecérselo todo. Desde luego, este gasto quedaba compensado con el ahorro de bebidas: el agua de seltz que había sido vertida en la coctelera, la

rojiza sustancia que con el título de vino nos sirvieron en la mesa, el coñac prohibido... Todo había sido estimado prudentemente. La generosidad, en materia de bebidas, se produjo después, cuando hacía una hora, aproximadamente, que nos habíamos entregado a la danza. Hackett hizo acto de presencia entonces, comenzando a descorchar botellas de champaña Cordon Rouge, vertiendo el dorado vino directamente en las copas, sin someterlo a una previa adulteración. Quedaba ya sólo una hora de reunión. La señora Robilotti habíase decidido a correr un riesgo cuidadosamente calculado.

Como pareja de baile, Rose Tuttle

no me iba bien del todo. Poseía condiciones físicas y tenía cierta idea sobre el ritmo. El inconveniente radicaba en su actitud. Rose danzaba alegremente y, por supuesto, esto implica una dificultad. Así no hay manera de bailar. El acto de danzar es demasiado importante... El baile puede ser salvaje, solemne, lujurioso o artístico, pero no alegre, sencillamente. Con este estado de ánimo uno se dedica exclusivamente a charlar. Helen Yarmis resultaba mejor danzarina, pero ésta caía en el extremo opuesto: en la solemnidad exagerada. Mantenía el cuerpo en una posición rígida, convirtiéndose en un maniquí. Me

adaptaba perfectamente a su talla. Su cabeza llegaba al nivel de mi nariz. Era grato contemplar de cerca su boca, grande, fresca, curvada... cuando las comisuras de sus labios se elevaban un poco.

Robilotti se la llevó para la siguiente pieza. Miré a mi alrededor, viendo que todas las invitadas se hallaban acompañadas. Celia Grantham se me acercaba. Detúvose frente a mí.

—¿No me dices nada? —inquirió.

En mi opinión el tacto había que reservarlo para tratar con las jóvenes madres. ¿A qué malgastar aquél con la hija de la señora Robilotti?

—¿No has podido dirigirte a otro

más indicado que yo? —pregunté a mi vez.

—No —repuso ella—. No podría encontrarlo. ¿Cómo vas a evitar el bailar conmigo?

—Es muy fácil. Diré que me duelen los pies y me quitaré los zapatos.

Celia asintió.

—Serías capaz, ¿verdad?

—Puedo hacerlo, simplemente.

—Es cierto. Y sólo porque yo sufra. ¿Es que no lograré nunca volver a verme en tus brazos? ¿He de llevar siempre conmigo este pesar, hasta que muera?

Aunque mi relato es preciso, exacto, quizá produzca en el lector una impresión equivocada o confusa la

breve charla anterior. He de hacer constar que yo conocía a la chica —digo «chica» a pesar que Celia tendría, posiblemente, un par de años más que Rose Tuttle, madre ya dos veces—, habiéndome enfrentado con ella cuatro veces. Tres en la misma casa en que nos encontrábamos ahora, durante la búsqueda de las joyas. De la última de tales ocasiones había salido una cita en el Flamingo, con el pretexto de cenar juntos y bailar un poco. No resultó nada bien aquello. Celia era una excelente danzarina, pero una buena bebedora asimismo. Hacia la medianoche sostuvo una discusión con una desconocida, que degeneró en riña, y fuimos expulsados

del local. A lo largo de los meses siguientes a este episodio me había telefonado de vez en cuando, sugiriéndome una nueva cita. Yo había alegado siempre que me encontraba sumamente ocupado. Para mi gusto el Flamingo tenía la mejor orquesta de la ciudad y yo no estaba dispuesto a que me prohibieran la entrada allí. De la insistencia de Celia deduje que se había aficionado a mí y su terca actitud me inspiraba algún temor. Después supuse que se había olvidado de todo. Estaba en un error...

—Nada de pesares, Celia —le contesté—. Lo tuyo es pura cabezonería. Eres demasiado fiel a ti misma. Entre

los dos no ha habido nada. Se ha producido, simplemente, un choque de voluntades. Además, tengo la impresión de que si te tomo en mis brazos, en cuanto hayamos dado un par de vueltas te desprenderás de mí para comenzar a formularme reproches, lo cual no negarás que estropearía la reunión. Lo veo en tus ojos, Celia.

—Pasión, eso es lo que ves en mis ojos. Si no sabes identificar aquélla teniéndola a la vista debieras fijarte más en lo que sucede a tu alrededor. ¿No tienes una Biblia?

—No. Olvidé traerla. En la biblioteca hay una. —Del bolsillo interior de la chaqueta saqué mi agenda,

que siempre suelo llevar conmigo—. ¿Servirá esto?

—Perfectamente. Sostenla un momento. Así, en la palma de la mano.

Obedecí y ella colocó la suya encima.

—Juro por mi honor —dijo Celia—, que si bailas conmigo me plegaré dócilmente a lo que tú quieras, sea para bien o para mal, y no haré nada que pueda inducirte a mostrarte arrepentido por haber accedido a mis deseos.

La señora Robilotti, que bailaba en aquellos momentos con Paul Schuster, nos miraba. Guardándome la agenda pase el brazo en torno a la cintura de su hija y los dos comenzamos a girar al

compás de la música. A los tres minutos había decidido que a una mujer que bailaba como Celia se le podía permitir todo.

La orquesta hizo una pausa para descansar. Acompañe a Celia hasta una silla. Estaba preguntándome si resultaría prudente volver a bailar con ella cuando se nos acercó Rase Tuttle.

—Si anda usted detrás del señor Goodwin —le dijo Celia—, está justificada. Es el único hombre de la reunión capaz de bailar.

—No le buscaba para eso —explicó Rose—. De otro lado hay que decir que el baile no es una cosa que se me dé muy bien. Quería decirle algo.

—Hable, Rose —indicé yo
interviniendo.

—Se trata de algo reservado.

Celia se echó a reír.

—Así se hace —declaró poniéndose
en pie—. Para eso habría necesitado yo
un centenar de palabras y usted se ha
arreglado con cinco.

A continuación alejóse en dirección
al bar donde Hackett seguía
descorchando botellas de champaña.

—Siéntese —le dije a Rose.

—¡Oh! No pienso entretenerle
mucho tiempo —me con. testó—. Es
algo que en mi opinión debe usted
conocer por ser detective. Me consta
que la señora Robilotti no desea que se

presente ninguna complicación, pero he creído que era mejor decírselo a usted.

—No estoy aquí con una misión profesional, señorita Tuttle. Ya se lo dije antes. Al venir a esta casa no me propuse otra cosa que pasar un buen rato.

—Bien, pero usted es un detective profesional. Póngalo en conocimiento de la señora Robilotti si lo estima conveniente. Yo no he querido hacerla porque creo adivinar cuál sería su reacción. De otro lado si yo callase y al final sucediera algo terrible me juzgaría culpable en parte.

—¿Y por qué ha de suceder algo terrible?

Rase Tuttle depositó una mano sobre mi brazo.

—Pudiera ocurrir aunque no sea seguro. Faith Usher sigue llevando consigo su frasco de veneno... Lo tiene en el bolso. Pero, por supuesto, usted no ha oído hablar de ello, claro...

—No. ¿Qué frasco es ése?

—A las chicas que estábamos en Grantham House nos explicó que contenía cianuro. En ocasiones nos lo enseñó. Lo llevaba siempre encima. Hacía pequeños bolsillos en sus vestidos con tal fin. Decía que aún no había tomado la resolución de suicidarse, que quizá se decidiera en cualquier momento, por lo que

necesitaba tener el veneno a mano. Algunas de nuestras compañeras no tomaron esto en serio y gastaban a Faith Usher bromas en ese sentido. Yo no pensaba igual. Considerábala capaz de suicidarse. Habría sido, por lo tanto, de mal gusto tomar aquello a la ligera. Faith ya no está en Grantham House y ha conseguido un empleo. Pensé que se había olvidado de aquello... Hace unos minutos Helen Yarmis se encontraba con ella en el tocador. Helen vio el frasco en su bolso. Habiéndole preguntado a Faith si aún lo llevaba lleno de veneno, ésta le respondió que sí.

Rase Tuttle hizo una pausa.

—¿Qué más? —inquirí.

—¿Qué quiere que le diga más?

—¿Es eso todo?

—Creo que es bastante. Si conociera a Faith como yo pensaría igual. Y, de suicidarse, mi amiga elegiría como escenario de su muerte una casa lujosa, al estilo de ésta, con su mayordomo, con sus invitados, todos vestidos de etiqueta, bebiendo copa tras copa de champaña.

—Repentinamente volvió a adoptar la actitud animosa de una hora antes—. Yo lo haría así también —declaró—. Vertería el veneno en mi champaña, me subiría a una silla para decir levantando la copa: «A la salud de todos los presentes...» Lo que suelen decir mis amigas cuando se beben una botella de

Coca-Cola. A continuación apuraría de un trago mi copa y la estrellaría contra la pared, bajándome de la silla... Inmediatamente comenzaría a inclinarme, a punto de derrumbarme sobre el suelo, y los hombres correrían hacia mí para sostenerme... ¿Cuánto tiempo tardaría en morir?

—Un par de minutos o menos si la dosis de veneno era elevada. —Tenía la mano de Rase Tuttle sobre mi brazo todavía. Le di unas palmaditas afectuosas—. Bueno. Ya me lo ha dicho. Yo me olvidaría de ello en su lugar. ¿Ha visto usted en alguna ocasión ese frasco?

—Sí. Faith me lo enseñó.

—¿Llegó a oler la sustancia que contenía?

—No. Ella lo conservaba bien cenado, con un tapón de rosca.

—¿Era de cristal la botellita? ¿No pudo ver el líquido?

—No. Probablemente el frasco era de plástico.

—Ha dicho usted que Helen Yarmis vio aquél en el bolso de Faith Usher. ¿Cómo es ese bolso?

—De cuero, negro. —Rase Tuttle miró a su alrededor—. Está allí sobre una silla. No quiero señalar exacto.

—Ya me lo ha señalado con su mirada. Lo veo perfectamente. Bien. Lo dicho. Olvídese de esto. Ya me ocuparé

yo de que no ocurra nada desagradable.
¿Bailamos?

Nos unimos a los demás y cuando la orquesta dejó de tocar nos acercamos al bar en busca de champaña.

Después bailé con Faith Usher. Como ésta había estado representando aquella comedia por espacio de un año o más el frasco en cuestión podía contener lo mismo tabletas de aspirina que cacahuetes salados, habida cuenta además de que no creía como Rose Tuttle que aquél fuera el lugar más adecuado para suicidarse. De tratarse de un veneno, existía una probabilidad contra un millón de que llegáramos a convertirnos en testigos involuntarios de

un acontecimiento de tal índole. No obstante, yo tenía ahora cierta responsabilidad, por lo que decidí no perder de vista a Faith Usher y su bolso. Bailando con la chica tal tarea resultaba sencilla pues podía olvidarme incluso de vigilar el bolso.

Como ya he dicho antes, yo la hubiera escogido por hermana, pues parecía estar necesitaba de una protección y un cariño fraternos. Tal vez hubiera influido en ello el hecho de ser la más linda de las cuatro invitadas. Daba la impresión de hallarse a gusto conmigo y a pesar de perder de vez en cuando el compás era un placer bailar con ella. Cuando le complacía algo de

lo que yo le iba diciendo observaba que sus ojos resplandecían con verdosos reflejos. Al acabar el baile ya no estaba tan seguro de que fuera un hermano lo que ella necesitaba precisamente. Quizás un primo le hubiera ido mejor.

Se me antojó una mujer con ideas propias, al menos por lo que a sus parejas de baile se refería. Nos hallábamos charlando junto a una ventana cuando Edwin Laidlaw, el editor, acercó se a nosotros para preguntar inclinándose ante ella:

—¿Quiere bailar conmigo, señorita Usher?

—No —respondió la chica.

—Sería para mí un honor...

—No.

Naturalmente, aquella contestación me extrañó. Laidlaw era sólo un par de pulgadas más alto. Tal vez le agradaran los hombres de mayor estatura... Yo, por ejemplo. Quizá les disgustaba que él no se hubiera peinado, pues ésa era la impresión que producía. Si existía entre ellos una cuestión personal, si él habíala ofendido al decir algo, si había habido un roce... Pero, ¿cuándo podía haber ocurrido eso? En la mesa no porque no habían estado juntos. Laidlaw dio la vuelta y se fue. Iba a abrir la boca para proponer a Faith Usher que bailáramos de nuevo cuando apareció Cecil Grantham, llevándosela. Éste era de mi

talla y llevaba los cabellos correctamente peinados. Sí. Muy bien pudiera haber sido eso... Fui en busca de Ethel Varr, guardándome mucho de hablar de su cambiante faz. Mientras bailábamos hice esfuerzos por no volver la cabeza, mirando a mi alrededor. No obstante, tenía que continuar vigilando a Faith Usher y su bolso, que continuaba en la misma silla que antes.

Al suceder lo inevitable no tuve la más ligera idea de ello. Me guío frecuentemente de mis corazonadas y éstas no suelen fallar. Pero en aquella ocasión no me asaltó ningún presentimiento especial. Y lo peor fue que no había perdido de vista a Faith

Usher un instante mientras hablaba con Ethel Varr. Ya que la chica iba a morir, yo debía haber observado algún detalle extraordinario, por ejemplo, cómo se aceleraba su respiración. Nada, sin embargo. Ni eso. Vi que Cecil Grantham la acompañaba hasta una silla situada a unos quince pies de la otra, en la que se encontraba el bolso. Después él se marchó, tardando un par de minutos en volver con dos copas de champaña llenas. Faith cogió la suya, diciendo algo antes de llevársela a los labios. Mirábala yo en aquel momento por el rabillo del ojo, a fin de que Ethel Varr no me juzgara desatento, pero en seguida volví la cabeza para observarla

descaradamente. No es que presintiera nada. Ocurría ahora que me acordaba de las palabras de Rose Tuttle y su idea de verter el veneno en el champaña. Mi gesto correspondía a una reacción un poco tardía. Seguía mirando a Faith cuando ésta sorbió un poco del dorado líquido, irguiéndose estremecida para abatirse a continuación, produciendo un ruido que tuvo tanto de grito como de quejido. Al derrumbarse tropezó con el borde de una silla y habría ido a parar al suelo de no haberla sujetado a tiempo Cecil.

Al acercarme a los dos el joven intentaba incorporarla. Le dije que la tendiera en el suelo, en lo cual le ayudé,

cogiendo a la chica por los hombros. Al mismo tiempo di una voz para que llamaran a un médico. El cuerpo de Faith Usher se agitaba presa de violentas convulsiones. Estiraba la cabeza y las piernas bruscamente. Recomendé a Cecil que no la sujetara por los tobillos como intentaba hacer, ya que eso no era nada bueno, preguntando si había ido alguien a por un doctor. Oí a mis espaldas una respuesta afirmativa. Me había puesto de rodillas y en esta posición retenía la cabeza de Faith para impedir que golpeará contra el enlosado. Al levantar la vista distinguí a Robilotti, Kent y el director de la orquesta, muy afanados en su tarea de

contener a los restantes testigos de la escena. Las convulsiones fueron perdiendo intensidad progresivamente y al final desaparecieron por completo. Faith había abierto la boca ansiosamente varias veces. Luego noté que su cuello tomaba una rigidez muy acentuada. Me di cuenta de que sobrevénía una paralización total, de que ya ningún médico podría llegar a tiempo de salvarla.

Cecil me estaba hablando. Oí otras voces además de la suya e incorporándome inquirí bruscamente:

—¿Quieren hacer ustedes el favor de callar? —Me acerqué a Rose Tuttle, diciéndole—: Coja ese bolso y

guárdelo. Que nadie lo toque. No aparte los ojos de él.

Rase se alejó del grupo.

La señora Robilotti dio un paso hacia delante.

—Está usted en mi casa, señor Goodwin. Estos señores y señoritas son mis invitados. ¿Qué le sucede a Faith Usher?

Rehuyendo la respuesta quise saber a mi vez:

—¿Quién se ha ocupado de requerir los servicios de un médico?

—Celia está telefoneando —repuso alguien.

Me arrodillé de nuevo junto a Faith. Echando una mirada a mi reloj de

pulsera vi que eran más de las once. Hacía seis minutos que la muchacha se hallaba tendida en el suelo. Sus labios se encontraban cubiertos en parte de espuma. Tenía los ojos vidriados y el cuello rígido. Permanecí mirándola absorto, olvidado de todos los presentes, por espacio de dos minutos. Luego le cogí una mano, presionando la uña del anular, que presentó un tono blanquecino inalterable. Treinta segundos después el color rosado habitual aún no había vuelto.

Levantándome, me dirigí a Robilotti.

—¿Va usted a telefonar a la Policía o lo hago yo?

—¿A la Policía?

—Sí. Faith Usher está muerta. Debe usted telefonar en seguida.

—No —dijo la señora Robilotti—. Ya hemos enviado a por un médico. Soy yo quien da las órdenes aquí. Telefonaré a la Policía cuando lo estime necesario.

Yo me encontraba bastante afectado por lo ocurrido. Naturalmente, ese estado de ánimo no suele facilitar las cosas cuando uno se enfrenta con una situación delicada. No podía evitarlo, sin embargo. No hacía aún media hora hábale dicho a Rase que no se preocupara, que yo haría todo lo posible para que no sucediera nada desagradable. Miré a mi alrededor. No

distinguí ningún rostro, masculino o femenino, que se me antojase digno de confianza. La señora Robilotti no iba a tropezar, a buen seguro, con la oposición de su esposo o de cualquiera de sus invitados. Celia había salido de la sala. Rose estaba custodiando el bolso de Faith. Luego vi al director de la orquesta, un individuo de anchas espaldas, de cuadrada mandíbula, que se había instalado junto a la entrada, dando la espalda a ésta, e inspeccionaba calmosamente la escena. Le llamé.

—Me llamo Goodwin. ¿Cuál es su nombre? —pregunté.

—Johnson.

—¿Quiere usted quedarse aquí toda

la noche, señor Johnson?

—No.

—Yo tampoco. Creo que esa mujer fue asesinada. Si la Policía piensa lo mismo, ya sabe lo que tal cosa puede significar, así que cuanto antes llegue mejor. Soy detective privado y poseo la autorización legal correspondiente. Mi deber es permanecer junto al cadáver. En el vestíbulo hay un teléfono. El número que hay que marcar es el 73 – 11 – 00.

—De acuerdo.

Acto seguido el hombre fue a cruzar la entrada. Cuando la señora Robilotti le dio una voz ordenándole que esperara, impidiéndole a continuación el paso,

Johnson se limitó a esquivarla, sin molestarse en discutir. Entonces la dueña de la casa apeló a los suyos.

—¡Robbie! ¡Cecil! ¡Llamad a ese hombre! —Dando media vuelta, al ver que ni su esposo ni su hijo habían reaccionado, se dirigió a mí gritando—: ¡Salga usted de mi casa!

—Me agradecería poder hacerlo —le respondí—, pero si procediera así la Policía no tardaría mucho en hacerme volver. De momento no saldrá nadie de esta casa.

Robilotti la cogió del brazo.

—Es inútil, Louise. Ven. Siéntate. —Clavó la vista en mí—. ¿Por qué cree que esa chica fue asesinada? ¿Por qué

dijo esas palabras?

Paul Schuster, el joven y prometedor abogado, intervino.

—Iba a formularle la misma pregunta, Goodwin. Faith Usher llevaba un frasco de veneno en el bolso.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Una de las invitadas me lo dijo. La señorita Ethel Varr.

—Yo lo supe por otra. Esa fue la razón de que pidiera a la señorita Tuttle que vigilara el bolso. Sigo pensando en que fue asesinada, pero las explicaciones las reservo para la Policía. Ustedes, quizás...

Celia Grantham entró corriendo en el salón.

—¿Cómo está? —Detúvose en el acto, quedándose a mi lado, contemplando fijamente el cadáver de Faith Usher—. ¡Dios mío! —exclamó en un susurro, sujetándome por el brazo al tiempo que preguntaba—: ¿Por qué no haces algo? —Bajó la vista de nuevo, anonadada. Poniéndole las manos en los hombros la obligué a dar media vuelta—. Gracias —murmuró—. ¡Dios mío! ¡Era tan linda! ¿Ha muerto?

—Sí. ¿Localizaste a algún médico?

—Sí. Debe venir ya para acá en estos momentos. No pude dar con el nuestro. Llamé... ¿Qué puede hacer aquí un médico si Faith está muerta?

—Es el doctor quien tiene que

decirlo. Eso es lo legal. —Algunos de los presentes charlaban entre sí. Me volví hacia ellos, levantando la voz—: Pueden ustedes acomodarse donde les parezca si están cansados, siempre que se mantengan alejados de la silla en que se encuentra el bolso. Si desean abandonar la casa pueden hacerlo, pues no voy a ser yo quien se lo impida, pero les aconsejo que se queden. La Policía interpretaría mal un gesto como ése y lo único que sacarían en limpio sería un interrogatorio más prolongado. —Oyó se un zumbador y Hackett se dispuso a salir. Yo me interpuse—: Será mejor que se quede, Hackett —le dije—. Ahora es usted uno más. El señor Johnson

atenderá a los recién llegados.

El aludido procedió así. No oímos ningún ruido al abrirse la puerta, pero sí unas voces. Todos volvieron el rostro hacia la entrada. En ésta aparecieron dos hombres uniformados. Cruzado el umbral se detuvieron y uno de ellos inquirió:

—¿El señor Robert Robilotti?

—Yo soy —respondió éste.

—¿Es ésta su casa?

—No —replicó la mujer de Robilotti interviniendo—. La casa es mía.

CAPÍTULO IV

A las siete y doce minutos de la mañana del miércoles subía yo las escaleras del viejo edificio de fachada color pardo rojizo, nuestro domicilio social y particular. Habiendo dejado el abrigo y el sombrero en una percha y una repisa, respectivamente, penetré en la cocina.

Fritz, junto al frigorífico, se volvió para mirarme.

—Behold! —exclamó.

Esta palabra, según él, habíala

sacado de un diccionario de francés-inglés, muchos años atrás, como una traducción de voila.

—Quiero un cuarto de litro de jugo de naranja, una libra de salchichas, seis huevos, veinte pastelillos de masa y un galón de café.

—¿No le apetecen unos buñuelos con miel?

—Sí. No me había acordado de ellos. —Me dejé caer en la silla que ocupaba siempre para tomar el desayuno lanzando un gemido—. A propósito de miel... Si quieres ver en mí un amigo eternamente fiel destina los huevos que he dicho a la confección de una soberbia tortilla, con abundancia de... No. Te

llevará mucho tiempo. Fríelos.

—Ya sabe usted que nunca hago huevos fritos. —Tenía ahora en la mano una escudilla—. ¿Ha sido movida la noche?

—¡Ya lo creo! Un crimen con todos los elementos de rigor.

—¡Oh! Es terrible. ¿Un cliente, entonces?

No puedo llegar a comprender ni he comprendido jamás la actitud de Fritz con respecto al crimen. Es algo que, naturalmente, deplora. A él le resulta insoportable la sola idea de que un ser humano sea capaz de dar muerte a un semejante... Así me lo ha dicho en más de una ocasión y le creo porque es

sincero en sus apreciaciones. Ahora bien, no siente nunca el menor interés por los detalles. Le tienen sin cuidado el saber quién fue la víctima o el criminal. Y cuando uno pretende ilustrarle sobre tales extremos se molesta. Su comentario, siempre que se le informa acerca de un nuevo hecho delictivo, se reduce a la pregunta antes reseñada; lo único que desea averiguar es si hay algún cliente en perspectiva.

—No, no se trata de ningún cliente —le informé.

—Puede que surja alguno por el hecho de hallarse usted allí. ¿No ha comido nada?

—No. Hace tres horas me ofrecieron

un bocadillo en la oficina del fiscal del distrito. Mi estómago rechazó esta solución transitoria. Preferí aguardar con objeto de disponer de algo más efectivo. —El cocinero me entregó un vaso lleno de jugo de naranja—. Muchas gracias, Fritz. Esas salchichas exhalan un olor maravilloso.

A Fritz no le agradaba hablar ni escuchar la charla de nadie cuando cocinaba, ni siquiera hallándose entregado a la sencilla tarea de asar unas salchichas. Por lo tanto, opté por echar una mirada al Times, que se encontraba sobre la mesa, como de costumbre a aquella hora de la mañana. Para figurar entre las informaciones de

la primera página del periódico un crimen, éste había de reunir una serie de condiciones capaces de catalogarlo entre las noticias verdaderamente sensacionales. El que yo había presenciado, por el hecho de haber tenido por marco el hogar de los Robilotti, durante la famosa reunión anual de las madres solteras, merecía ser destacado. Efectivamente, hacia la mitad de dicha página aparecía el reportaje correspondiente, continuado en la 23. El relato, sin embargo, no presentaba nada de particular. Debíase esto a la hora, ya bastante avanzada, en que se había producido el suceso, imposibilitando la publicación de

fotografías. Satisfecha mi curiosidad dejé a un lado el diario, dedicándome a saborear una salchicha y un pastelito de masa.

Me disponía a dar buena cuenta de un par de huevos hervidos y del pastel que hacía el número cuatro cuando sonó el timbre del teléfono. Descolgué éste, dije «Buenos días» y entonces oí al otro extremo del hilo la voz de Wolfe.

—De manera que está usted ahí. ¿Hace mucho que ha llegado?

—Media hora. Estoy desayunando. Supongo que se ha enterado por la emisión de las siete y media.

—Sí. No hace mucho... Suba en cuanto haya terminado.

Le aseguré que procedería de acuerdo con sus deseos.

Colgué el teléfono y Fritz me preguntó si se encontraba de buen humor Wolfe. Le respondí que no me había dado cuenta de semejante detalle y que eso me tenía sin cuidado.

Me tomé todo el tiempo necesario, ingiriendo tres tazas de café en lugar de las dos que normalmente bebía. Con el último sorbo entró en la cocina Fritz, que acababa de servir en el piso superior el desayuno. Deposité mi taza sobre la mesa, me puse en pie, me estiré perezosamente y bostecé. Habiendo cruzado el vestíbulo subí las escaleras sin prisa, giré hacia la derecha y llamé a

una puerta. Una voz, desde dentro, me autorizó a pasar.

Al entrar cerré de momento los ojos, deslumbrado. Los rayos del sol se reflejaban en el inmenso pijama amarillo que vestía el corpulento Wolfe. Se hallaba sentado frente a la mesa, junto a una ventana, con los pies descalzos, ocupado en devorar unos higos frescos untados de nata. Al hacer alusión a los gastos de la casa yo debía haber mencionado esos frutos, servidos en aquella habitación en pleno mes de marzo, llegados de Chile por vía aérea.

Nero me echó un vistazo.

—No tiene usted mal aspecto — comentó.

—Pues estoy rendido —repliqué—. ¿Se habló en la emisión de un probable asesinato?

—No. Limitáronse a dar la noticia de la muerte de Faith Usher, fallecida a consecuencia de haber ingerido una sustancia tóxica, anunciando que la Policía realizaba indagaciones. Su nombre no fue mencionado. Anda usted metido en el asunto, por lo que veo.

—Hasta el cuello. Me había dicho una amiga de la chica que ésta guardaba un frasco de cianuro en su bolso, por lo cual hice lo posible por no perderla de vista. Nos hallábamos reunidos en el salón, los doce, sin contar al mayordomo ni los músicos, cuando un

hombre le hizo entrega de una copa de champaña. Faith Usher sorbió un poco de éste y a los ocho minutos había muerto. El veneno ingerido tuvo que ser un cianuro, indudablemente, depositado, a juzgar por la forma en que se desarrolló todo, en el líquido. Ahora bien, ella no lo puso allí. Yo estaba observándola en aquellos instantes. Por tal motivo di sientto de los demás... La mayor parte de los invitados, sino todos, prefieren creer en el suicidio. La señora Robilotti hubiera querido fulminarme con la mirada y los otros le hubieran ayudado de buen grado en tal tarea. Un suicidio en el seno de esa reunión anual es algo malo... ¿Qué decir, pues, de un

homicidio?

Nero Wolfe siguió comiendo.

—Supongo —dijo después—, que usted consideraría la conveniencia de reservarse el dictamen final.

—Naturalmente —repuse—. Pero no podía perder de vista un hecho: me habían dicho que la chica guardaba en su bolso un frasco de veneno. La amiga de Faith Usher especificaría tal dato en su declaración. Entonces Cramer, Stebbins y Rowcliff darían por descontado que a partir de aquel momento yo había tenido los ojos bien abiertos... No se me ofrecía ninguna otra salida. No podía decir que la víctima debió haber depositado el veneno en la copa cuando

me hallaba convencido de todo lo contrario.

—Estamos de acuerdo —convino Nero. Acababa de terminar con los higos y dedicaba ahora toda su atención a las salchichas y los huevos cocidos colocados en el calentador—. De todo el episodio deduzco que este asunto no nos reportará ningún beneficio económico.

—No. No será la señora Robilotti quien nos dé trabajo.

—Muy bien —dijo Wolfe acomodando una rebanada de pan en el tostador—. ¿Recuerda las observaciones que formulé ayer?

—Por supuesto. Afirmó usted que

me degradaba asistiendo a esa reunión. No aseguré, en cambio, que me vería envuelto en un caso de suicidio que no nos va a proporcionar ningún provecho. Depositaré los cheques esta mañana.

Nero me aconsejó que me acostara y yo le contesté que si procedía así se vería obligado a despertarme a cañonazos.

Después de darme una ducha me afeité, lavándome a continuación la boca. Me cambié de camisa y de calcetines y dando un paseo me acerqué al Banco, tras lo cual regresé, pensando ya en que podría pasar perfectamente el resto del día. Tres razones me impulsaron a realizar aquella visita.

Primera: las personas pueden morir en cualquier momento y cuando el firmante de un cheque fallece antes de que éste sea hecho efectivo el Banco no paga; segunda: estaba necesitado de un poco de aire puro; tercera: en las oficinas del fiscal del distrito me habían dicho que hiciera lo posible por estar en todo instante a su alcance y yo quería conservar mi habitual libertad de movimientos, cosa absolutamente necesaria para mí. Al volver a nuestra casa Fritz me notificó que no se había producido más que una llamada telefónica, de la que había sido autor Lon Cohen, de la Gazette.

Lon nos ha hecho varios favores en

diversas circunstancias. Aparte de ello es un buen amigo, por el que siento gran simpatía. Consecuentemente, decidí telefonarle. Lo que él quería era el relato de las últimas horas de Faith Usher. Le contesté que lo pensaría. Me ofrecía por tal servicio quinientos dólares, cantidad que, de aceptar, iría a parar a mi bolsillo, no al de Nero Wolfe, ya que mi presencia en la reunión no obedecía a ningún motivo de carácter profesional. El cebo que me ponía Lon Cohen resultaba tentador. Pero tenía que pensar también en otras cosas que no había que perder de vista. Si yo daba cuenta exactamente de lo acaecido en la reunión, divulgándose que yo era la

única persona que se oponía a calificar la muerte de Faith Usher de suicidio, todo el mundo se me echaría encima, desde el fiscal del distrito hasta el mayordomo de los Robilotti. Pesarosamente, había decidido pasar por alto la oferta cuando el teléfono sonó de nuevo. Llamaba Celia Grantham esta vez. Deseaba saber si yo me encontraba solo. Le dije que sí, aunque por escaso tiempo ya que Wolfe no tardaría ni seis minutos en volver.

—Es suficiente. —Su voz sonaba ronca. No es que Celia hubiera bebido mucho. Al igual que los demás, incluido yo, no había parado de hablar en las últimas doce horas—. Deseaba hacerte

una pregunta únicamente. ¿Querrás contestarla?

—Veamos. Habla.

—Anoche, hallándome yo ausente de la sala, tratando de dar con un médico a través del teléfono, dijiste algo... Tú crees que Faith Usher fue asesinada. Eso asegura mi madre. ¿Es verdad que expresaste tal opinión?

—Sí.

—¿Por qué? He aquí mi pregunta.

—Porque lo pensé así.

—Haz el favor de no mostrarte evasivo ni ingenioso, Archie. ¿Por qué concebiste esa idea?

—Una serie de circunstancias me la han dictado. Mira, Celia: mucho me

gustaría complacer a una chica que baila tan bien como tú, pero debo serte sincero... No pienso responder a tu pregunta. Al menos por ahora. Lo siento. En tal sentido pierdes el tiempo. No hay nada que hacer.

—¿Sigues creyendo aún que fue asesinada?

—Sí.

—Pero, ¿por qué?

No suelo colgar el teléfono nunca para interrumpir bruscamente una conversación. En esta ocasión debí haberlo hecho, pero no hizo falta. Celia se dio finalmente por vencida y renunció. Ocurrió eso en el preciso instante en que Wolfe descendía en el

ascensor. Oí el ruido de éste al detenerse. Nero entró y después de acomodarse ante su mesa de trabajo echó un vistazo al correo y consultó su calendario de sobremesa. Luego se repantigó en su sillón para leer con gesto de profunda complacencia la carta que le había escrito un coleccionista de orquídeas de Nueva Guinea. Iba por la tercera página de la misma cuando sonó el timbre de la puerta. Me levanté, crucé el vestíbulo y vi, al otro lado del panel de cristal, una fornida figura coronada por una faz roja y redonda.

—¡Santo Dios! —exclamé al abrir la puerta—. No debe haber dormido usted nada.

—No mucho —respondió el recién llegado cruzando el umbral.

Le ayudé a quitarse el abrigo.

—Esto es un honor para mí, Cramer. Ha debido usted llamarme.

Había echado ya a andar hacia el despacho. Le extrañó tanto que le llamara «Cramer» en lugar de «Inspector» que se detuvo de pronto, volviendo la cabeza.

—No aprenderá usted nunca —le dije—. Sabe muy bien cuán mal le sienta que alguien intente ganarle por la mano, especialmente si esa persona es usted. ¿No es a mí a quien querrá ver en realidad?

—Sí, pero deseaba conocer su

opinión.

—Es evidente, porque de lo contrario me habría mandado llamar. Por favor...

El vozarrón de Wolfe llegó hasta nuestros oídos.

—¡Maldita sea! ¡Entren ya de una vez!

Cramer echó a andar y yo le seguí. Wolfe saludó al inspector con un gruñido.

—Me es imposible leer el correo en medio de ese griterío.

Cramer ocupó su asiento de costumbre: el sillón tapizado de cuero rojo que había junto a la mesa de Nero.

—He venido a ver a Goodwin,

pero...

—Oí la conversación. ¿Quiere usted aleccionarme respecto a los pormenores?

Cramer suspiró.

—Como Goodwin trabaja a sus órdenes pretendo que se haga usted cargo de la situación planteada. He pensado que lo mejor es que discutamos ésta en su presencia. ¿No le parece sensato?

—Quizá me lo parezca. Ya se lo diré después.

Los grises ojos de Cramer se fijaron en mí.

—No pretendo hacer mención de cuantas circunstancias concurren en este

caso, Goodwin. Ya le he interrogado dos veces y he leído su declaración. Voy sólo tras un punto, el más importante. Le voy a decir algo, para empezar, que no habrá por qué repetir. En las manifestaciones de los demás es imposible hallar el más leve detalle que induzca a pensar en que no nos encontramos ante un suicidio. Ni lo más mínimo... Por el contrario, abundan aquellos que obligan a aceptar éste como la suposición más razonable, más probable.

—Sí —repuse—. Me he convertido en la oveja negra del rebaño. ¡Qué le vamos a hacer! Me hubiera gustado más no disponer de ningún motivo para

destacarme.

Cramer extrajo de uno de los bolsillos de su chaqueta un puro, haciéndolo rodar entre las palmas de sus manos antes de colocárselo en la boca, mostrando por un momento sus dientes, blancos y parejos.

—Comenzaré por el principio — declaró, apartando ahora el puro de los labios—, mencionando la causa de su presencia allí. Recibió usted dos llamadas telefónicas, la de Austin Byne y la de la señora Robilotti. Doy por descontado que esto es verdad. Suele pasar igual con todas las cosas susceptibles de ser comprobadas. Ahora bien, ¿no decidiría su presencia en la

reunión un impulso personal o un consejo de Wolfe? Conozco perfectamente a este hombre, lo mismo que a usted y se me ha ocurrido considerar la posibilidad de que él manifestara deseos de que usted aceptara la invitación... En ese caso, coincidiendo con los suyos, tomarían cualquier acuerdo... ¿Fue así?

Las palabras de Cramer me habían provocado un bostezo.

—Perdóneme. Todo lo relativo a ese episodio ha quedado debidamente explicado en mi declaración. No omití nada. El señor Wolfe juzgó que yo no debía asistir a la reunión. Esto, en su opinión, era algo que me degradaba.

—¿No había entre los invitados o el personal de la casa nadie que en otro tiempo hubiera sido cliente de Wolfe?

—Sí: la señora Robilotti. Trabamos relación con ella hace un par de años. Dimos fin a la tarea que nos encomendó en nueve días.

Cramer miró a Wolfe.

—¿Confirma usted eso?

—Por supuesto, señor Cramer.

—Hablando con ustedes dos es difícil, a veces, saber con qué carta quedarse. —Cramer volvió a fijar su mirada en mí—. Ahora le voy a poner al corriente de nuestras últimas conclusiones. En primer lugar: la sustancia empleada fue cianuro. No hay

duda en este aspecto. Segundo: aquélla fue vertida en el champaña. El veneno actuó de un modo fulminante. Tercero: en el bolso de la víctima se encontró un frasco de plástico de dos onzas casi lleno de cristales de cianuro sódico. El laboratorio califica éstos de «fragmentos amorfos». Cuarto: Faith Usher había enseñado el mencionado frasco a varias personas, a las que comunicó su propósito de suicidarse. Esto venía diciéndolo desde hace un año.

El inspector se agitó en su sillón.

—Como el bolso se encontraba sobre una silla, a unos quince pies de distancia de la joven, ésta no pudo

hacerse con el contenido del frasco en el instante en que Grantham se le acercó con las copas de champaña, ni tampoco segundos antes, pero en cambio existe la posibilidad de que cogiera parte del veneno, la minúscula cantidad que necesitaba, en el transcurso de la hora anterior, ocultándolo en su pañuelo. Desgraciadamente no podemos comprobar la verdad de este aserto mandando analizar el mismo, ya que el pañuelo fue a caer sobre el champaña derramado... El cuadro presentado corresponde a un suicidio. ¿Observa usted algún punto endeble en él?

Reprimí un bostezo.

—No, desde luego. Esto resulta

perfecto. Yo no sostengo que ella no quisiera suicidarse; lo que afirmo es que no se suicidó. Como usted sabe, poseo una vista excelente y, por otra parte, Faith Usher se encontraba en aquellos momentos bastante cerca de mí. Al coger la copa de champaña que le había llevado Grantham tenía la mano izquierda sobre su regazo. Sujetó la copa por la parte inferior y cuando Grantham levantó la suya pronunciando unas palabras imitó el gesto de su acompañante, tras lo cual bebió. ¿Tiene usted algún as en reserva, inspector? ¿Ha dicho acaso Grantham que al entregarle la copa ella vertió algo en ésta?

—No. Admite, simplemente, la posibilidad...

—Yo voy más lejos: la niego.

—Sí. Usted ha firmado una declaración... —Apuntándome con el puro, Cramer prosiguió diciendo—: Escuche, Goodwin. Usted afirmó hace unos momentos que el caso se presentaba de manera que no podía juzgarse más que un suicidio. Entonces, ¿qué detalles podrían hacernos pensar en un asesinato? El bolso se encontraba sobre una silla, a la vista de todos. ¿Hubo alguien acaso que se aproximara a aquél y sacara el frasco, desenroscando luego el tapón con el fin de extraer unos cuantos cristales de

cianuro? El autor de tal hazaña habría necesitado unos nervios de acero para realizar esas operaciones tranquilamente...

—Tonterías. Está usted divagando, inspector. Todo lo que había que hacer era apoderarse del bolso, desde luego, antes de que yo concentrara mi atención en él, y retirarse a cualquier cuarto para sustraerse a la impertinente curiosidad de los demás. Había más de uno a mano... Conseguimos así los cristales de cianuro buscados, estos serían guardados en un pañuelo, por ejemplo, gracias por su sugerencia, hecho lo cual ya no restaba más que depositar el bolso en su sitio, acción que requería cuidado

y nada más pues de pensar el autor o la autora de la sustracción que alguien había estado observando sus manejos con renunciar momentáneamente a su plan estaba al cabo de la calle. La oportunidad de llevar adelante el proyecto podía o no presentarse de todos modos.

Bostecé una vez más. El puro del inspector continuaba apuntándome.

—Toquemos otro punto, Goodwin. Hablemos ahora de esa incierta oportunidad a que ha aludido. Fue Hackett quien llenó las dos copas de champaña que se llevó Grantham. Una de ellas había estado sobre el mostrador del bar cuatro o cinco minutos y el

mayordomo llenó la otra poco antes de que Grantham se le acercara. ¿Quién estuvo allí durante ese corto espacio de tiempo? No hemos puesto tal detalle en claro... Al parecer todos los presentes, o casi todos. Usted mismo. Según su declaración, confirmada por Ethel Varr, usted se aproximó al bar acompañado de esta chica, llevándose de él dos de las cinco o seis copas que vieron allí preparadas. Tras esto se apartaron, charlando. Poco después, usted asegura que no habrían pasado más de tres minutos, vio a Grantham, que iba en busca de Faith Usher para obsequiarla con un poco de champaña. Así pues, usted estuvo allí. ¿Hay que pensar por

ello que vertió cierta cantidad de cianuro en una de las copas? No. Aun suponiéndole capaz de una acción semejante lo primero que haría usted sería asegurarse, operanda con el vaso o la copa precisos. Lo dicho rige también para otras personas, de entre las cuales hay que exceptuar a Edwin Laidlaw, Helen Yarmis y el señor y la señora Robilotti, que no se alejaron del bar. Hay que reconocer que si una de esas cuatro personas, al ver acercarse a Grantham, vertió el cianuro en una de las copas es porque le importaba poco que fuera el joven o Faith Usher el destinatario de la que contenía el veneno. Esto, para mí, es muy

significativo. ¿A usted qué le parece?

Cramer clavó sus dientes en el puro. Jamás llegaba a encenderlo.

—Por mi parte debo señalar dos puntos. El primero es éste: hubo una persona que supo en el momento preciso en qué copa iba a beber Faith Usher. Fue Grantham quien hizo entrega de ésta a la muchacha.

—¿Eh? ¿Acusa usted a Grantham...?

—Yo no acuso a nadie. Me limité a especificar un detalle omitido por usted.

—Un detalle sin importancia. Ya necesitaba Grantham serenidad para verter el veneno en la copa hallándose en el bar, acompañado de cinco personas... Y si tal operación fue

llevada a cabo mientras se encaminaba hacia el sitio en que estaba la chica, no me negará que la suya constituyó una treta de verdadero mérito por el hecho de tener ambas manos ocupadas. De otro lado, de haberla realizado en el momento de hacer entrega a Faith Usher de la copa, usted le habría visto. Hábleme del segundo punto que desea destacar.

—Quería decirle que yo no tengo la más leve idea sobre la identidad del criminal, que desconozco los medios de que se valió para lograr su propósito e incluso el móvil de sus actos. Todo lo que ha dicho es nuevo para mí, en su mayor parte. Mi atención se hallaba

dividida entre mi acompañante, Ethel Varr, el bolso y Faith Usher. Yo ignoraba quién estaba en el bar en el momento de acercarse a él Grantham; ni siquiera sabía quién había estado allí antes, mientras Hackett llenaba las copas que Grantham se llevó después. Yo lo único que sé, de una manera positiva, es que Faith Usher no vertió nada en la copa que se llevó a los labios. Y si esto fue así no hubo suicidio.

—Hay algo que estimo puede parecerle de veras razonable.

—¿Qué?

—La posibilidad de que se halle usted en un error.

—¿Existe alguna posibilidad de que

yo esté equivocado al tomarle por el inspector Cramer?

Cramer me estuvo observando largo rato con los párpados entreabiertos. Luego adoptó la postura normal en él siempre que se sentaba en el sillón tapizado de cuero rojo, enfrentándose con Wolfe.

—Voy a decirle qué estoy pensando exactamente.

—Es una cosa que suele usted hacer a menudo —gruñó Nero.

—Creo saber qué ocurrió concretamente. Rose Tuttle le dijo a Goodwin que Faith Usher llevaba un frasco de cianuro en el bolso y que temía hiciera uso de éste allí mismo.

Goodwin le contestó recomendándole que se olvidara de aquello, que él cuidaría de que no sucediese nada anormal. A partir de ese instante nuestro amigo se dedica a vigilar concienzudamente a Faith Usher, no perdiendo de vista tampoco su bolso. Eso ha sido admitido por él.

—Figura en la declaración.

—Eso es. ¿Cuál es su reacción al ver que la muchacha se derrumbaba después de beber el champaña? Los dos le conocemos bien. Goodwin es un joven con mucho amor propio. Acaba de ser herido donde más puede dolerle. Debíó sentirse indignado. Consecuentemente, sin detenerse a

considerar el alcance de sus palabras, dice que, a su juicio, Faith Usher murió asesinada. A la llegada de la Policía, sabiendo que uno u otro de los presentes dará cuenta de su anterior manifestación, repite la misma. Igual ocurre al enfrentarse conmigo y el sargento Stebbins. Ahora bien, a nosotros tiene que darnos una razón. Cuenta con ella... Y sabe que mientras juzguemos que existe una posibilidad para pensar en el asesinato, tal razón no será desestimada. Pero ahora... Usted oyó mis explicaciones. Confiaba en que él, al estimarlas, comprendería que lo más prudente era reconocer que había obrado un poco precipitadamente.

Goodwin no podría afirmar bajo juramento que Faith Usher no vertió nada en su champaña. Nuestro amigo ha dispuesto de tiempo más que suficiente para pensar en esto y es demasiado inteligente para no ver con entera claridad... Espero que esté usted de acuerdo conmigo.

—No se trata de eso. Hay que atenerse a los hechos —replicó Wolfe volviéndose hacia mí—. ¿Usted qué dice, Archie?

—No creo que haya nadie con más amor propio que yo, pero soy incapaz de ir tan lejos.

—¿Mantiene usted su opinión?

—Sí. El inspector se contradice.

Primero afirma que actué torpemente y luego asegura que soy una persona inteligente. Sigo manteniéndome en mi posición inicial con la misma firmeza.

Wolfe se encogió de hombros y después volvió a posar la mirada en Cramer.

—Mucho me temo que esté usted perdiendo el tiempo, señor Cramer, y haciéndomelo perder a mí también.

Yo bostezaba en aquel momento.

El rostro encarnado del inspector enrojeció aún más, señal evidente de que había llegado al límite de su resistencia. Pero se produjo un milagro... Cramer se contuvo a tiempo. Resulta un placer presenciar una cosa

así, ver cómo con un eficaz auto dominio puede vencerse un impulso. El hombre acabó fijando sus ojos en mí.

—No considero esas sus últimas palabras, Goodwin. Piense en ello. Desde luego, nosotros vamos a proseguir con las indagaciones. Y llegaremos hasta donde sea si encontramos algo que corrobore la posibilidad de un homicidio. Sabe usted muy bien que es así. Pero debo prevenirle... Si en nuestras conclusiones definitivas determinamos que hubo suicidio y usted opta por entregar a su amigo Lon Cohen, de la Gazette, una declaración con destino a su periódico, en la que asegure hallarse convencido

de que Faith Usher murió asesinada, lo sentirá. Sólo Dios puede saber por qué asistió a esa reunión. Tal declaración por su parte, como testigo del hecho...

En tal instante sonó el timbre de la puerta. Me puse en pie, rogando a Cramer cortésmente que me dispensara. Una vez hube cruzado el vestíbulo vi al otro lado de la puerta de cristales un rostro de facciones familiares, que, sin embargo, tardé unos segundos en identificar y todo porque los despeinados cabellos del recién llegado se hallaban cubiertos por un sombrero de fieltro. Me llevé el dedo índice de mi mano derecha a los labios, reclamando silencio al mismo tiempo que hacía una

seña al visitante para que entrara. El hombre vaciló, mostrándose ligeramente sobresaltado, y tras esto cruzó el umbral. Cerré la puerta y sin detenerme a ayudarle a despojarse del sombrero y el abrigo, abrí la que daba a la habitación de la fachada, haciéndole entrar en ésta.

—Aquí no hay novedad —le dije—. Las puertas y los muros han sido contruidos a pruebas de grandes ruidos.

—¿Qué novedad puede haber? —inquirió Edwin Laidlaw.

—Aludía a la indispensable reserva. A menos que no haya venido con el fin de entrevistarse con el inspector Cramer, de la Brigada de Investigación

Criminal...

—No sé de qué me está usted hablando. He venido a verle a usted.

—Me lo imaginé, pensando también que quizá no quisiera tropezar con Cramer. Se encuentra en el despacho, charlando con el señor Wolfe, y como está a punto de irse preferí hacerle entrar aquí.

—Me alegro de ello. Ya está bien de policías por el momento. —Laidlaw miró a su alrededor—. Podríamos hablar aquí mismo entonces, ¿no?

—Sí, pero antes debo salir a despedirme del inspector. Vuelvo en seguida. Siéntese.

En el vestíbulo topé con Cramer, que

ya se encaminaba hacia la puerta de la calle. No pronunció una palabra. Ni siquiera me miró. Pensé que si él prefería conducirse tan descortésmente a mí no me cabía hacer otra cosa que imitarle, por lo que dejé que cogiera su sombrero y se pusiera el abrigo sin molestarme en ayudarle. En cuanto la puerta se hubo cerrado a sus espaldas fui al despacho, plantándome frente a la mesa de Wolfe.

—He de formular una observación, Archie —me dijo éste—. Endemoniar al señor Cramer con un fin concreto es una cosa; atormentarle por puro pasatiempo, otra.

—Sí, señor. Usted me pregunta

ahora si mi posición, hablando entre nosotros, es la misma. Mi respuesta es afirmativa.

—Perfectamente. Entonces Cramer se ha metido en un berenjenal.

—Hay alguien más en apuros, al parecer. Ayer, cuando fui invitado a la reunión, una vez supe los nombres de los asistentes, telefoneé a Lon Cohen con el deseo de enterarme de algunos detalles relacionados con los mismos. Uno de ellos, Edwin Laidlaw, es un ciudadano de cierta importancia para un hombre de su edad. Andaba algo desorientado por esta ciudad... Hace tres años murió su padre, heredando de él diez millones de dólares. En la actualidad ostenta un

cargo de directivo en la firma Malvin Press, editora de libros...

—¿Interesa en realidad todo esto, Archie?

—Quizás. Ese hombre se encuentra ahí fuera. Ha venido con el exclusivo propósito de verme y como mi único contacto con él data de anoche pudiera interesarnos. He pensado que tal vez a usted le agradaría asistir a la entrevista. Además, ¿y si luego necesitara un testigo?

—¡Bah!

—Sí, ya sé. No quiero forzar la cosa, pero lo cierto es que hace dos semanas que no tenemos nada entre manos.

Wolfe me estaba reprendiendo con la mirada. No es que le importara abandonar su cómodo sillón para desplazarse hasta el vestíbulo y el otro cuarto con objeto de apostarse frente a la mirilla. Después de todo, esos minutos de ejercicio mejorarían su apetito... En el mejor de los casos de aquello podría salir un nuevo cliente, lo cual llevaba aparejado lo peor: verse obligado a trabajar.

—¡Maldita sea! —murmuró Wolfe apoyando las palmas de sus manos en la mesa para empujar el sillón hacia atrás, con el fin de levantarse.

La mirilla se encontraba en el muro, a la altura de los ojos, a unos ocho pies

de distancia de la mesa de Nero. Al otro lado se encontraba cubierta por un cuadro, en el que aparecía una hermosa cascada. A través de ella no sólo podía verse cuanto ocurría en la otra habitación sino también escuchar. En cierta ocasión yo había permanecido allí cuatro largas horas, esperando ver a alguien apoderarse de una cosa que yo tenía en mi mesa. Di tiempo a Wolfe para que se instalara en su puesto de observación y luego abrí la puerta.

—Entre aquí, Laidlaw. Estaremos más cómodos.

A continuación instalé una de las sillas que había en el cuarto frente a la mesa que me proponía ocupar.

CAPÍTULO V

LAIDLAW se sentó, fijando la vista en mí. Tres segundos. Seis segundos. Evidentemente, necesitaba ser espoleado, así que tomé la iniciativa abriendo el diálogo.

—Yo creo que la reunión a que los dos asistimos no estuvo nada mal hasta cierto punto, ¿verdad? Y ello pese al protocolo.

Laidlaw se inclinó en dirección a mí. Sus cabellos se hallaban perfectamente despeinados.

—Escuche, Goodwin. Quiero hacerle una pregunta directa, sin andarme con rodeos. Espero que la conteste. ¿Por qué no?

—Veamos.

—Vaya referirme a lo que usted dijo anoche. En su opinión la chica fue asesinada. Esto es lo que declaró, no sólo delante de nosotros sino frente a la Policía y el fiscal del distrito. He de comunicarle confidencialmente que tengo un amigo (da lo mismo que sea éste o aquél y que se encuentre aquí o allí), quien me ha facilitado alguna información. Me imagino que las autoridades optarían por cerrar el caso calificándolo de suicidio de no ser por

su intervención. De otro lado pienso que cuando usted ha dicho eso tendrá sus buenas razones. He aquí mi pregunta: ¿Cuáles son éstas?

—¿No le dio explicaciones a ese respecto su amigo?

—No. No pudo. O no quiso. Él afirma lo primero.

Crucé las piernas.

—Mi situación no es ésa, desde luego. Por el momento lo único que voy a hacer es confirmar la declaración que formulé ante la Policía y el fiscal del distrito, que también conoce el señor Wolfe.

—¿Se niega a responderme?

—Por ahora, sí. Me obligan a ello

las reglas de la etiqueta.

—¿Es que no piensa en las personas que se ven complicadas en este asunto por el hecho de estar presentes en el instante en que se produjo la muerte de Faith Usher...? ¿No cree que tienen derecho a conocer los motivos que han determinado su posición?

—Sí. Estimo que tienen derecho a preguntar a la Policía por qué ésta enfoca sus investigaciones de acuerdo con la idea de homicidio y desecha la del suicidio cuando todo parece apuntar a este último. Ahora bien, no creo que posean el de dirigirse a mí en tal sentido.

—Me hago cargo. Sin embargo —

añadió Laidlaw caviloso—, la Policía se niega a decimos nada.

—Lo sé. Conozco a sus hombres perfectamente. Acabo de tener una discusión con el inspector Cramer.

Edwin Laidlaw me miró detenidamente. Cuatro segundos.

—Usted es un detective profesional, Goodwin. La gente recurre a usted en demanda de ciertas informaciones, pagándole a continuación por sus servicios. Eso es lo que necesito, información, una respuesta a mi pregunta. Le daré a usted cinco mil dólares por ella. Tengo esa suma aquí, en mi bolsillo, en billetes. Por supuesto, su contestación habrá de ser definitiva.

—Por tal cantidad merece usted verdaderamente esa ansiada respuesta. Los cinco mil dólares me vendrían muy bien ya que el sueldo que el señor Wolfe me paga dista mucho de ser una cosa extraordinaria. No obstante, habría de doblar la cifra y seguiría pensando igual. Cuando la Policía determine en un aspecto u otro, asegurando que me hallo en lo cierto o que estoy equivocado, lo mismo da esto que aquello, yo quedaré en completa libertad para comentar lo que me apetezca. Pero si me adelanto a los agentes oficiales de la autoridad, divulgando detalles antes de que den a conocer sus conclusiones, me acusarán de que pretendo interferir su labor. De

poco me servirían sus cinco mil dólares si llegara a perder mi licencia de detective privado.

—Diez mil le durarían más.

—No mucho más.

—Tengo participación en un negocio editorial. Le facilitaría un empleo.

—No tardaría en despedirme.

Escribo muy mal.

Sus ojos me contemplaban abiertamente, con inalterable fijeza.

—¿Quiere usted explicarme eso? ¿Qué motivos tiene para asegurar que fue un crimen? ¿Son éstos suficientemente consistentes para obligar a la Policía a seguir por el camino iniciado, a pesar de la influencia

de la señora Robilotti?

—Ahora sí que voy a contestarle. Ya comprenderá que tiene algún fundamento cuando fueron capaces de empujar hasta aquí al inspector Cramer, a despecho de no haber pegado éste un ojo en toda la noche. Desengáñese: antes de inclinarse por el suicidio la Policía hará cuantas indagaciones sean precisas.

Edwin Laidlaw se frotó las manos nerviosamente. Había posado la vista en la alfombra, lo cual supuso para mí un alivio. Transcurrió así un minuto.

—Ha señalado usted que sólo la Policía, el fiscal del distrito y Nero Wolfe poseían una información completa del asunto. Quisiera entrevistarme con

este último.

Arqueeé las cejas.

—No sé ...

—¿Qué es lo que no sabe usted?

—No sé si... —apreté los labios—.

Ignoro si él querrá mezclarse en un caso que me afecta personalmente. Además, anda muy ocupado. Ya veremos. —Me puse en pie—. Con Nero Wolfe uno no sabe nunca a qué atenerse.

Al salir al vestíbulo Wolfe apareció ante mí. Pasé frente a él, siguiéndome hasta la cocina. Cerré la puerta.

—Debo excusarme por mi impertinente alusión al sueldo. Había olvidado que nos estaba usted escuchando.

Wolfe soltó un gruñido.

—Es preciso que cuide usted su memoria, que siempre ha sido excelente. ¿Qué quiere ese hombre de mí?

Reprimí un bostezo.

—¡Yo qué sé! Podría aventurar una suposición de haber dormido algo. Quizá desee publicar su autobiografía. Tal vez pretenda ponerme en ridículo induciéndole a usted a probar que Faith Usher se suicidó.

—No quiero verle. Ya ha dado usted una razón: su propia intervención en el asunto.

—Sí, señor. Pero da la casualidad de que también intervengo personalmente en la marcha económica

de esta casa. Y lo mismo le ocurre a Fritz. Y hasta a ese individuo que le ha escrito desde Nueva Guinea...

Wolfe gruñó igual que un león que se viera forzado a abandonar su acogedor cubil para lograr un poco de comida. Admito que tratándose de aquél la comparación resultaría más exacta mencionando al elefante. Pero los elefantes no gruñen... Fritz, sentado a la mesa, atareado con unas almejas, a las que estaba quitando las conchas, comenzó a tararear una cancioncilla en un tono muy bajo, probablemente complacido al considerar la posibilidad de que nos hiciéramos de un cliente. Wolfe le miró y se echó una de las

almejas a la boca, masticando concienzudamente. Al abrir la puerta yo, sosteniéndola así para que pasara, él esperó hasta deglutir la almeja.

A Wolfe no le agrada estrechar la mano de las personas desconocidas. Cuando ya dentro del despacho presenté a los dos hombres, él se limitó a hacer un gesto de asentimiento dirigido a Laidlaw, sin detenerse en su camino hacia la mesa. Le pedí a nuestro visitante que se acomodara en el sillón de cuero rojo, con lo cual no le tendría de perfil al enfrentarse con Wolfe.

—Supongo —dijo Edwin Laidlaw mirando a Nero— que Goodwin le habrá dicho ya quién soy. Deseo utilizar

sus servicios profesionales. ¿Prefiere usted el dinero en efectivo o quiere un cheque?

Wolfe denegó con un movimiento de cabeza.

—Ni una cosa ni otra, hasta que acepte el trabajo que piensa encomendarme. ¿Qué quiere de mí?

—Quiero que me consiga determinada información. Ya sabe usted lo que ocurrió anoche en la casa de los señores de Robilotti: una chica llamada Faith Usher murió envenenada. Usted sabe que todo parece indicar que se trata de un suicidio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabe usted también que las

autoridades no han aceptado como definitiva la hipótesis del suicidio? ¿Que la Policía lleva a cabo pesquisas para averiguar si la muchacha fue asesinada?

Wolfe volvió a hacer un gesto afirmativo.

—Pues entonces es evidente que aquélla conoce algún dato especial, algo que yo ignoro, que quizá ninguno de nosotros sabe. Ha de haber una razón que determine su actitud. Y yo tengo derecho a conocerla, como uno de los individuos complicados en el asunto, complicados por haber presenciado el desagradable episodio que terminó con la muerte de esa chica. Le entregaré una

cantidad. Puede usted fijar la cifra. Pagaré lo que sea...

Yo había dejado de bostezar. Debo decir que admiraba la franqueza de Laidlaw. Aunque éste no sabía, naturalmente, que Wolfe había permanecido junto a la mirilla escuchando nuestra conversación, debía suponer que yo había puesto a Nero al tanto de su oferta. Sí. Allí estaba Edwin Laidlaw, mirando fijamente a Wolfe, solicitando sus servicios, invitándole a que señalara el precio de éstos, después de sugerirme a mí una suma máxima de diez mil dólares. ¡Qué descaro el suyo! Tenía que inspirarme admiración, forzosamente.

—El señor Goodwin —repuso Wolfe— me ha hablado de su proposición. Ahora no sé si respetar su obstinación aplaudir su destreza o deplorar su ingenuidad. De todos modos, he de rechazar su solicitud. Poseo la información que anda buscando, pues la obtuve de labios del señor Goodwin confidencialmente. Pero no pienso revelarla. Lo siento.

Laidlaw aspiró una bocanada de aire.

—Son ustedes mucho más obstinados que yo —declaró—. En nombre de Dios, ¿qué carácter tiene ese secreto? ¿Tan importante y definitivo es? ¿Qué temen ustedes?

—No es que temamos nada — contestó Wolfe denegando con un movimiento de cabeza—. Cuestión de tacto... El señor Goodwin está complicado en el presente asunto sólo como testigo, exactamente igual que usted, y yo estoy al margen de aquél, por completo. No es cuestión de valor o de temor... ¡Ah! Y no pienso dar cuenta a la Policía de las proposiciones que nos ha hecho, ya que ésta, entonces, orientaría su curiosidad hacia usted. Como sus ofertas han sido formuladas, supongo, con buena intención, no quiero corresponderle con una mala jugarreta.

—Pero ustedes se niegan...

—Sí. No hay posibilidad de opción

en las circunstancias presentes. El señor Goodwin puede decidir por el mismo.

Laidlaw volvió a posar su mirada en mí. Creí que estaba a punto de renovar su oferta, con una modificación importante: la suma podría fijarla yo. Si tal idea había cruzado por su cabeza debió abandonarla en seguida al observar mi reserva. Tras mirarme unos segundos se puso en pie. Creí que abandonaba la lucha. Wolfe se quedaba sin cliente. No. No ocurrió así. Pretendía tan sólo reflexionar y le había parecido mejor hurtar el rostro a nuestras miradas.

—¿Me concede un minuto? —
inquirió dirigiéndose a Wolfe.

Éste hizo un gesto afirmativo.

El hombre se volvió de espaldas, avanzando sobre la alfombra en dirección al muro opuesto, donde, enfrente de una librería, había un gran globo terráqueo. Durante largo rato, más del minuto que solicitara cortésmente, se entretuvo haciendo girar aquél. Finalmente regresó junto a nosotros, acomodándose de nuevo en el sillón de cuero rojo.

—He de hablar con usted en privado —le dijo a Wolfe.

—Ya lo está haciendo —repuso Wolfe secamente—. Si lo que pretende es charlar a solas conmigo no hay nada que hacer. El señor Goodwin puede oír

muy bien cuanto tenga que decirme. De lo contrario no se encontraría aquí desde un principio. Sus oídos son los míos y viceversa.

—Me dispongo a referirle algo acerca de mí que no he contado jamás a nadie. Voy a correr un riesgo cierto porque no tengo otra solución a mano. No me interesa en absoluto aumentarlo.

—No tema. —Wolfe se mostraba paciente—. De todas maneras, si el señor Goodwin llegase a abandonar esta habitación yo le haría una seña para que nos escuchase desde otra... El resultado sería el mismo.

—No da usted muchas facilidades, Wolfe.

—No tengo un gran empeño en eso, efectivamente. Oriento las cosas de cierto modo... cuando me es posible.

Laidlaw parecía necesitar unos minutos más de reflexión. Pero esta vez no tuvo que consultar nuestro globo terráqueo para seguir hablando.

—Se trata de algo que no puedo exponer a mi abogado porque su ayuda me serviría de bien poco. Con cualquier otra persona me ocurriría igual. Por eso he pensado en usted, un hombre experto, que hasta tiene fama de brujo. Primero quise saber por qué Goodwin había pensado en el crimen, pero, desde luego, usted no va a... A propósito...

Laidlaw sacó de un bolsillo su libro

de cheques y de otro su pluma estilográfica, poniéndose a escribir en aquél. Luego arrancó la hoja correspondiente, depositándola sobre la mesa de Wolfe, tras lo cual volvió a sentarse.

—Si veinte mil dólares no son suficiente en concepto de fianza y para atender a los primeros gastos, dígamelo. Ya sé que aún no ha aceptado el trabajo que quiero confiarle, pero pienso continuar aquí hasta que lo consiga. Deseo que en el caso de que la Policía prosiga sus investigaciones ésta no llegue a profundizar tanto como para dar a la publicidad determinado episodio de mi vida. Quiero también que en tal caso

evite mi arresto y el que sea sometido a un juicio por asesinato.

—En ninguno de los aspectos citados puedo garantizarle nada.

—Tampoco me propongo exigirle que haga milagros. He de aclarar dos cosas: yo no maté a Faith Usher, si es que ésta murió asesinada, ni sé quién puede ser el autor del crimen. En segundo lugar, debo decirle que estoy convencido de que la muchacha se suicidó. Ignoro las razones que impulsaron a Goodwin a formular su declaración en el sentido primeramente indicado, pero sean éstas cuales sean, estoy convencido de que se encuentra en un error.

Wolfe gruñó una vez más.

—Entonces, ¿por qué recurre a mí?

Los agentes de la Policía son seres humanos y como tales se pierden en ocasiones siguiendo derroteros falsos, pero al final lo más corriente es que lleguen a descubrir la verdad.

—Eso es lo malo... Que la verdad suelen descubrirla siempre al final. Entretanto puede que se ocupen del episodio de mi vida a que hice alusión antes y si ocurre esto quizá me detengan, señalándome como el asesino de Faith Usher. Y sin quizá, con toda seguridad.

—Supongo que se trata de un pasaje de su existencia de carácter extraordinario. Si es aquél el motivo de

su confianza he de formular dos observaciones: usted no es todavía mi cliente: en el caso contrario, tenga en cuenta que sus revelaciones, hechas a un detective privado, no gozarían de privilegios especiales. Siempre constituyen éstas una especie de callejón sin salida, señor Laidlaw. A mí me es imposible aceptar el trabajo que me ofrece hasta después de conocer ese episodio. Ahora bien, he de decirle que si acepto llegaré hasta donde tenga que llegar para defender sus intereses.

—Estoy desesperado, Wolfe —dijo Laidlaw, echándose los cabellos hacia atrás—. Lo reconozco: estoy desesperado. Usted aceptará el trabajo

porque no habrá nada que se oponga a ello. Nadie conoce lo que voy a referirle ahora. Estoy seguro de ello... aunque no del todo. Eso es lo malo.

Pasóse de nuevo la mano por la cabeza.

—No estoy nada orgulloso de esto que me dispongo a contarle. Tengo treinta y un años. Cierta día del mes de agosto de 1956, hace año y medio, entré en Cordoni's, ese establecimiento de Madison Avenue, con objeto de comprar algunas flores. La muchacha que me atendió era muy atractiva. Aquella noche hicimos una salida al camino, en mi coche con la intención de cenar juntos. La chica se llamaba Faith Usher. Diez

días después pensaba tomar sus vacaciones. Aproveché ese plazo de tiempo para convencerla y lograr que las pasara conmigo en el Canadá. No utilicé mi verdadero nombre en mi relación con ella. Estoy casi seguro de que jamás supo quién era yo realmente. Faith Usher no dispuso más que de una semana. A nuestro regreso ella volvió a su tienda y yo me marché a Europa, permaneciendo ausente por espacio de dos meses. Al volver yo no tenía el propósito de reanudar nuestras relaciones, pero tampoco iba a evitarla. La vi un día, al acercarme a Cordoni's. Apenas me habló. Me preguntó...

—Le sugiero la conveniencia —dijo

Wolfe interrumpiendo a Laidlaw—, de limitarse a los detalles esenciales.

—Eso estoy haciendo. Deseaba que tuviera usted una idea exacta de cómo sucedió todo. No me agrada sentirme en deuda con nadie, especialmente tratándose de una mujer, por lo que le telefoneé dos veces con el fin de concertar una entrevista. Se negó a ello. Abandoné entonces aquel asunto. Dejé también de comprar flores en Cordoni's. Meses más tarde, un lluvioso día del mes de abril me vi obligado a ir al establecimiento. Faith Usher ya no estaba allí. No pregunté por ella. Cito esos detalles para que usted juzgue sobre las probabilidades que tiene la

Policía de llegar a conocer ese episodio.

—Primero las cosas más esenciales —musitó Wolfe.

—Conforme. Pero debe usted saber cómo me enteré de que la chica se encontraba en Grantham House. Es ésta una institución fundada por...

—La conozco perfectamente.

—Siendo así sobran las explicaciones. Días después de mi última visita a Cordoni's, un amigo mío llamado Austin Byne, sobrino de la señora Robilotti, me dijo que había estado en Grantham House con objeto de dar un recado de parte de su tía, viendo allí a una chica que reconoció en

seguida. Aseguró que a mí me hubiera pasado lo mismo, porque era la muchacha de ojos verdes y rostro ovalado que en otro tiempo había estado empleada en Cordoni's. Me permití ponerlo en duda, contestándole que lo más probable era que no me acordara de la chica. Yo...

—¿No encontró nada sugerente en el tono con que el señor Byne pronunció esas palabras?

—No. No creo... Estoy seguro de que no hubo en él una segunda intención. Pero a mí me extrañó aquello. Era lógico. Habían transcurrido ocho meses desde nuestro viaje al Canadá. No creía que ella hubiera tenido relación con

otros hombres. Decidí que era necesario que la viera; teníamos que hablar, forzosamente. Prefiero inclinarme a pensar que el principal móvil de mis actos era la idea que albergaba en mi cerebro acerca de la existencia de una obligación por mi parte, pero no niego que también deseaba saber si ella había averiguado mi verdadera identidad y, en caso afirmativo, si había participado a alguien su descubrimiento o se proponía hacer tal cosa. Al preparar nuestra entrevista tomé todas las precauciones imaginables. ¿He de dar cuenta detallada de las mismas?

—Más adelante, quizás.

—De acuerdo. Nos vimos. Faith

Usher alegó que había accedido a mis requerimientos sólo porque quería decirme que teníamos que cortar nuestra relación definitivamente. No quería verme más, ni saber de nuevo de mí. Aseguró que no me odiaba, (no la creí nunca capaz de eso), pero que yo significaba para ella una cosa tan sólo: un error que jamás se perdonaría, por lo que deseaba borrarne de su recuerdo. Esas fueron sus palabras. Me informó que su hijo sería adoptado por una familia desconocida y que nunca llegaría a saber quiénes habían sido sus padres. Yo llevaba encima una fuerte suma de dinero, pero ella se negó a tomar nada. No planteé la cuestión de mi paternidad.

Otro hombre cualquiera habría procedido igual en mi lugar dada la actitud adoptada por Faith. —Edwin Laidlaw hizo una pausa, apretando los labios. Luego prosiguió diciendo—: Entonces fue cuando decidí ordenar un poco mi vida. Entregué anónimamente un donativo a Grantham House. No volví a ver a la chica hasta anoche. Yo no la maté. Estoy convencido de que se suicidó. Y Dios quiera que no fuese mi presencia en esa reunión lo que le impulsó a acabar con su vida. —Otra pausa más, para añadir en seguida—: Yo no la maté. Sin embargo, ya comprenderán cuál sería mi situación si la Policía en sus indagaciones llegara a

conocer de un modo u otro todo esto...
¿Cómo? Lo ignoro. Pero, inmediatamente, me acorralarían. Yo me encontraba en el bar cuando Cecil Grantham se acercó a coger las dos famosas copas de champaña. Aun cuando yo no fuera declarado nunca culpable, aunque no llegara ni siquiera a ser juzgado, todo esto, al divulgarse, me perjudicaría enormemente. Por supuesto, de no haber sido por Goodwin, el caso habría quedado liquidado a no mucho tardar, considerándose la muerte de Faith Usher un suicidio. ¿Se extrañan todavía de que desee estar bien informado de todos los pormenores, a cualquier precio?

—No —concedió Wolfe—. Esto es, si hemos de creer su relato. Ahora bien, usted ha querido utilizar mis servicios con el fin de que le refiriera lo que el señor Goodwin ha contado a la Policía, a lo cual ya me he negado. ¿Qué otra cosa pretende de mí?

—Que se ocupe de esto; que haga lo posible para que mi relación con Faith Usher no sea descubierta, con objeto de que no lleguen a considerarme entre los sospechosos.

—¡Pero si ya lo es! Usted figuraba entre los invitados a esa reunión.

—¡Bah! Un subterfugio por su parte. Nadie hubiera podido sospechar de mí de no ser por Goodwin.

Me reí interiormente. «Subterfugio». He aquí una de las palabras favoritas de Wolfe. En aquella silla tapizada de cuero rojo habíanse sentado al correr del tiempo docenas de personas. Muchas habían oído de boca de Nero Wolfe aquel vocablo, un tanto acusador. Ahora era él quien se veía obligado a escucharlo. Esto no presagiaba nada bueno.

—Usted —dijo obstinadamente Wolfe—, es, pese a todo, uno de los sospechosos y sería una necesidad que me contratara para impedir algo que ya ha sucedido. Antes admitió que se sentía desesperado. Los hombres que se hallan en tal estado de ánimo no pueden

concebir ideas lógicas. Es preciso dispensárselo. Esto hago yo. La Policía descubrirá su relación con Faith Usher... Es una tontería confiar en lo contrario. Lo más seguro es que ella supiera su verdadero nombre. ¿No era usted conocido en Cordoni's? ¿No tenía usted abierta una cuenta allí.

—No. Las tengo en otros establecimientos, por supuesto pero no en las floristerías. Siempre pago las flores al contado... Además, en aquellos momentos era lo más prudente. No creo que ella llegara a conocer mi verdadero nombre. Estoy seguro, por otro lado, que, de haberlo averiguado, no hizo a nadie partícipe de su descubrimiento.

Tampoco es probable que refiriera a alguien nuestro viaje al Canadá.

Wolfe se mostraba escéptico.

—Pero a usted se le vería con ella en determinados establecimientos públicos. O en la calle, por ejemplo. Ustedes comieron juntos varias veces. Si la Policía profundiza en sus investigaciones se enterará de ello. En tal aspecto la labor de los agentes es siempre eficaz. El único medio de evitarlo es que éstos desistieran, cosa que depende del señor Goodwin. — Wolfe me miro—. Respóndame a esto Archie. ¿Ha dicho algo el señor Laidlaw que le induzca a pensar que se encuentra usted en un error.

—No —respondí—. Ahora que estamos facultados para fijar la cifra admito que es una tentación... Pero, no, ya me ha comprometido. Mi respuesta es en absoluto negativa.

—¿Comprometido? —inquirió Laidlaw.

—Sí, al señalar que Faith Usher no se suicidó.

—Pero, ¿por qué afirma usted eso? ¿En el nombre de Dios!, ¿por qué?

Wolfe intervino.

—No se excite, señor. Ese extremo sigue siendo reservado, aun cuando yo acepte su fianza. Actuaré basándome en la hipótesis de que cuanto nos ha contado respecto a sus relaciones con

Faith Usher es cierto. Recuérdelo, sin embargo: no se trata más que de una hipótesis. Al correr de los años he encontrado no pocas insostenibles. Entra dentro de lo posible que usted matara a Faith Usher y que su visita no sea más que la etapa inicial de un ingenioso plan. Entonces...

—No hay nada de eso.

—Perfectamente. Entonces la situación queda planteada así: como quiera que el señor Goodwin no cede y no hay duda de que la Policía persistirá en sus investigaciones, por lo que llegará a descubrir su secreto, yo puedo realizar el trabajo que me encomienda probando que Faith Usher se suicidó y,

por tanto, que el señor Goodwin está equivocado, o bien descubriendo al criminal. Será la nuestra una empresa cara y laboriosa y deseo pedirle que me firme un documento especificando que sea quien sea el asesino, siempre que yo dé con él, usted pagará nuestros servicios.

Laidlaw respondió sin vacilar:

—Se lo firmaré.

—Queda bien entendido, como ya le he dicho antes, que no le garantizo nada.

—De acuerdo.

—Pues ya no hay nada más que hablar. —Wolfe cogió el cheque, entregándomelo a continuación—. Tome, Archie. Guárdelo como fianza y anticipo

para venideros gastos.

Me levanté para depositarlo en uno de los cajones de mi mesa de trabajo.

—Quiero hacerle una pregunta —me dijo Laidlaw—. Desde luego, usted no ha referido a la Policía lo ocurrido cuando pedí a Faith Usher que bailara conmigo porque en caso contrario me habrían invitado a dar una explicación que justificara su actitud. ¿A qué se debe que haya procedido así?

Me senté de nuevo.

—Es ése el único detalle que callé. Hay una razón... Desde un principio los agentes han estado acosándome por haber declarado que, en mi opinión, Faith Usher murió asesinada. Si les

contaba que se había negado a bailar con usted hubieran pensado que también yo intentaba localizar al criminal. Esa gente está un poco escocida por efecto de anteriores roces. Por otra parte, si usted negaba lo sucedido, habrían sospechado que pretendía burlarse de ellos. Esa era una cosa fácil de recordar y siempre estaba a tiempo de declarada si el desarrollo de los acontecimientos lo requería.

Wolfe frunció el ceño.

—Eso no me lo contó usted, Archie.

—No, señor. ¿Por qué había de hacerlo? No mostraba ningún interés por el caso.

—Ahora sí me interesa. Aunque la

negativa de la chica queda perfectamente explicada. —Wolfe se volvió hacia Laidlaw—. ¿Supo usted antes de la reunión que la señorita Usher asistiría a la misma?

—No. De haberlo sabido no hubiera ido.

—¿Sabía ella a su vez que usted se hallaría presente?

—No lo sé. Creo que entonces habría procedido igual que yo.

—Se trata, pues, de una notable coincidencia. En un mundo como el nuestro, dentro del cual impera el azar, no es de extrañar. ¿Había usted asistido alguna vez a esas reuniones anuales?

—No. El recuerdo de Faith Usher

fue lo que me impulsó a aceptar la invitación. No es que quisiera verla, pues ya he dicho que de haber sabido que estaría allí no hubiese ido... Me animó a ello cierto sentimiento indefinible, algo que quizás un psiquiatra denominaría sentimiento de culpabilidad.

—¿Quién le invitó?

—La señora Robilotti.

—¿Frecuentaba usted su casa?

—No era un visitante frecuente sino ocasional. Conozco a su hijo Cecil desde los tiempos de escolar, pero no nos hemos tratado nunca íntimamente. En la Universidad de Harvard, Austin Byne, su sobrino fue condiscípulo mío. ¿Qué

está usted haciendo? ¿Sondeándome?

Wolfe no replicó. Levantó la vista para consultar el reloj de pared: la una y diez minutos. Luego hizo un par de profundas inspiraciones. Finalmente miró a su cliente sin mucho entusiasmo.

—Esto nos ocupará varias horas, señor Laidlaw. He de empezar por usted... Me veo obligado a trabajar sobre la hipótesis de que el señor Goodwin tiene razón, dando por sentado que la señorita Usher fue asesinada, pero no por usted... Por consiguiente uno de los otros es el autor del crimen. Once, si hemos de incluir al mayordomo... No. Diez, puesto que, arbitrariamente, he eliminado al señor

Goodwin. ¡Maldita sea! ¡Un ejército! Es la hora de comer. Le invito, señor Laidlaw. Continuaremos nuestro trabajo más tarde. Hay almejas aliñadas con una mezcla de huevos, perejil, pimientos, ajos morunos, setas frescas y jerez. El señor Goodwin bebe leche. Yo cerveza. Usted preferirá vino blanco, ¿no?

Laidlaw asintió. Wolfe se puso en pie, encaminándose a la cocina.

CAPÍTULO VI

A las cinco y cuarto de aquella tarde, cuando Laidlaw se marchó, yo había llenado treinta y dos páginas de mi libro de notas, escritas todas ellas en taquigrafía, la que utilizaba para mi servicio particular. Desde luego, a las cuatro Wolfe había subido a las habitaciones superiores, aquéllas en que guardaba sus plantas, de manera que durante la última hora había llevado adelante yo solo el interrogatorio. En el instante en que bajó Nero, a las seis, yo

había pasado ya cuatro páginas de mis notas a máquina y me disponía a trabajar sobre la quinta.

La mayor parte de aquéllas valían menos que el tiempo y el papel empleados en su redacción, pero existían datos que podían resultar de utilidad más tarde. En relación con las tres madres solteras de la reunión nada se citaba. Laidlaw no había visto nunca a Helen Yarmis, ni a Ethel Varr, ni a Rose Tuttle, antes de la cena. Otro punto oscuro era Hackett. Todo lo que pude averiguar fue que era un buen mayordomo, cosa que ya sabía, y que pertenecía a la servidumbre de la casa desde antes de producirse el

fallecimiento de Grantham.

La señora Robilotti. Laidlaw no la tenía en mucha estima. No llegó a decirlo, pero se le notaba. Habíala calificado de vulgar. Su primer esposo, Albert Grantham, habíase sentido filántropo, haciendo honor a sus impulsos, pero ella era una farsante. En realidad no subvencionaba las obras y fundaciones de su difunto marido; éstas contaban ya con sus capitales respectivos, merced a la previsión del desaparecido millonario, concretada en su testamento. La señora Robilotti dedicaba la mayor parte de su tiempo a aquéllas, asistiendo, por ejemplo, a las reuniones de sus directivas, con el

exclusivo fin de conservar su ascendiente sobre los que las componían.

Robert Robilotti. Laidlaw sentía aún menos estimación por este hombre, como llegó a decir claramente. La mujer de Grantham le había conocido en Italia, trayéndoselo de allí igual que si hubiera sido un elemento más de su equipaje. Robilotti, con todo, y siempre según el juicio de Laidlaw, no era un tipo vulgar como su mujer. Considerábase un individuo pulido, refinado, al tanto de las cosas más dispares. Ni que decir tiene: era un parásito. Cuando le pregunté a Edwin Laidlaw si se buscaba por fuera de su casa alguna

compensación amorosa con que mitigar los desplantes y la frialdad de su mujer aquel me respondió que corrían determinados rumores en tal sentido... ¡Bah! Rumores los hay siempre, por un motivo u otro.

Celia Grantham. A llegar a ella me llevé una sorpresa... Nada inquietante, pero sí suficiente para hacerme fruncir el ceño. Laidlaw le había pedido que se casara con él seis meses atrás, recibiendo una respuesta negativa. «Traigo a colación este detalle —me explicó el hombre— para que estime en su exacto valor mis juicios pues no es fácil que me muestre objetivo con ella. Tal vez tuve suerte. Eso sucedió cuando

yo intentaba recobrar-me, después del desagradable asunto con Faith Usher. Quizá miré en aquellos momentos a mi alrededor, en demanda de ayuda. Celia es capaz de ayudar a un hombre si ella se lo propone. Es una mujer con personalidad, pero aún no ha decidido qué hacer con sus facultades. La razón que alegó para rechazarme fue que yo no bailaba suficientemente bien. Hablando de Celia me di cuenta de que Laidlaw era un individuo chapado a la antigua. Habiéndole preguntado qué opinaba acerca de las relaciones de Celia con los hombres, logré tan sólo una vaga respuesta. Concretando más, pues llegué a preguntarle si la creía virgen, me

contestó afirmativamente, ya que le había pedido que se casara con él.

Cecil Grantham. Al tratar de éste me extrañó que Laidlaw se anduviese con rodeos. En seguida adiviné por qué. Cecil tenía tres años menos que él. Sus intereses y actividades eran semejantes a las de Laidlaw tres años atrás, antes de la aventura de éste con Faith Usher... Mientras Edwin había heredado todo el capital de su padre, sin restricciones, Cecil participaba en un «trust» controlado por su madre y se veía obligado a vigilar cuidadosamente su presupuesto. Alguien le había oído decir que tenía ganas de hacer cualquier cosa para ganar dinero, pero no le quedaba

tiempo libre para ello. Los tres meses del verano los pasaba siempre en un rancho de Montana.

Paul Schuster. Un prodigio. Había trabajado duramente como estudiante y al finalizar sus estudios de Derecho, una vez graduado, le ofrecieron un puesto de pasante en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Sin embargo, había preferido trabajar para una firma de Wall Street, una firma que en el membrete de sus cartas ostentaba cinco nombres en la parte superior y una docena al lado de la razón social... Ciento veinticinco dólares semanales, probablemente. Más seguro era aún que a los cincuenta años percibiese medio

millón anualmente. Laidlaw no le conocía mucho. Le fue imposible suministrar información relativa a sus amistades femeninas. El propietario de uno de los cinco nombres aludido, venerable profesional ahora, había sido el abogado de Albert Grantham. Eso explicaba, posiblemente, la asistencia de Schuster a la reunión organizada por la señora Robilotti.

Beverly Kent. Perteneciente a la familia Kent, de Rhode Island... No sé si eso podrá significar algo. A mí no me dijo nada. Los suyos imperaban todavía sobre una extensa propiedad, unos tres mil acres de terreno, que comprendía también dos millas a lo largo de un río

denominado Usquepaugh. Había sido condiscípulo de Laidlaw en Harvard, siguiendo la tradición familiar al escoger la carrera diplomática. A juicio de Laidlaw no era probable que hubiese cometido alguna falta o hubiera hecho objeto de una mala jugada a cualquier representante del sexo opuesto.

Edwin Laidlaw. Un hombre reformado, un pecador arrepentido, un alma recobrada. Me dijo que disponía de otros clichés más apropiados, pero le contesté que aquéllos me servían. Al hacerse cargo de la herencia paterna, tres años antes, había seguido viviendo igual que siempre. Sólo a raíz de lo de Faith Usher rectificó su conducta. Había

invertido más de la mitad de sus bienes en la Malvin Press. Por espacio de cuatro meses había estado trabajando en las oficinas de la firma a razón de diez horas por día. Creía que no emplearía más de cinco años en ponerse totalmente al corriente del negocio editorial. En cuanto a Faith Usher, su idea de que ella no había vuelto a tener relación con otros hombres basábase enteramente en la impresión que de la chica tenía. Nada sabía acerca de su familia ni del medio ambiente en que se desenvolviera su vida. Ni siquiera había llegado a conocer el emplazamiento de su domicilio. La muchacha habíase negado a decírselo. Habíale facilitado un

número de teléfono, que él utilizara para llamarla, del cual ya no se acordaba. Al enmendar sus costumbres e iniciar una nueva existencia había destruido la agenda en que anotara el número, con otras direcciones. Al hacerle observar que en el transcurso de unas vacaciones de siete días dos personas tienen innumerables ocasiones para charlar ampliamente y tocar todos los temas me contestó que ella había desviado siempre los que versaban sobre su persona. Suponía que Faith Usher había llegado a cursar estudios superiores.

Pasó una hora conmigo y con Wolfe antes de que éste subiera a las habitaciones en que conservaba sus

plantas. Nero aprovechó bien aquellos minutos, intentando localizar algún detalle revelador. Laidlaw estaba seguro de que ni él ni Faith Usher habían dicho o hecho algo que delatara su mutua relación. Tenía que exceptuar la escena del baile, pero al fin y al cabo yo era el único que la había presenciado. Laidlaw le había pedido que bailara con él, porque creyó que los demás extrañarían su actitud si no lo hacía.

El detalle más importante lo constituía la visita de Cecil Grantham al bar, en el transcurso de la reunión, para llevarse sus dos copas de champaña. Laidlaw había estado allí en unión de Helen Yarmis, con quien bailara, y los

señores de Robilotti. Al aproximarse ellos Beverly Kent y Celia Grantham se alejaban. Laidlaw creía que él y Helen Yarmis habían estado junto a Hackett entre uno y dos minutos cuando se presentó Cecil Grantham. Era esto lo que declarara a la Policía. No le fue posible decir si al coger una copa para Helen Yarmis y otra para él se encontraban sobre el mostrador otras. Sencillamente: no se había dado cuenta de tal detalle. Los agentes insistieron para que forzara la memoria, pero fue inútil. De una cosa estaba Laidlaw seguro: de que él no había vertido ningún veneno en aquellas copas de champaña. Lo mismo podía afirmar de

su acompañante, Helen Yarmis, a la que tuviera en todo momento a su derecha entonces.

En mis apuntes figuraban otras muchas notas además de las mencionadas, las cuales abonaban, en parte, mi afirmación anterior: habíamos desperdiciado a conciencia cierta cantidad de tiempo y papel. Wolfe dictó el memorándum, que yo pasé a máquina y Laidlaw firmó. Siguiendo las instrucciones de mi jefe, en cuanto nuestro cliente se hubo marchado telefoneé a Saúl Panzer, Fred Durkin y Orrie Cather, rogándoles que vinieran a vernos a las nueve.

A las seis en punto, como siempre,

Wolfe llegó, acomodándose ante su mesa de trabajo. Cotejé los originales de las cuatro páginas terminadas, se los entregué y me volví hacia la máquina. Estaba dando fin a la quinta página cuando Nero habló.

—Escuche, Archie.

Giré la cabeza.

—Dígame, señor.

—Atiéndame, por favor.

—Ya lo estoy haciendo.

—Reconocerá conmigo que nos enfrentamos con un arduo problema, de monstruosas dificultades.

—Sí, señor.

—Tres veces le he preguntado por qué cree que la señorita Usher no se

suicidó. En la primera ocasión me dejé llevar, simplemente, de la curiosidad. La segunda vez, en presencia del señor Cramer, obré premeditadamente, con el propósito de que usted dispusiera de una oportunidad para declarar su resolución. La tercera, delante del señor Laidlaw, me limité a seguir el hilo de nuestra conversación puesto que sabía que usted no iba a dar marcha atrás. Ahora vuelvo a preguntarle. Usted sabe perfectamente cómo ha quedado planteado este asunto. Si me hago cargo de él, basándome en la suposición de que la chica fue asesinada, una suposición que se apoya a su vez exclusivamente en su testimonio, a usted le consta que exigirá

tiempo, energía y buen sentido... Los gastos correrán a cargo del señor Laidlaw, pero lo demás será para mí. ¿Quiere confirmarme su posición de nuevo?

Asentí.

—Naturalmente. Sabía que esto había de llegar. Sigo pensando igual. Si quiere puedo hasta pronunciar un discurso sobre el tema.

—No. Ya se ha explicado... deseo solamente poner de relieve que si ciertas circunstancias se dieron tal como las describió el señor Cramer ninguno de los que participaron en esa reunión pudo disponer de una oportunidad para envenenar el champaña que había de

beber precisamente la señorita Usher.

—Desde luego.

—Idéntica objeción cabe formular si suponemos que el autor de la hazaña pretendía eliminar a otra persona y que la muerte de la señorita Usher se produjo a consecuencia de un error.

—Exacto.

—También es evidente de que la agresión iba dirigida contra ella, puesto que en su bolso llevaba un frasco de veneno, lo que permitiría establecer fácilmente la conclusión de que se había suicidado. De no ser por usted ése habría sido el desenlace. El blanco del ataque era ella, indudablemente.

—Exacto.

—De las razones aducidas por el señor Cramer se deduce lo contrario.

Sonreí.

—¡Qué diablos! —exclamé—. Ya sé que esto es un embrollo. Admito que yo no sabría por donde empezar. Pero yo no soy quién para tomar decisiones. Eso incumbe a usted. Y hablando de otra cosa: Saúl, Fred y Orrie llegarán aquí a las nueve.

Wolfe hizo una mueca. Tenía que prepararles trabajo. Faltaban menos de tres horas para las nueve. Además, antes tenía que cenar. Y no le gustaba calentarse la cabeza hallándose sentado a la mesa.

—Ahora, después de hacerle esa

consulta, es cuando me considero definitivamente comprometido. El cheque del señor Laidlaw ha estado, por unos momentos, a punto de ser devuelto. —Wolfe dejó caer las palmas de sus manos sobre los brazos del sillón—. Manos a la obra, pues. Mañana por la mañana irá usted a Grantham House, en busca de información sobre Faith Usher. He de saber cómo llegó hasta allí, cuándo se fue, qué ha sido de su pequeño... Todo.

—Con tal de que pueda entrar. He de señalar, y lo cito como hecho, no como objeción, que en Grantham House ha habido un sinfín de visitantes hoy. Una docena de periodistas, por lo menos,

para no mencionar a los policías. ¿Se le ha ocurrido alguna idea?

—Sí. ¿No me dijo usted que fue un tal Austin Byne el que le telefoneó para rogarle que ocupara su puesto en la reunión? Y, por otra parte, ¿no nos ha contado el señor Laidlaw que un hombre llamado Austin Byne, el sobrino de la señora Robilotti, había estado en cierta ocasión en Grantham House? ¿Son los dos el mismo hombre, como supongo?

—Supone usted correctamente —respondí yo cruzando las piernas—. Mi moral sería más elevada si de vez en cuando me dejara usted meter baza. Ya había pensado en Austin Byne. Solicité sus sugerencias sólo para mostrarme

cortés. Conozco sus dotes de observador y su memoria y no tiene por qué hacer una exhibición de tales facultades ante mí recordándome que yo había citado ese nombre... ¿A qué viene esa risa?

—Pienso en su moral, que por lo visto anda necesitada de un buen refuerzo. ¿Usted sabe dónde podría localizar al señor Byne?

Le respondí que sí y antes de instalarme de nuevo frente a la máquina marqué en el teléfono su número. No contestó nadie. A lo largo de la hora y media siguiente interrumpí mi trabajo cuatro veces para llamarle. Se hizo la hora de la cena. Wolfe no permite jamás que se le moleste mientras come. Puesto

que nos sentábamos a la misma mesa, como una molestia hubiera interpretado que me levantase de vez en cuando para telefonar. Pero me decidí a correr el riesgo que suponía tal quebrantamiento de nuestras costumbres porque entonces eran mayores las probabilidades de localizar a Austin Byne en su casa. Tres veces fui a la oficina durante la cena... Repetí la llamada cuando pasamos al despacho para que Fritz nos sirviera el café. Suelo siempre esperar en estos casos a oír sonar el timbre del teléfono tres veces e iba ya por la novena cuando percibí el de la puerta. Fritz anunció la llegada de Saúl Panzer. Los otros dos llegaron un minuto después.

Wolfe recurría siempre a aquellos tres hombres cuando necesitaba incrementar su actividad. El trío era de lo mejor que se podía encontrar en el área metropolitana. Cabía considerar a Saúl Panzer el más destacado. Era un tipo menudo, con una gran nariz, que llevaba siempre la cabeza al aire. Todo lo más, en los días muy crudos del invierno, se tocaba con una gorra. De haberse establecido hubiera llegado a prosperar. Pero a Panzer no le quedaba mucho tiempo libre tras sus horas de piano de juego de pináculo y de lectura, por lo que prefería trabajar en plan de «lanza libre», a razón de setenta dólares al día. Fred Durkin, grueso y calvo,

tenía sus puntos débiles. Valía, por todos conceptos, la mitad que Panzer. Era un tipo eficaz siempre que se acertara al repartir el trabajo pues había cosas que realizaba a la perfección desde el punto de vista profesional. Si Orrie Cather hubiera sido tan inteligente como valeroso habría tenido que dedicarse a buscar personal para que éste trabajase a sus órdenes en lugar de contratarse él mismo. En tal caso, Wolfe no hubiese tenido más remedio que tratar de hallarle un sustituto, empresa bastante difícil porque los buenos detectives escasean.

Habíanse sentado, frente a la mesa de Wolfe. Hacía dos meses que no les

habíamos visto. Intercambiamos algunas frases corteses e incluso varios apretones de manos. Estos tres hombres figuraban entre las nueve o diez personas cuyas manos ha llegado a estrechar Wolfe. Saúl y Orrie habían aceptado una taza de café; Fred prefirió un vaso de cerveza.

Wolfe sorbió su café, contemplándoles detenidamente.

—Me he comprometido a hallar una explicación para algo que quizá no podrá ser explicado nunca.

Fred Durkin frunció el ceño, concentrándose. Desde mucho tiempo atrás sostenía que en cada palabra de Wolfe había una pista. Así pues, no

pensaba perderse ninguna. Orrie Cather sonrió para que todos viéramos que sabía entender una frase ingeniosa. Saúl Panzer comentó:

—Entonces todo nuestro trabajo consiste en inventarla.

Wolfe asintió.

—No digo que no, Saúl. Habitualmente, como ustedes saben ya, yo les facilito misiones concretas, sin más, pero esta vez habrán de estar enterados de la situación y de cuantos detalles informan ésta. Nos enfrentamos con el caso Faith Usher, nombre de la mujer que murió en el hogar de los señores de Robilotti a raíz de haber ingerido un poco de champaña

envenenado. Supongo que habrán oído hablar de él.

Así era, efectivamente.

Wolfe bebió otro sorbo de café.

—Ustedes deben conocer todo lo que yo sé, excepto la identidad de mi cliente. Ayer, por la mañana, Archie recibió una llamada telefónica. Se trataba de un conocido suyo, Austin Byne, sobrino de la señora Robilotti. Le preguntó a Archie...

Viendo que podrían prescindir de mí por unos minutos me levanté con la intención de llamar otra vez a Byne, por si en esta ocasión daba resultado la intentona. Para ello me acerqué ahora a la cocina. Oí sonar el timbre cinco

veces e iba ya a desistir de nuevo cuando me contestó una voz al otro extremo del hilo.

—¿Hablo con Byne? —inquirí—.

¿Es Dinky Byne?

—¿Y yo? ¿Con quién hablo?

—Soy Archie Goodwin.

—¡Ah! Hola. Me imaginé que me llamaría. Supongo que para echarme en cara el haberle metido en un lío. No se lo reprocho. Hágalo si le place, que tiene usted razón de sobra.

—Estoy en mi derecho, por supuesto, pero tengo otra idea. Dijo usted que algún día me devolvería el favor. Ese día ha llegado y es el de mañana. Deseo visitar Grantham House

y charlar con una persona que preste servicio allí, con preferencia la señora que se halla al frente de todo. Lo más seguro es que hayan tenido que aguantar a un sinnúmero de visitantes y no me dejen entrar. Se me ha ocurrido pensar que usted podría hacer algo por mí en ese sentido... Podría telefonar, por ejemplo, o redactar una carta de presentación que yo mismo entregaría, si es que no desea acompañarme. ¿Qué opina de esto?

Mi comunicante guardó silencio unos segundos. Después inquirió:

—¿Por qué cree que yo puedo ayudarle?

—Usted es sobrino de la señora

Robilotti. Además, he oído decir a alguien, no sé quién, que de vez en cuando va por Grantham House...

Otro silencio.

—¿Qué anda usted buscando? ¿De qué quiere hablar con la regente del establecimiento?

—Soy curioso, simplemente. Los policías me han hecho ciertas preguntas, sólo por el hecho de haber asistido a la reunión. ¡En buen lío me metió usted, amigo!

—¿Qué preguntas han sido ésas?

—Es una historia muy larga de contar. Y complicada. Soy entremetido por naturaleza. Por eso trabajo como detective. Bueno. Al fin y al cabo no le

estoy pidiendo que asista a una reunión en la que se va a producir una muerte por envenenamiento, como hizo usted conmigo, claro está, sin saberlo. Sólo necesito que haga una llamada telefónica.

—No me es posible, Archie.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque no me encuentro en condiciones... No sería... Daría la impresión de que... Lo que quiero decir es que no puedo.

—Muy bien. Olvídelo, entonces. Habré de dar a mi curiosidad otros derroteros... Siento deseos de averiguar otras muchas cosas. Por ejemplo, me agradecería saber por qué me pidió que

asistiera a la reunión. Usted alegó que se hallaba resfriado, pero esto no era cierto... Al menos su indisposición no era la que trataba de fingir. No he hablado sobre el particular con los policías. Sin embargo, voy a hacerlo. No lo puedo remediar: soy extraordinariamente curioso.

—Está usted en un error. Me hallaba resfriado. No fingía.

—Tonterías. Cuídese, Byne. Ya le veré... O le verán los agentes...

Nueva pausa. Más breve ésta que las anteriores.

—No cuelgue aún, Archie.

—¿Y eso? ¿Quiere hacerme alguna proposición?

—Quiero hablarle sobre todo esto. Deseo verle. No me es posible salir de mi casa porque estoy aguardando una llamada telefónica. Tal vez usted pudiera venir aquí.

—¿Aquí? ¿Adónde?

—Estoy en mi piso. Calle Bowdoin, ochenta y siete ...

En Village. Dos manzanas al sur ...

—Sé dónde es. Dentro de veinte minutos me habré reunido con usted.

Al colgar el teléfono, Fritz, que se encontraba ante el fregadero, se volvió para decirme:

—Todo ha salido como yo pensé, Archie. Ya sabía que surgiría el cliente habiendo estado usted allí.

Le contesté que habría de meditar sobre sus palabras para decidir cómo tenía que tomarlas. Luego entré en el despacho para notificar a los que en él se hallaban reunidos que habrían de arreglárselas sin mí durante un buen rato.

CAPÍTULO VII

LA casa que ostentaba el número 87 en la calle Bowdoin era igual que tantas otras de la vecindad... Alguien debía haberse gastado algún dinero en ella poco tiempo atrás, por lo que no todo parecía malo una vez dentro. El suelo era de azulejos, de un color verde oscuro. Los muros habían sido pintados también de verde, pero en un matiz más claro. El marco de la puerta de acceso al ascensor, de construcción casera, al parecer, se hallaba forrado con unas

tiras de sucio aluminio. Habiendo recibido instrucciones a través del intercomunicador del vestíbulo penetré en la cabina y pulsé el botón número 5.

Al salir del ascensor vi a Byne, que me estaba esperando. Se apresuró a hacerme entrar en su piso. Después de tomar mi abrigo y mi sombrero me obligó a pasar a una habitación semejante en grado sumo a la que me gustaría ocupar el día en que por un motivo u otro me separe de Wolfe. Quizás hubiera introducido en ella diversos cambios de menor cuantía. Las alfombras y las sillas eran del estilo de las que a mí me agradan, así como las lámparas. Además, no había chimenea.

Odio las chimeneas. En cuanto estuve sentado, Byne me preguntó si deseaba beber algo. Le di las gracias. No, no me apetecía nada. Quedóse entonces frente a mí, mirándome fijamente. Era un individuo muy alto y descarnado, de sueltos movimientos, como si no fuera capaz de controlar éstos, a causa, quizá, de cualquier extraño defecto en las articulaciones.

—En efecto, amigo mío, en buen lío se ha metido por mi culpa. No sabe lo que lo siento.

—¡Bah! No se preocupe —le contesté—. Admito que me extrañó no poco que fuera yo el elegido. Acépteme un consejo: la próxima vez que precise

una excusa no esgrima la del resfriado y si lo hace déle usted menos espectacularidad. Con uno corriente alcanzará idénticos objetivos.

Byne cogió una silla, sentándose a continuación.

—Al parecer está usted convencido de que eso fue una comedia.

—Desde luego. Ahora bien, este convencimiento mío no prueba nada. Habría de demostrarse la certidumbre de mi aserto y no resultaría difícil, de interesar... Bastaría con localizar las personas que le vieron o hablaron con usted el lunes por la noche o interrogar a la mujer, sin duda es una mujer, que mantiene en esta habitación el orden y la

limpieza... Esto correría a cargo de los policías. Personalmente, si yo necesitara una prueba, no tendría más que fijarme en que cuando le dije que lo del resfriado era una patraña quiso verme en seguida. ¿Abandonamos ese tema?

—Me ha dicho usted que no hablé de ello a los agentes.

—Exactamente. Se trataba de una opinión personal.

—¿Dio cuenta de esta observación a alguna otra pero sana? ¿A mi tía, por ejemplo?

—No. Y menos a ella. Yo tenía el propósito de hacerle a usted un favor, ¿no?

—Sí. Y yo se lo agradezco

muchísimo. A usted le consta que es así, Archie.

—Perfectamente. Ahora le agradecería a mi vez que me dijese de qué quería hablar conmigo.

—Pues bien... —Byne unió sus manos tras la nuca, dando de este modo a entender cuán trivial resultaba aquella charla. Nada, en definitiva. Un par de amigotes intercambiando determinadas impresiones...—. A decir verdad yo también estoy en un apuro. O lo estaré si usted se empeña...

—¿Yo?

—Sí. Para lograrlo no tendría más que especular con mi resfriado. Mi tía se enteraría inmediatamente de eso.

Sería suficiente. —Byne colocó las manos encima de sus rodillas, inclinándose hacia delante—. He asistido a esas cenas anuales tres veces seguidas. Estaba ya harto de ellas. Por eso, cuando mi tía me invitó de nuevo este año intenté librarme de tal compromiso. Habiendo insistido hube de ceder. Existen razones que me impiden obrar de otra manera. Pasé la noche del lunes jugando al póquer, por lo que ayer por la mañana no me encontraba muy despejado. ¿A quién podría buscar como sustituto? Ése era mi problema. Cualquiera no servía para asistir a aquella cena. Los dos primeros involuntarios candidatos que señalé se

hallaban fuera de la ciudad y los tres siguientes habíanse comprometido a salir con otras personas o tenían que ir a algún sitio. A continuación pensé en usted. Sé que posee condiciones para enfrentarse con esta o aquella situación, por rara que sea, y, por otra parte, usted y mi tía ya se conocían. Por eso le llamé. Y usted fue tan amable que accedió pronto a mi petición.

Recostóse en su asiento, haciendo una pausa antes de seguir:

—Créame. Todo ocurrió así. Horas después, esta mañana, me entero de lo ocurrido. Le dije antes que lo sentía y es cierto, pero, hablando con franqueza, me alegro de no haber estado allí. No debió

ser ésa una agradable experiencia precisamente y me satisface haberla evitado. Soy lo suficientemente egoísta para pensar de este modo. Usted me comprenderá, sin duda.

—Por supuesto. Y le felicito por ello. A mí la escena de que fui testigo no me produjo ningún placer, ni que decir tiene.

—Me hago cargo. Lo que yo quería, al insistir en entrevistarme con usted, era darle unas explicaciones, para que viera que la situación no cambiaría por el hecho de que comunicara a alguien su idea con respecto a mi resfriado. A mí esto no me favorecería lo más mínimo. Tarde o temprano, mi tía se enteraría de

ello y ya sabe cómo reacciona ésta ante tales faltas de atención. No me lo perdonaría.

Asentí.

—Estoy de acuerdo con usted. Por tanto, la situación queda planteada de una manera ideal. Usted desea algo de mí. Yo, a mi vez, pretendo alcanzar otra cosa de usted. Perfecto. Haremos un convenio. Yo callaré lo del resfriado. Usted, a cambio, me procurará una entrevista con la regente de Grantham House. Irwing... ¿No se apellida así?

—Irwin. Se llama Blanche Irwin. —
Byne se rascó la sien con el dedo índice —. ¿Insiste en que hagamos ese pacto?

—Claro. ¿No le parece justo?

—Lo es —concedió mi interlocutor—. Ahora bien, ya le dije por teléfono que no me es posible acceder a sus deseos.

—Sí, pero entonces yo le estaba pidiendo un favor. Lo que quiero en estos momentos es cerrar un trato.

—Concretemos. Tal vez pueda complacerle si me dice qué pretende de esa mujer. ¿Cuál es su propósito?

—Satisfacer mi codicia. Deseo ganar algún dinero. Anoche me ofrecieron quinientos dólares por un relato en forma periodística de lo ocurrido en la casa de su tía. Necesitaré adornarlo con determinados detalles. Pero no le diga nada a la señora Irwin.

Probablemente, a estas horas está más que harta de los periodistas. Límitese a hacerla saber que yo soy un buen amigo suyo, un ciudadano bueno y leal que sólo ha entrado en la cárcel cinco veces...

Byne se echó a reír.

—Eso lo enmendará todo, a buen seguro. —El hombre se mostraba más sosegado ahora—. ¡Qué mundo tan extraño el nuestro, Archie! Una muchacha decide quitarse la vida para salir del aprieto en que se halla, dándose la casualidad de estar usted allí, todo porque yo me había cansado de tal género de reuniones... Ahora, por el hecho de ser un testigo de su muerte, va usted a cobrar quinientos dólares.

¡Extraordinario! En definitiva nadie puede sostener que le hice una mala jugarreta.

Tuve que admitir que ése era un punto de vista como otro cualquiera. Byne manifestó a continuación que lo mejor que podíamos hacer era echar un trago a la salud de aquel pícaro mundo y de las gentes que lo componían, a lo cual di mi conformidad. En cuanto trajo los elementos necesarios preparó para mí un whisky con soda, bebiendo él una copita de licor. A continuación se acercó al teléfono para llamar a la señora Irwin. Nada de extraño había en su actitud. Byne le pidió, sencillamente, que recibiera a un amigo suyo, favor que

le agradecería. Ella le contestó que para tal cosa la mañana resultaba más indicada que la tarde. En cuanto colgó el teléfono los dos nos pusimos a charlar sobre diversos temas, todos relacionados, desde luego, con nuestro mundo, en sus facetas más sorprendentes... Cuando nos separamos habíamos aportado los dos nuestros respectivos granitos de arena para el establecimiento de una auténtica hermandad entre los hombres.

De regreso a casa comprobé que la conferencia había terminado. Nuestro trío de ayudantes se había marchado. Wolfe se hallaba sentado frente a su mesa, leyendo el libro de turno: La Paz

Mundial por el Camino de la Ley, de Grenville Clark y Louis B. Sohn. Al acabar de leer un párrafo apartó la vista del libro para decirme que tenía que anotar las cantidades entregadas a Saúl, Fred y Orrie en concepto de anticipos para gastos: doscientos dólares por cabeza. Me acerqué a la caja de caudales, saqué el diario, hice las anotaciones correspondientes y volví a poner aquél en su sitio. Luego pregunté a Wolfe si consideraba conveniente que yo estuviese enterado de las misiones que había confiado a aquellos hombres. Me contestó que eso podía esperar. Evidentemente, tenía deseos de proseguir su lectura. Interesóse entonces

por mi gestión. Le contesté que por la mañana nos veríamos porque, habiéndolo arreglado todo, pensaba salir para Grantham House antes de las nueve.

—He estrechado mis relaciones con Austin Byne, al que ahora llamo Dinky. Se resistió un poco al principio, viéndome obligado a presionar. Cuando me telefoneó ayer aparentó hallarse fuertemente acatarrado. No había nada de eso. La verdad es que estaba cansado de asistir a ese género de reuniones, recurriendo a mí después de llevar a cabo cinco intenciones con otros tantos amigos que no pudieron atenderle. Hicimos un trato. Yo me he

comprometido a no decirle nada a su tía, a cambio de lo cual me ha facilitado el acceso a Grantham House. Tiene miedo de que aquélla tome la cosa muy a mal.

Wolfe dejó oír un gruñido.

—¡Qué espectáculo tan lastimoso el de un hombre acobardado frente a una mujer! ¿Es sincero?

—Admito su sinceridad con algunas reservas. Byne no tiene nada de tonto. Pudiera ser que él supiese que alguien se proponía matar a Faith Usher, dando a su muerte la apariencia de un suicidio. Quizá quisiese que hubiera allí una persona observadora que presenciase la escena, circunstancia que determinó que su elección recayera en mí. Ahora, de

una manera indirecta, cuenta con nuestros servicios, tendientes a descubrir al autor o la autora del crimen. También puede ocurrir que lo que ha dicho sea la pura verdad.

—¿Qué clase de amistad es la suya? ¿No son ustedes íntimos?

—No, señor. Somos conocidos, simplemente. Es un hombre al que vi antes en varias reuniones.

—Entonces su elección puede calificarse de sugerente perse.

—Efectivamente. Por eso me tomé la molestia de ir verlo. Quería estudiarle de cerca. Hay otros medios para llegar a la señora Irwin.

—Pero usted no se ha formulado una

conclusión.

—No, señor. Un signo de interrogación es lo que viene mejor aquí.

—Muy bien. ¡Uf! Asustarse de una mujer...

Wolfe se colocó el libro a la altura de los ojos para seguir leyendo. Yo me fui a la cocina, a beber un vaso de leche.

A las ocho y veinte, en la mañana del día siguiente, jueves, yo iba al volante de nuestro Heron modelo 1957, avanzando por la calle Cuarenta y Seis, en dirección a la autopista del Oeste. La compra de este coche, adquirido el año anterior, suscitó una discusión que aún no había terminado. Wolfe era quien

pagaba los vehículos y yo el que se encargaba de su conducción. Durante algún tiempo yo había estado suspirando por un coche que reuniera determinadas condiciones. Wolfe sostiene que una persona acomodada en el interior de un vehículo en movimiento se halla en constante peligro de muerte. Y no sólo eso sino que el peligro es inversamente proporcional al tamaño del referido vehículo. Dentro de un camión de cuarenta toneladas hubiera llegado a sentirse totalmente despreocupado, por tanto. Del Heron yo no tenía nada que decir si dejábamos a un lado sus dimensiones.

Pronto comprobé que, conforme

habían informado los periódicos y las emisoras de radio, la lluvia que había caído sobre Nueva York en las últimas cuarenta y ocho horas habíase resuelto en nieve un poco al Norte. Ésta se amontonaba a ambos lados de la carretera por Hawthorne Circle, en cantidades progresivamente crecientes a lo largo de la autopista de Taconic State. El sol brillaba en lo alto, arrancando destellos a las blancas ondulaciones cercanas. Era agradable burlar la crudeza del tiempo cómodamente instalado ante el volante, corriendo a razón de cincuenta y ocho millas por hora sobre el asfalto, entre dos immaculados muros de cuatro o cinco

pies de altura, situados a un paso de los tapacubos. Finalmente, abandoné la autopista, tomando una carretera secundaria que serpenteaba entre las colinas. Por espacio de varias millas más seguí con el coche encajonado entre las dos frágiles paredes, rozándolas en el momento de girar y ver la entrada que delimitaba dos columnas, una de las cuales ostentaba un rótulo: «Grantham House». Subí por un camino interior que ascendía con la próxima elevación, y que había quedado reducido a una estrechísima calleja.

Al salir de otra curva frené, deteniéndome. Me hallaba bloqueado, pero no a causa de la nieve. Delante de

mí tenía a nueve o diez jóvenes. Observé sus sonrosados rostros, sus brillantes ojos. Vestían chaquetones y abrigos de diferentes colores. Todas iban destocadas. Unas llevaban guantes y otras no. Aquel grupo hubiera podido ser tomado por una pandilla de colegialas de no haber sido por una cosa: todas presentaban unos talles excesivamente abultados. Mirábanme sonrientes. Sus blancos dientes brillaban bajo la caricia del sol.

Bajé el cristal de la ventanilla para asomarme.

—Buenos días. ¿Qué sugieren ustedes que hagamos?

Una de ellas, de abundante melena

color castaño que le ocultaba la mitad del rostro, me preguntó;

—¿De qué periódico es usted?

—De ninguno. Siento defraudarla.

¿No podrían echarse a un lado?

Adelantóse otra, de rubios cabellos.

—Lo malo es que está usted situado en el centro del pasillo. Si pudiera arrimarse a un lado nosotras nos estrecharíamos para dejarle paso. — Volvióse hacia sus compañeras añadiendo—: Retrocedamos y así dispondrá de más espacio.

Todas obedecieron a aquella indicación. En cuanto se hubieron alejado yo adelanté el coche. Mi parachoques delantero rozó el muro de

nieve. Me detuve. En este momento ellas se colocaron en fila, pero sin volverse de espaldas, que era lo más prudente. Oí varios comentarios festivos mientras maniobraba y una, de vivaces ojos y fina barbilla, llegó a darme un tirón de la nariz cuando yo miraba por fuera de la ventanilla para controlar mejor mis movimientos y lograr que todo saliera bien. A continuación hice un ademán de adiós y oprimí con el pie suavemente el acelerador.

Grantham House, en otro tiempo una mansión familiar, ocupaba una amplia extensión de terreno un acre aproximadamente. Hallábase rodeada de árboles cargados abundantemente de

nieve aquel día. Divisé un espacio despejado, en el que dejé el coche. Luego me encaminé por un sendero hasta la puerta del edificio, que abrí, internándome en el vestíbulo, de grandes dimensiones. Aquí un hombre muy viejo se me acercó vacilante al tiempo que me preguntaba con voz chillona y enronquecida:

—¿Quiere decirme su nombre?

Se lo dije. Me comunicó que la señora Irwin estaba esperándome. Después me condujo a una pequeña habitación en la que, detrás de una mesa, había sentada una mujer.

Nada más verme comenzó a hablar:

—Confío en que no habrá llegado a

atropellar a ninguna de mis chicas.

—Nada de eso —contesté para tranquilizarla—. Me detuve para que se echaran a un lado del camino.

—Muchas gracias. —La señora Irwin me señaló una silla—. Siéntese. Hemos estado a punto de vernos cercadas por la nieve, pero de todos modos ellas tenían que salir, con objeto de respirar el aire puro de esta mañana y hacer un poco de ejercicio. ¿Es usted periodista?

Le respondí que no e iba ya a extenderme en detalles cuando ella se me adelantó, diciéndome:

—Según me informó el señor Byne se llama usted Archie Goodwin y es

amigo suyo. De acuerdo con el relato publicado en la Prensa hubo un Archie Goodwin en la reunión de la señora Robilotti. ¿Es usted ese hombre?

Mi posición no tenía nada de ventajosa. Con su pelo liso, gris en parte, su menuda figura y sus inteligentes ojos castaños, muy separados entre sí, la señora Irwin me recordaba a la señorita Clark, tiempos atrás mi profesora de Geometría en Ohio, quien siempre había logrado hacerse conmigo. Esperé unos segundos, meditando rápidamente sobre cuál habría de ser mi línea de conducta. Pero antes que nada tenía que corresponder a aquella pregunta.

—Sí —declaré—. Los periódicos

dijeron también que yo trabajaba para un detective llamado Nero Wolfe.

—Lo sé. ¿Ha venido usted aquí como tal?

La señora Irwin, ciertamente, no se andaba con rodeos. La señorita Clark procedía igual. Yo, sin embargo, confiaba todavía en ser un hombre incapaz de amilanarse frente a una mujer.

—La mejor manera de contestar a esa pregunta es explicándole la razón de mi visita. Ya sabe usted lo que ocurrió en esa reunión. No ignora tampoco que yo me encontraba allí. Parece ser que la señorita Faith Usher se suicidó. Tengo la impresión de que la Policía se inclina

por esta hipótesis. Pero yo dudo... Creo que la chica fue asesinada y de ser así no quisiera de ninguna manera que el autor del crimen escapara. Ahora bien, antes de hacer público eso deseo efectuar algunas comprobaciones y he pensado que para hablar de Faith Usher éste era el sitio más indicado, siempre y cuando tuviese ocasión de verla a usted.

—Comprendo. —La señora Irwin me miró fijamente—. Entonces he de ver en usted algo así como un caballero romántico armado con una pluma en vez de lanza.

—No. Nada de eso. Me siento muy torpe con la pluma. Mi amor propio ha sido herido. Soy detective profesional e

intento conquistar fama y prestigio...
Creo que alguien cometió un crimen
delante de mí... ¿Cómo va a dejarme
indiferente esto?

—¿Por qué cree que la chica fue
asesinada?

—He deducido eso de lo que vi...
Hay que ser observador. Si a usted no le
importa preferiría evitar determinadas
explicaciones.

La señora Irwin asintió.

—He ahí el profesional con sus
secretos. También yo los tengo. Estoy en
posesión de un título sanitario. ¿Le ha
enviado aquí la señora Robilotti?

No tenía por qué vacilar al contestar
a esto. Grantham House no dependía de

la señora Robilotti. Albert Grantham había previsto en su testamento lo necesario para la marcha de la fundación de un modo autónomo. Había ahora diez probabilidades contra una de que yo llegara a saber qué pensaba la señora Irwin de la señora Robilotti. No dudé, pues.

—¡No, por Dios! Ya fue bastante desagradable para ella que en su casa tuviera lugar la escena del suicidio. Si supiera que había venido aquí para reforzar mi creencia de que Faith Usher murió asesinada sufriría un ataque.

—La señora Robilotti no ha pasado nunca por una cosa semejante, señor Goodwin.

—Bien. Usted la conoce mejor que yo. Esta vez no se escapaba. Claro que si, al igual que ella, usted da más crédito a la hipótesis del suicidio que a la del asesinato he de reconocer que he perdido el tiempo y unos cuantos litros de gasolina al acercarme a Grantham House.

La señora Irwin me miró de pies a cabeza.

—No es ése el caso —dijo con voz ronca.

—¡Bravo! —respondí.

La mujer irguió la cabeza.

—No sé por qué no he de darle cuenta a usted de lo que referí a la Policía. Desde luego, es posible que

Faith Usher se suicidara, pero yo dudo de ello. Me precio de conocer a mis chicas muy bien y esa muchacha estuvo aquí cerca de cinco meses. Sé lo del frasco de veneno que ella conservaba en su poder... No es que entonces me lo diera a conocer Faith. Fue una de sus amigas... Había un problema, aun cuando consiguiéramos que se deshiciera de él. Decidí que no porque lo contrario habría sido más peligroso. Mientras ella conservara aquel frasco y hablara del mismo dispondría de una especie de válvula de escape. Sólo Dios sabe qué sustitutivo habría buscado de carecer de ella. A mi entender, la misma presencia de ese frasco en su bolso

desmiente la hipótesis del suicidio.

Sonreí.

—A la Policía le habría gustado escuchar eso.

—No, en absoluto. Es natural. Existe otra razón. De haberse decidido a utilizar el veneno no habría elegido el momento de la reunión. Habríase retirado o buscado otro sitio, dejando una nota para mí. Sabía perfectamente qué sentimientos me inspiran las chicas alojadas en esta casa. Sabía que iba a causarme un dolor y hubiera hecho lo posible porque esa nota llegara a mis manos. Además, Faith Usher era una chica de carácter. Ese frasco de veneno representaba, simplemente, al enemigo

que ella se proponía derrotar: la muerte, a la cual al final habría conseguido imponerse. En ocasiones, en un destello, asomábase a sus ojos el enérgico espíritu que la animaba. Si usted hubiera visto aquel peculiar relampagueo...

—Lo vi. Precisamente en la noche del martes bailando con ella.

—Pues entonces Faith Usher seguía siendo la misma de siempre y en tal caso insisto en que no se suicidó. Pero, ¿cómo va usted a demostrarlo?

—Planteada así la cosa no podría probar nada. Si ella no envenenó su champaña alguna otra persona lo hizo. ¿Quién? He ahí la incógnita que es preciso despejar cuanto antes.

—¡Oh! —Los ojos de la señora Irwin se dilataron—. ¡Dios mío! Créame, señor Goodwin, no había caído en eso. No acertaba más que a decirme que Faith no se había suicidado. Mis reflexiones habíanse detenido aquí. — La mujer apretó los labios. Hizo un movimiento de cabeza negativo—. No puedo ayudarle.

Sea como sea deseo que tenga éxito. De serme posible le ayudaría, con toda seguridad.

—Ya lo ha hecho —contesté para tranquilizarla—. Y quizás aún pueda hacer más. Es decir, si a usted no le importa que le dirija unas preguntas. Puesto que ha leído los periódicos ya

sabe quiénes tomaron parte en la reunión del martes. Hablando de las tres jóvenes, de Helen Yarmis, Ethel Varr y Rose Tuttle... ¿Estuvieron éstas aquí el mismo año que Faith Usher?

—Sí. Esto es, aproximadamente. Helen y Ethel abandonaron el establecimiento un mes antes que Faith. Rose llegó seis semanas antes de la partida de esta última.

—¿Era alguna de ellas conocida de Faith con anterioridad a la fecha de su ingreso en Grantham House?

—No. Tampoco les hice pregunta alguna en tal sentido... Procuero siempre no traer a colación su pasado. Sin embargo, ocurren pocas cosas aquí que

no lleguen a mi conocimiento.

—¿No surgió nunca ningún altercado entre cualquiera de ellas y Faith?

La señora Irwin sonrió.

—Mire, señor Goodwin. Le dije que le ayudaría de serme posible, pero esto me parece ridículo. Naturalmente, mis chicas riñen de vez en cuando entre ellas y tienen sus preferencias y antipatías, lo cual es lógico. No obstante, debo asegurarle que en esta casa no sucedió nunca nada que pudiera haber arrastrado posteriormente al crimen a Helen, Ethel o Rose. De lo contrario me habría enterado de ello y hubiese recurrido a lo que fuera necesario para zanjar la cuestión.

—Conforme. Si no fue ninguna de esas chicas habré de mirar hacia otro lado. Ocupémonos de los tres invitados: Edwin Laidlaw, Paul Schuster y Beverly Kent. ¿Conoce a alguno de ellos?

—No. No había oído jamás esos nombres antes de ahora.

—¿No sabe nada de esas personas?

—Nada, en absoluto.

—¿Y de Cecil Grantham?

—Hace varios años que no le veo. Su padre le trajo aquí en dos ocasiones... tres, creo recordar, para que participara en nuestra jira campestre, que tiene lugar a la llegada del verano. Cecil tendría entonces unos quince años. A la muerte de su padre, el joven pasó a

formar parte de nuestro cuadro directivo, pero al cabo de un año dimitió de su cargo.

—¿No sabe de ninguna posible relación entre él y Faith Usher?

—No.

—¿Qué me dice de Robert Robilotti?

—Sólo le he visto una vez, hace más de dos años. Vino acompañando a su esposa, con objeto de tomar parte en las ceremonias de nuestro día de acción de gracias, asistiendo a la comida. Tocó unas piezas al piano en honor a las chicas y éstas no querían dejarle marchar cuando ya su mujer se encontraba dispuesta para partir. Me

sentí confusa...

—Es lógico. Por entonces Faith Usher ya se había ido, ¿verdad?

—Sí.

—Dejemos por ahora a los hombres. ¿Qué sabe de Celia Grantham?

—Hubo una época en que sostuve una relación frecuente con Celia y llegué a conocerla bastante bien. Por espacio de un año o poco más, una vez terminados sus estudios superiores, estuvo viniendo a esta casa tres o cuatro veces por mes. Enseñaba a las chicas determinadas cosas y acostumbraba a charlar con ellas. Luego, repentinamente suspendió sus visitas. Nos prestaba una ayuda muy eficaz y era bien acogida por

todas. Posee excelentes cualidades pero es algo obstinada. No la he visto desde hace cuatro años. Siento la tentación de decirle otra cosa...

—Siga.

—Me lo callaría de pensar que usted pudiera interpretar esto erróneamente. Anda usted en busca de un probable criminal... Pues bien, Celia sería capaz de matar si se presentase la ocasión... No reconoce otra disciplina que la de su propio deseo. Sin embargo, no acierto a imaginar qué hubiera podido conducirla a asesinar a Faith Usher.

—Dado el tiempo que hace que no la ve, de haber tenido relación con Faith Usher usted ignoraría esto. Vamos con la

última persona, la última, pero no la menos importante: la señora Robilotti.

—Perfectamente. La señora Robilotti es... la señora Robilotti — contestó la regente de Grantham House sonriendo.

Sonreí.

—De acuerdo. La conoce, ciertamente, en otro tiempo fue la esposa de Albert Grantham. Siento la tentación de decirle otra cosa...

—Hágalo.

—Me lo callaría de pensar que usted pudiera interpretar esto erróneamente. Me imagino que si usted supiera algo que señalara a la señora Robilotti como la autora del crimen estimaría que era su

deber dármele a conocer. Me limito a preguntarle simplemente: ¿lo haría?

—Es una pregunta muy descarada la suya, señor Goodwin. Le responderé con idéntica sencillez: no. Desde la muerte del señor Grantham la que fue su esposa ha estado viniendo aquí una vez por mes, excepto cuando se encontraba de viaje. Nunca ha caído bien entre las chicas ni éstas se han sentido a gusto a su lado. Durante la estancia de Faith en la casa jamás llegó a hablar con ella ni ninguna de las de su cuerpo.

—¿Quién escoge a las chicas que han de tomar parte en la reunión anual en casa de la señora Robilotti?

—Mientras vivió el señor Grantham,

yo. A lo largo de los tres años siguientes a su fallecimiento su esposa, basándose en la información que yo le facilitaba. Estos dos últimos años tal misión ha corrido a cargo del señor Byne, quien suele consultarme.

—¿De veras? Dinky no me habló de eso.

—¿Dinky?

—El señor Byne. Los amigos le damos ese nombre. Ya le preguntaré. Si no le parece inconveniente dígame: ¿cómo procede en tales casos? ¿Sugiere él los nombres? ¿Le hace entonces preguntas en torno a las chicas?

—No. Yo redacto una lista, que comprende principalmente chicas que

han pasado por el establecimiento el año anterior, completada con información suficiente y algunos comentarios. Luego él escoge. Pongo mucho cuidado en la confección de esa lista. Algunas de nuestras muchachas no se sentirían a gusto en la reunión de los Robilotti. Tal es la base de la elección por parte del señor Byne. No sé más.

—Ya le interrogaré sobre el particular... —Puse una mano sobre la mesa de trabajo de mi interlocutora—. Voy a abordar el principal punto de esta conversación. Es muy probable que el acontecimiento que condujo a Faith Usher a la muerte, sea cual fuere, date de la época anterior a su llegada aquí.

De haber ocurrido en una fecha posterior a su salida usted no podría saber nada. Faith permaneció en Grantham House cinco meses, casi. Me ha dicho usted que procura hacer las menos preguntas posibles a las chicas con referencia a su pasado. Con todo, debe enterarse de muchas cosas, ¿no es así?

—Naturalmente.

—Claro. Y, ni que decir tiene, usted sabe hacer honor a esas confidencias. Ahora bien; Faith ha muerto. Por otra parte, dijo usted antes que me ayudaría, de serle posible. La muchacha debió ponerle en antecedentes de ciertas cosas reservadas relativas a su vida. Quizá le

dio a conocer el nombre del individuo responsable de su permanencia aquí. ¿Lo hizo o no?

Era forzoso entonces que yo formulara tal pregunta. La señora Irwin era demasiado inteligente para no darse cuenta de que aquélla era la que con más interés podía esperar ver contestada un detective. De haberme callado la regente de la institución hubiera sospechado quizá que conocía la respuesta. No era éste su caso a juzgar por el tono con que contestó que nunca había oído hablar de Edwin Laidlaw.

—No —declaró—. Jamás oí ese nombre en labios de Faith y dudo de que hiciera tal confidencia a alguna de sus

amigas.

—Pero hablaría con usted de otras cosas.

—De nuestras charlas, en realidad ni muy amplias ni muy profundas, saqué tres conclusiones. Pensé en primer lugar que Faith había tenido relación sexual con un solo hombre, más bien breve. Otra: aquella chica había estado siempre distanciada de su padre y probablemente ignoraba su identidad. Tercera y última: su madre vivía aún. Creo que la odiaba... No. Faith era una muchacha incapaz de odiar a nadie. Tal vez sería más exacto decir que su madre le inspiraba repugnancia. Estas tres conclusiones no fueron jamás

confirmadas por Faith explícitamente.
Es cuanto sé acerca de su pasado.

—¿Conoce usted el nombre de la madre?

—No. Como ya le he dado a entender, carezco de datos concretos.

—¿Cómo fue el venir a Grantham House?

—Se presentó aquí un día del mes de marzo del pasado año. Se hallaba en el séptimo de su embarazo. No nos escribió ni hizo ninguna llamada telefónica previa... Se presentó, sencillamente. Dijo que se había enterado de la existencia de nuestra institución por un reportaje que leyera en una revista, recordándola

posteriormente. Su hijo nació el dieciocho de mayo. —La señora Irwin sonrió—. No es que me acuerde de las fechas de todos los natalicios. Tuve que consultar los libros a instancias de la Policía.

—¿Hay alguna probabilidad de que la criatura tenga relación con lo sucedido? Aludo a alguien que haya tenido que ver con su adopción.

—No existe la más mínima. Soy yo quien se ocupa de eso.

—¿No vino nunca nadie a verla?

—No.

—Me ha dicho usted que estuvo aquí cinco meses... Se marchó durante agosto, por lo tanto. ¿No vino a recogerla

nadie?

—No. Habitualmente nuestras protegidas no permanecen aquí tanto tiempo después del nacimiento de sus hijos. Faith hubo de prolongar la estancia a fin de recuperarse pues se hallaba agotada. Bueno... Realmente sí que vino alguien por ella: la señora Robbins, uno de nuestros directivos, la llevó en su coche a Nueva York. La señora Robbins le había buscado un empleo en Barwick's, los almacenes de muebles, disponiendo lo necesario para que viviera en compañía de otra muchacha, Helen Yarmis. Helen, ya lo sabe usted, participó en la reunión. Quizás ella sepa si... ¿Qué hay, Dora?

Volví la cabeza. La mujer que había abierto la puerta —de mediana edad, excesivamente gruesa para el uniforme que vestía—, se hallaba plantada en el umbral, con la mano en el pomo de la cerradura.

—Siento interrumpirles... Se trata de Katherine, doctora. Tal vez se precipiten un poco las cosas. Cuatro veces desde las nueve y la última fue tan sólo hace veinte minutos...

La señora Irwin se puso en pie. Yo le imité, estrechando la mano que me tendía.

—Quizá no sea más que el preludio —manifestó—, pero lo mejor es que me acerque a verla. Repito lo dicho, señor

Goodwin: deseo su triunfo, a pesar de lo que éste puede significar. No le envidio su trabajo... Perdóneme por cortar esta entrevista tan bruscamente.

Cuando después de ponerme el abrigo me encaminaba hacia la salida calculé que la señora Irwin debía haber asistido allí a unos 780 natalicios a lo largo de sus quince años de servicio en la fundación, o a 360, basándome en promedios mensuales de cuatro y dos, respectivamente. Al aproximarme al coche me asaltó una preocupación. De tropezar de nuevo con el grupo de jóvenes me vería obligado a repetir la maniobra anterior, con el consiguiente riesgo de rozar sus cuerpos con

cualquiera de los salientes laterales de mi vehículo. Pero, afortunadamente, en el momento de poner éste en marcha, aparecieron ellas, abandonando el estrecho camino interior de la finca para desparramarse por la zona amplia y despejada en que yo había aparcado. Sus rostros tenían ahora un tono más rosado y algunas respiraban agitadas.

—¿Se marcha usted ya? —me preguntó una de ellas.

—¿Por qué no se queda a comer? —inquirió otra.

Le respondí que en la siguiente visita lo haría. Me alegré de haber dado la vuelta al coche a mi llegada. Sentí deseos de decirles que para su

compañera Katherine se aproximaba el gran momento, con el fin de ver cómo reaccionaban. Pero en el último instante desistí de ello, considerándolo una impertinencia. En cuanto me dejaron el camino expedito pisé el acelerador, desapareciendo de su vista. La única que no me dijo adiós fue porque aún intentaba recuperar el aliento, gozosamente fatigada a causa de la reciente caminata.

CAPÍTULO VIII

SIEMPRE me agrada estar presente cuando se celebra alguna reunión en la oficina, aun cuando el asunto sometido a discusión carezca de importancia o no pueda rendir beneficio positivo. Aquella vez me retrasé cinco minutos. Al llegar serían poco más de las seis. Wolfe habíase acomodado detrás de su mesa de trabajo. Orrie Cather ocupaba mi silla. Sentadas frente a mi jefe estaban Helen Yarmis, Ethel Varr y Rose Tuttle. Al verme entrar Orrie se levantó para

dejarse caer sobre el sofá. Todavía continúa pensando que tanto mi silla como la mesa serán tuyas algún día para siempre, por lo que aprovecha mis ausencias para practicar.

No es que hubiera invertido seis horas en mi viaje de regreso desde Grantham House. Había tenido tiempo de dar buena cuenta de mi comida. Fritz habíase ocupado de que ésta no se enfriara. Luego me apresuré a poner a Wolfe al corriente de mi charla con la señora Irwin. No compartió mi opinión, favorable a esta mujer. No en balde sostenía que todas adolecen de defectos fundamentales. Hubo de convenir, sin embargo, en que me había facilitado

diversas sugerencias que podían resultar útiles más adelante. Quizás Austin Byne no estuviera tan exento de culpa como parecía. Se imponía una nueva conversación con Dinky. Marqué su número en el teléfono, sin lograr una respuesta y más tarde, dando un paseo, fui al Banco para depositar el cheque de Laidlaw, acercándome después al número 87 de la calle Bowdoin.

Oprimí el botón correspondiente al piso de Byne en el vestíbulo, sin que nadie contestara a mi llamada tampoco. Habíale indicado yo a Wolfe la conveniencia de hacerme de un juego de llaves para entrar en la casa de Austin en su ausencia y dar un vistazo. Wolfe

me lo prohibió alegando que Byne no tenía tanto interés para nosotros como para recurrir a tales tretas. Pasé una hora y cuarto escondido en una entrada de aquella calle. Dentro de nuestra profesión éste es uno de los trabajos más molestos: aguardar el tiempo que sea la llegada de una persona que en definitiva no se sabe si va a resultar o no de utilidad.

A las doce y cinco se detuvo un taxi enfrente del número 87 de la calle Bowdoin, del cual se apeó Byne. En el instante de volverse para pagar al conductor yo me encontraba ya a su lado.

—¡Qué coincidencia! —exclamé—.

Tenía deseos de verle y nada más llegar le encuentro a usted aquí.

Algo había cambiado en él. Su cordial actitud de otros momentos habíase desvanecido.

Me miró con frialdad.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir. Repentinamente se interrumpió—. Aquí, no —añadió—. Suba.

Hasta sus modales habían cambiado. Penetró en el ascensor delante de mí, si bien me cedió el paso al entrar en su piso. Con todo, hube de quitarme el sombrero y el abrigo sin que hiciera el menor ademán por ayudarme. Apenas había llegado a sentarme cuando me preguntó:

—¿Qué significa todo este lío acerca del crimen?

—Esa palabra, «lío», me desagradaba —respondí—. Conozco su sentido tal y como nosotros, los muchachos de Ohio, la usábamos. Una vez, sin embargo, consulté el diccionario y no...

—Divagaciones —dijo Byne atajándome—. Mi tía asegura que usted va diciendo por ahí que Faith Usher murió asesinada y que por culpa suya la Policía no se decide a dar por terminado el caso, considerándolo un suicidio. ¿Qué se propone?

Me cogí las manos por detrás de la cabeza despreocupadamente.

—Mire, Dinky. Usted no es un

policía, ni tampoco el fiscal del distrito. He facilitado a las autoridades un informe completo acerca de lo que vi y oí en la reunión del martes por la noche. Si quiere saber por qué tardan tanto en pronunciar su veredicto pregúnteles a los agentes encargados de las investigaciones. En el supuesto de que yo haya dicho alguna mentira lo averiguarán y yo pagaré las consecuencias. Ahora no pienso iniciar con usted una discusión sobre el tema.

—Pero, ¿qué dijo usted en su declaración?

Denegué con un movimiento de cabeza.

—Pregúnteles a los agentes, ya se lo

he dicho. Yo no pienso contarle nada. Haré hincapié en esto: si mi declaración es la causa de que ellos no vean en la muerte de Faith Usher un suicidio yo seré el responsable de todas las molestias sufridas por cuantos tomaron parte en la reunión aludida. No me agrada nada semejante perspectiva. Por consiguiente, he procurado llevar a cabo por mi cuenta algunas comprobaciones. Por eso quise ver a la señora Irwin, la regente de Grantham House. Me han ofrecido quinientos dólares por un relato periodístico centrado en la muerte de Faith Usher... No es ése, sin embargo, el móvil principal de mis actos. Tengo un interés enorme en averiguar si alguna

persona de las que se sentaron a la mesa la noche del martes tenía motivos especiales que le hicieran desear la muerte de la joven. He aquí un razonamiento nada infundado: si esa persona proyectaba matarla durante la reunión había de saber con anterioridad que ella asistiría a la misma. Es por lo que yo quería que la señora Irwin me pusiera al tanto de las normas que determinaron su elección, diciéndome quién la había designado como asistente a la cena. —Dirigí a Byne una afectuosa sonrisa—. La regente de Grantham House me dijo que había sido usted... Un dato que no resultaba muy útil, ya que usted no figuró entre los invitados. E

incluso fingió hallarse resfriado para justificar su ausencia... A propósito, dije que no diría a nadie esto último y he cumplido mi palabra.

Estimé que era más prudente no romper del todo el lazo cordial que nos había unido al principio.

—Me consta que dice usted eso para impresionarme. Supongo que la señora Irwin le daría cuenta de las circunstancias que determinaron la elección de Faith Usher. Con la Policía ha procedido igual. Me facilitó una lista con las notas que creyó oportunas y yo, simplemente, entresaqué de ella cuatro nombres. Así se lo acabo de decir al fiscal del distrito. Como ya he explicado

a las autoridades, yo no conocía a ninguna de esas jóvenes personalmente. Señalé para asistir a la reunión aquéllas que se me antojaron más indicadas.

—¿Conserva aún esa lista?

—Se quedó con ella uno de los ayudantes del fiscal. Un señor llamado Mandelbaum. Indudablemente, se la enseñará si se lo pide.

Preferí ignorar la indirecta.

—De todos modos —manifesté—, aun cuando las notas que acompañaban a la lista justificaran que su atención hubiese convergido en Faith Usher no iríamos a parar a ningún lado puesto que, en definitiva, usted no asistió a la reunión. En el momento de apuntar los

nombres de las chicas, ¿se hallaba alguien a su lado? Alguien, por ejemplo, capaz de hacer esta sugerencia. ¡Hombre! He aquí un bonito nombre, nada corriente además: Faith Usher. ¿Por qué no decidirse por esta muchacha?»

—Me encontraba solo —contestó Byne—. Ante esa mesa —añadió señalando.

—Descartemos eso, entonces. —Yo me sentía un poco desconcertado en aquellos instantes—. Creo que no le importará que le pregunte... Esta idea se me ocurrió cuando volvía a Grantham House. Usted se hallaba lo suficiente interesado en el asunto como para

tomarse la molestia de designar a las chicas que habían de asistir a la reunión. En cambio no le parecía nada atractiva la perspectiva de contarse entre los invitados. Incluso hizo denodados esfuerzos por librarse de ese compromiso. No es lógico. Me imagino, no obstante, que podrá explicarlo.

—¿A usted? ¿Y por qué había de hacerla?

—Bien. Explíqueselo a sí mismo y yo le escucharé.

—No hay nada que explicar. Elegí a las chicas porque mi tía me lo pidió. El año pasado ocurrió eso también. Ya le dije anoche por qué no había asistido a esa reunión. —Byne se pasó las manos

por el rostro, acentuando fugazmente la delgadez de éste al oprimírsele en aquel nervioso movimiento—. ¿Adónde quiere ir usted a parar? ¿Sabe qué estoy pensando?

—No. Dígamelo; se lo ruego.

Vaciló un momento antes de hablar.

—Bueno... No soy yo quien piensa lo que le voy a decir sino mi tía. Adivino que ésta tiene cierta idea. Seguramente aún no ha olvidado la observación que formuló usted en su presencia, que tan mal le sentó. De otro lado está convencida de que Wolfe le cobró la cantidad excesiva por sus servicios. Ahora usted ha lanzado a la Policía sobre la pista de un supuesto

crimen, dando lugar a que ella y sus invitados sufran incontables molestias. Quizá mi tía haya pensado que una suma razonable sería capaz de hacerles cambiar a ustedes dos de opinión, cambio justificado por el repentino recuerdo de un detalle olvidado anteriormente... ¿Qué le parece?

—Es toda una idea la suya — concedí—, pero presenta un fallo. Si yo recordara de pronto algo que no hice figurar a su debido tiempo en mi declaración los agentes y hasta el fiscal del distrito me arrancarían el pellejo, que la señorita Robilotti, pagara lo que pagara, no podría devolverme jamás. Comuníqueme a su tía que agradezco la

atención y su generosa oferta, pero me es imposible...

—Yo no le he dicho que ella le hiciera una oferta. Ya vuelve usted a agarrarse a su condenada declaración. ¿Qué más hay en ésta?

Acababa de tocar el punto que más le preocupaba, naturalmente. Lo mismo había pasado con Celia Grantham y Edwin Laidlaw. Probablemente, los demás sentían su misma inquietud. Austin Byne esgrimió todos los recursos habidos y por haber en su afán de entrar en posesión de ciertos datos, apelando tanto a mis instintos primarios como a mis más sanos impulsos de ser racional y equilibrado. Yo le dejé hablar

mientras tuvo energías para ello, confiando en que pronunciara alguna palabra que arrojara un poco de luz. Hubiera seguido así indefinidamente de no haberme acordado que se avecinaba una reunión en el despacho de Wolfe, a la que tenía mucho interés en asistir. Al abandonar el piso dejé a Byne tan confuso que ni siquiera acertó a acompañarme hasta el vestíbulo.

Eran las seis y cinco minutos cuando me apeé del taxi, encaminándome a continuación a la escalinata de nuestra casa. Tres mujeres habían llegado a ella: Helen Yarmis, Ethel Varr y Rase Tuttle. No hay por qué hacer alusión alguna a su aspecto personal. Ya se puede suponer

cuál sería después de los diversos interrogatorios a que habían sido sometidas por parte de los agentes.

Cuando entré en la oficina vi a las tres acomodadas en fila frente a la mesa de trabajo de Wolfe. Orrie ocupaba como siempre, mi silla. Al verme, éste se levantó, instalándose en el sofá. Nero me dirigió la palabra:

—Y ahora que hemos intercambiado los saludos de rigor, dígame, Archie: ¿tiene usted alguna noticia que darme?

—Nada que no pueda esperar, señor. Ese individuo se siente aún atemorizado ante la mujer.

Wolfe se volvió hacia las chicas.

—Como les estaba diciendo: les

agradezco que hayan venido. No había ninguna cosa que pudiera obligarles a ello. Ya les ha dicho el señor Cather, al pedirle que me hicieran esta visita, que la opinión del señor Goodwin, quien, como ustedes saben sostiene que Faith Usher fue asesinada, ha dado lugar a varias complicaciones que me interesan. Yo deseaba hacerles algunas consultas sobre las mismas. El señor Goodwin continúa creyendo...

—Yo le dije —manifestó Rose Tuttle, interrumpiéndole—, que Faith era capaz de envenenarse donde nos hallábamos todos reunidos y él me contestó que haría lo posible para que no sucediera nada desagradable. Pero...

Sus azules ojos ya no tenían la vivacidad que yo observara en ellos la noche de la cena. La melena le caía en forma de airosa «cola de caballo» sobre los redondos hombros, describiendo un arco.

Wolfe asintió.

—Ya me lo ha contado. Sin embargo, él cree que lo sucedido no es precisamente lo que usted temía. Goodwin sigue creyendo que alguien envenenó el champaña que había de beber Faith Usher. ¿No está de acuerdo con él, señorita Tuttle?

—No sé. Faith pudo arrojar el veneno en su copa. Pero yo no lo vi... He contestado ya a tantas preguntas

sobre este punto que en realidad no sé qué pensar.

—¿Usted qué dice, señorita Varr?

Como la muchacha estaba mirando a Wolfe y yo la contemplaba de perfil no pude observar en su rostro ninguno de sus cambios característicos.

—No creo que Faith se suicidara — murmuró en un tono de voz que hubiera resultado tembloroso de no haber hecho ella un gran esfuerzo para impedirlo.

—¿No? ¿Por qué, señorita Varr?

—Porque yo la estaba mirando en aquellos momentos, cuando cogió la copa de champaña y se la llevó a los labios... Yo hablaba con el señor Goodwin, pero en el instante preciso en

que ocurrió eso ninguno de los dos decíamos nada.

Rose me había referido su conversación con su ayudante. El señor Goodwin vigilaba a nuestra amiga y yo hacía lo mismo. Estoy segura de que ella no vertió nada en su champaña. De lo contrario, lo habría advertido. La Policía quería a toda costa que yo declarara que el señor Goodwin había influido directamente en mis manifestaciones. —Ethel se volvió hacia mí—. ¿Verdad que no dispuso usted de ninguna ocasión para comunicarme conmigo en tal sentido?

Me dieron ganas de levantarme sin otro fin que el de estrecharla entre mis

brazos y besarla para a continuación salir en busca de Cramer y los suyos y darles su merecido. El inspector había callado aquel detalle: mi declaración había sido confirmada por otra persona. Cramer habíase limitado a especificar que de no ser por mis palabras, el suicidio era la hipótesis seguramente más razonable.

—Desde luego que no —respondí—. En la mesa me dijo usted que sólo contaba diecinueve años y que aún no había aprendido a encajar ciertas cosas, pero lo cierto es que sí sabe observar cuanto ocurre en torno a su persona y mantenerse en su terreno. —Miré a Wolfe—. Estimo que no existe ningún

inconveniente en que le diga cuán satisfactoria resulta su declaración.

—Lo es, por supuesto, señorita Varr.
—Los ojos de Wolfe buscaron a la señorita Yarmis—. Ahora le toca hablar a usted.

Las comisuras de los labios de Helen Yarmis, encastillada en su digna actitud habitual, apuntaban hacia abajo, para siempre, al parecer.

—Diré tan sólo lo que pienso. No puedo hacer otra cosa —manifestó—. Creo que Faith se suicidó. Le indiqué que era una cosa absurda llevar aquel frasco de veneno a una reunión en la que, sin duda, íbamos a pasarlo bien. Vi que lo guardaba en el bolso. ¿Por qué

había de proceder así si no pensaba utilizado?

La sabiduría de Wolfe en materia femenina registra algunos claros, pero en definitiva conoce cuanto hay que conocer para no sentirse inclinado a emplear la lógica con las representantes del sexo opuesto. Limitóse, pues, a ignorar la pregunta de Helen.

—¿En qué momento le aconsejó usted que no llevara consigo ese frasco? —inquirió.

—Cuando nos vestíamos para asistir a la cena. Vivíamos en el mismo piso. Bueno... Si así puede llamarse a un gran dormitorio con una cocinita anexa y un cuarto de baño situado en el vestíbulo.

—¿Cuánto tiempo han estado viviendo juntas?

—Siete meses. Desde agosto, en que ella abandonó Grantham House. Puedo informarle ampliamente acerca de muchos detalles porque en los dos últimos días me he visto obligada a pensar frecuentemente en las circunstancias de su llegada y otras posteriores. Vino acompañada de la señora Robbins un viernes, de manera que se encontró dispuesta para comenzar a trabajar en Barwick's el lunes siguiente. No contaba con mucha ropa y ...

—Por favor, señorita Yarmis... A lo largo de esos siete meses, ¿recibió Faith

Usher muchas visitas?

—No, ninguna.

—¿No fue a verla ningún hombre, ninguna mujer tampoco?

—Sólo la señora Robbins, que deseaba comprobar personalmente cómo nos defendíamos.

—¿En qué empleaba las últimas horas de cada día?

—Asistía a unas clases nocturnas cuatro noches por semana. Estaba aprendiendo taquigrafía y mecanografía. Deseaba obtener el título de secretaria. No me explico de dónde sacaba fuerzas para seguir adelante en su empeño, si es que acababa la jornada tan rendida como yo. Muchos viernes íbamos al

cine. Los domingos los destinaba a pasear por la ciudad. Eso es lo que decía. Yo me encontraba excesivamente fatigada para eso. De todas maneras, de vez en cuando yo tenía una cita y...

—Por favor. ¿No le conoció ningún amigo o amiga a la señorita Usher?

—No. Jamás salía con nadie. Yo acostumbraba a decirle que ésa no era forma de vivir.

—¿Recibía muchas cartas?

—No recuerdo eso muy bien... No creo. El cartero solía dejar la correspondencia en una mesa que había en el vestíbulo. Nunca vi ningún sobre dirigido a ella.

—¿Y llamadas telefónicas?

—No recuerdo tampoco ninguna. Y yo me tenía que enterar de haberlas habido porque el teléfono se encontraba también en el vestíbulo. Es sorprendente, señor Wolfe. Soy capaz de responder a sus preguntas sin detenerme siquiera a pensar. Bueno. Es que son las mismas que me formuló la Policía, incluso con idénticas palabras.

Sentía ahora también deseos de abrazar y besar a la señorita Yarmis, si bien la naturaleza de tal impulso difería bastante del que provocara en mí Ethel Varr. Toda aquella persona que obliga a Wolfe a descender un escalón de su pedestal rinde un servicio al equilibrio humano. Decirle a él que había copiado

al pie de la letra los procedimientos utilizados por la Policía era tanto como hacerle perder el apetito.

—Todos los investigadores, señorita Yarmis —contestó Nero con un gruñido—, se ajustan en determinadas fases de su labor a unas normas preestablecidas. Más tarde es cuando surge la oportunidad de actuar con iniciativa y talento, si es que se dispone de éste. Se me hace un poco difícil aceptar su colección de negaciones. Quizá no exceda a mi capacidad al tratar de formular una pregunta que no se le haya ocurrido a la Policía.. Lo intentaré. ¿Ha querido usted decirme que durante los siete meses que vivió con la señorita

Usher no tuvo el menor atisbo acerca de un contacto personal de ésta con alguien que no cayera dentro de la esfera de su trabajo en la tienda o en la academia que frecuentaba?

Helen frunció el ceño.

—Repita la pregunta —dijo con voz autoritaria

Wolfe atendió su indicación, hablando esta vez más pausadamente.

—Nadie me ha preguntado eso hasta ahora —declaró la chica—. ¿Qué es un atisbo?

—Una sugerencia, una insinuación...

La expresión del rostro de Helen Yarmis se tornó más severa.

—No recuerdo nada —contestó con

un movimiento de cabeza.

—¿No le contó nunca que en esta o aquella ocasión había tropezado con un conocido o conocida suya? ¿Jamás habla tenido ningún roce con nadie, con cualquier cliente de Barwick's, por ejemplo? ¿Nadie se le había acercado nunca en la calle tampoco? ¿No tuvo ella jamás un momento de mal humor o un dolor de cabeza que la inclinaran en su desesperación o apuro a la confidencia. ¿Nunca mencionó ningún nombre en relación con algún episodio, agradable o desagradable? A lo largo de las horas que pasaron juntas no... ¿Qué ocurre?

La expresión del rostro de Helen

había cambiado repentinamente. Las comisuras de sus labios habíanse elevado un poco.

—Dolor de cabeza... —dijo—. Un día Faith regresó del trabajo con uno muy fuerte. No quiso comer nada aquel día, ni tampoco asistió a sus clases.

Quise que se tomara una aspirina y ella me respondió que no le serviría de nada. Luego me preguntó si yo tenía madre. Le respondí que había muerto. "Ojalá le hubiera sucedido lo mismo a la mía», me contestó. Le reproché tales palabras y entonces ella alegó que yo hubiera pensado igual en su caso... Habíasela encontrado en la calle cuando iba a comer, dando lugar a un escándalo.

Faith tuvo que huir para deshacerse de ella. —Helen parecía ahora complacida—. Una cosa así es lo que usted perseguía, ¿no?

—En efecto. ¿Qué más le contó Faith en esa ocasión?

—Eso fue todo. Al día siguiente se arrepintió de lo que me había dicho y así me lo dijo, sosteniendo que no era cierto que ella le deseara la muerte a su madre. Le contesté que de haberse muerto todas aquellas personas a las que yo hubiera querido aniquilar en determinados instantes no habría quedado el más leve espacio disponible en los cementerios. Era una exageración mía, por supuesto, pero de alguna manera tenía que

contribuir a reanimarla.

—¿Volvió a mencionar a su madre en cualquier ocasión posterior?

—No.

—Bueno. Hemos localizado un dato. Quizá podamos hacernos con otro de ese estilo.

Pero no pudo ser. Wolfe formuló varias preguntas apartadas del estilo rutinario empleado por la Policía, obteniendo tan sólo una serie de respuestas imprecisas que no conducían a nada. Finalmente, renunció.

Dirigió una mirada a todos los presentes.

—Tal vez debiera haberles explicado por qué tenía interés en

charlar con ustedes —dijo dirigiéndose a las tres chicas—. Deseaba conocer su actitud ante la opinión del señor Goodwin con respecto a la muerte de Faith Usher. En definitiva hay que convenir en que son ustedes un apoyo para la hipótesis por él sostenida. La señorita Varr la defiende; la señorita Yarmis se ha opuesto de un modo ambiguo y la señorita Tuttle está indecisa.

Ése era un juego astuto y desleal. El sabía muy bien que en las manifestaciones de Helen Yarmis no existía «ambigüedad» alguna.

Wolfe continuó hablando:

—Como yo partía del supuesto de

que el señor Goodwin se halla en lo cierto necesitaba conocerlas y oír sus pareceres. Ustedes figuran entre las personas sospechosas por el hecho de haber participado en aquella reunión... He excluido de entre ellas al señor Goodwin. Una de ustedes pudo aprovechar una oportunidad para arrojar a la copa de Faith un poco de aquel veneno cuya existencia conocían tan bien.

—¡Nos hubiera sido imposible! — exclamó Rose Tuttle—. Ethel se encontraba con Archie Goodwin. Helen charlaba con el editor... ¿cómo se llamaba...? Laidlaw... Yo acompañaba al otro invitado, el de las orejas grandes:

Kent.

—Lo sé, señorita Tuttle —repuso Wolfe—. Y por ello he de atacar el problema por otro punto. No quiero, sin embargo, acosarlas, forzarlas a que traicionen algún secreto confiado a alguna de ustedes por Faith Usher. Esta conversación se haría entonces interminable y, en resumen, no conseguiríamos ningún progreso notable. Si ese secreto a que he aludido existe saldrá a la superficie por otros medios.

—No creo que nuestras revelaciones hayan sido trascendentales para usted, señor Wolfe —dijo Ethel Varr.

—No —convino el detective—. Pero apoyan ustedes la opinión del

señor Goodwin y esto sólo ya vale la pena. Me queda algo por decirles y ello es que deseaba solicitar su colaboración y su ayuda. He supuesto que en el caso de que la señorita Usher haya muerto asesinada ustedes desearán que el culpable sea castigado. Me imagino también que ninguna de las tres siente tanta simpatía o afecto por las otras ocho personas como para decidirse a ocultar a alguna de ellas si la cree autora del delito.

—Desde luego que no —declaró Ethel Varr—. Como ya le dije antes, tengo la seguridad de que Faith no vertió nada en su champaña. ¿Quién hizo eso entonces? He estado pensando en ello.

Yo no fui, ni tampoco el señor Goodwin. Helen y Rose pueden ser también eliminadas... ¿Cuántos quedan?

—Ocho. Los tres invitados, es decir, Laidlaw, Schuster y Kent; el mayordomo; el señor y la señorita Grantham; Robilotti y su esposa...

—Ciertamente que no me decidiría a escudar a ninguno de ellos.

—Ni yo —afirmó Rose Tuttle—, si es que alguna de esas personas que cita fuera culpable de la muerte de Faith Usher.

—Tu actitud no conduciría a nada en el caso contrario. ¿Qué tendrían que ocultar ellos entonces? —inquirió Helen Yarmis.

—Aún no te has hecho cargo bien de todo, Helen —le dijo Rose—. Ese hombre pretende descubrir al autor del crimen. Veamos: ¿tú callarías en el caso de haber visto, por ejemplo, a Cecil Grantham coger el frasco del bolso de Faith o hacer otra cosa por el estilo? Eso es lo que él quiere saber.

—A eso me refiero precisamente —objetó Helen—. Si fue la propia Faith quien envenenó su champaña, ¿por qué había yo de pretender ocultar cualquier acción de otra persona?

—Pero es que nuestra amiga no lo hizo. Ethel y el señor Goodwin la estaban mirando...

—Entonces, ¿por qué se obstinó en

llevar consigo el frasco la noche de la reunión pese a que yo le había indicado que no lo hiciera?

Rase movió violentamente la cabeza, haciendo oscilar su vistosa «cola de caballo».

—Mejor sería que se lo explicase usted —le sugirió a Wolfe.

—Mucho me temo —repuso él—, que sea una tarea superior a mis fuerzas. Tal vez la cosa quede un tanto aclarada si les digo que yo no andaba tras una declaración rotunda, señalando, para continuar con el instante de sacar el frasco del bolso de Faith Usher. No. Más bien deseaba saber si ustedes saben algo de esas personas, de una

cualquiera, capaz de hacernos pensar en la existencia de una razón determinante de la muerte de la señorita Usher. ¿Hubo algún lazo de unión entre la víctima y cualquiera de ellas?

—Lo ignoro —replicó Rose.

—Lo mismo me pasa a mí —declaró Ethel.

—Son ocho en total —alegó Helen—. ¿Quiere repetir sus nombres?

Wolfe, pacientemente, atendió su petición.

Helen frunció el ceño de nuevo.

—Estoy pensando en la señora Robilotti, quien solía venir a Grantham House a vernos. A Faith no le era nada simpática.

—¿Llegó a pasar algo, concretamente, entre Faith y la señora Robilotti? —inquirió Wolfe.

—Creo que no —respondió Helen.

—¿No recuerda nada especial, determinada conversación entre las dos mujeres?

—No. Jamás vi que Faith se dirigiera a ella. Yo procedía igual... La señora Robilotti nos consideraba a todas un puñado de ramerás.

—¿Llegó a utilizar esa palabra? ¿Les llamó a ustedes eso en alguna ocasión?

—Por supuesto que no. Intentaba sernos grata, pero sin conseguirlo. Una de las chicas nos informó que una vez

había exteriorizado la desfavorable opinión que le merecíamos con esa dura palabra.

—Bien. —Wolfe hizo una profunda inspiración antes de hablar—. Repito: gracias por haber venido, señoritas. —Empujó su silla hacia atrás, poniéndose en pie—. No parece que hayamos hecho muchos progresos pero al menos he logrado verles y hablar con ustedes y sé ya adonde debo ir para solicitar su colaboración si las circunstancias así lo exigen.

—Hay una cosa que no comprendo —manifestó Rase Tuttle al levantarse—. El señor Goodwin dijo en el transcurso de la reunión que él no se encontraba en

casa de los Robilotti como detective. Sin embargo, lo es... Por otra parte, yo le informé sobre el frasco de veneno que Faith guardaba en su bolso. Él debería saber qué es lo que ocurrió exactamente. Encontrándose presente un detective, ¿cómo se iba a atrever alguien a cometer un crimen?

«He aquí una manera muy superficial, casi infantil, de enfocar la cuestión», pensé yo mientras acompañaba a las muchachas hasta la puerta.

CAPÍTULO IX

PAUL Schuster, el joven abogado de brillante porvenir, hombre de afilada nariz y los ojos oscuros y vivaces, sentóse en la silla tapizada de cuero rojo a las once y cuarto, en la mañana del viernes, con los ojos fijos en Wolfe.

—Quede bien entendido que nosotros no amenazamos. Sin embargo, habiendo sido perjudicados en determinados aspectos, en el caso de que usted sea el responsable de ello esto podría ser planteado ante los tribunales.

Wolfe se agitó en su sillón, paseando la vista por los rostros de los demás: Cecil Grantham, Beverly Kent y Edwin Laidlaw, sentados en fila frente a él.

—Ignoraba que hubiera ofendido a alguien, señores —dijo secamente.

Desde luego, esto no era verdad. Wolfe pensaba realmente en que aún no había infligido el agravio que se proponía infligir. Habrían transcurrido cuarenta y ocho horas desde el momento en que Laidlaw extendiera su cheque de veinte mil dólares. No nos habíamos ganado todavía un centavo y las perspectivas, en tal sentido, no eran muy halagüeñas. El secreto de Dinky Byne, si es que guardaba alguno, continuaba sin

descubrir. Las tres madres solteras no habían aportado ningún dato trascendental. Orrie Cather habíase acercado a la oficina en compañía de Saúl Panzer y Fred Durkin, con objeto de informar, sin lograr otra cosa que añadir unas cuantas interrogaciones más a las ya existentes. En el supuesto de que alguien hubiera tenido alguna relación con Faith Usher se había preocupado concienzudamente de que no resultara fácil averiguarlo. El trío había recibido instrucciones para seguir escarbando...

Cuando poco después de las diez, en la mañana del viernes Paul Schuster llamó por teléfono solicitando una entrevista con Wolfe, entrevista en la

que le acompañarían Grantham, Laidlaw y Kent, quebré dos de las reglas establecidas en nuestra casa. Primera: yo no puedo convenir entrevistas sin antes consultar con mi jefe; segunda: sólo me está permitido interrumpirle, hallándose él entre sus plantas, en los casos de extrema urgencia. Le indiqué a Schuster que se presentara en la oficina acompañado de sus amigos a las once. Acto seguido comuniqué por el teléfono interior con Wolfe, anunciando a nuestros visitantes. Al oírle gruñir le expliqué que había estado estudiando la palabra «urgencia» en el diccionario: una imprevista combinación de circunstancias que requiere una acción

inmediata. De querer discutir conmigo o con el diccionario yo estaba dispuesto de buena gana a subir hasta la habitación en que se hallaba. Me colgó bruscamente el teléfono.

Y ahora le decía a Schuster que ignoraba que hubiera ofendido a alguien...

—Atengámonos a los hechos — murmuró Beverly Kent.

Una actitud incuestionablemente lógica en un diplomático.

—¿Niega usted que nosotros le debamos a Goodwin el habernos visto acosados por los agentes de la autoridad, a la caza de un criminal? Goodwin trabaja a sus órdenes, es su

empleado. Sin duda, usted conoce el axioma legal: respondeat superior. ¿No constituye todo eso una ofensa?

—La cosa no queda ahí —manifestó Cecil interviniendo—. No se contenta con eso sino que mete las narices en Grantham House. Y ayer un hombre intentó sonsacar a nuestro mayordomo. Desearía saber si éste era un enviado suyo también, Wolfe. A estas horas anda por ahí otro individuo buscando informes entre mis amigos, todos ellos relativos a mi persona. ¿Trabaja igualmente a sus órdenes?

—Para mí —declaró Beverly Kent —, lo peor son las posibles resonancias que pueden tener las investigaciones

policíacas. Mi posición en el seno de la delegación estatal afecta a las Naciones Unidas podría llegar a ser muy delicada... En realidad, he sufrido ya un gran perjuicio. Ya es una lamentable desgracia haber sido mero testigo presencial del suicidio de esa joven. Y pudiera ser de consecuencias verdaderamente desastrosas para mí verme envuelto en una investigación policial. A esto hay que añadir el insulto que supone el que usted envíe sus agentes a mis amigos y compañeros, en solicitud de datos personales. Yo no he podido confirmar esto aún. ¿Usted sí? —inquirió dirigiéndose a Cecil.

—En efecto —repuso Grantham.

—Y yo también —declaró Schuster.

—¿Le ha ocurrido a usted lo mismo,

Ed?

Laidlaw tosió para aclararse la garganta.

—De un modo indirecto. No lo he puesto todavía en claro. Pero tengo razones para sospechar que sí.

Pensé que acababa de desenvolverse bastante bien. Naturalmente, tenía que estar al lado de ellos. De haberse negado a participar en el ataque los otros se hubieran preguntado por qué adoptaba tal actitud. No obstante, quería que Wolfe comprendiera que aún en aquellas circunstancias no olvidaba que era su cliente.

—Todavía no ha contestado usted a mi pregunta —le dijo Schuster a Wolfe—. ¿Niega acaso que debemos todas estas inconveniencias a Goodwin y, por consiguiente, a usted, puesto que él es su agente?

—No —replicó Nero—. Me las deben a mí a través del señor Goodwin, en efecto, pero de un modo secundario. Y en primer lugar al hombre o mujer que asesinó a Faith Usher. Consecuentemente, es muy posible que alguno de ustedes sea deudor de sí mismo en tal aspecto.

—Me lo figuraba —manifestó Cecil—. Ya se lo dije a usted, Paul.

Schuster hizo como si no le hubiera

oído.

—Como ya le dije antes —indicó dirigiéndose a Wolfe—, esta cuestión podría ir a parar a los tribunales.

—Espero que ocurra así, señor Schuster. Siempre sucede eso con los casos de tipo criminal. —Wolfe se inclinó hacia delante, con las palmas de las manos apoyadas en su mesa de trabajo. Hablaba con un agudo tono de voz—: Vayamos al grano, caballeros. ¿A qué han venido aquí? Supongo que no les ha guiado hasta mi casa exclusivamente, el afán de formular unos cuantos reproches. ¿Desean sobornarme? ¿O intimidarme, quizá? Discutir mi posición? ¿Qué persiguen,

concretamente?.

—¡Maldita sea! —exclamó Cecil—. ¿Qué perseguimos? Ésa es la clave del asunto, pero al revés. ¿Qué se propone usted? ¿Por qué envió...?

—Cállate, Cece —le ordenó Beverly Kent, falto en absoluto de diplomacia en aquel momento—. Deja a Paul que hable.

El abogado tomó la palabra.

—Su insinuación acerca de nuestro propósito de sobornarle carece totalmente de fundamento. Tampoco nos proponemos intimidarle. Hemos venido a verle porque estimamos, muy justamente, que nuestros derechos personales privados están siendo

violados, sin que haya mediado por nuestra parte una provocación, sin que exista un motivo. Usted es el responsable de ello. Dudamos de que pueda justificarse, pero confiamos en que llegue a hacerla antes de que demos un planteamiento legal a este asunto.

—¡Uf! —dijo Wolfe por toda respuesta.

—He ahí una expresión de desprecio ya que no una adecuada justificación, señor Wolfe.

—No era ni una ni otra cosa, señor. —El detective se recostó en su sillón, cogiéndose las manos por encima de su voluminoso vientre—. Esto, caballeros, no conduce a nada. Ustedes desean

quedar aparte de la investigación y yo tengo un profundo interés en complicarles en ella cuanto pueda, lo más profundamente que me sea posible, el culpable mezclado con...

—¿Por qué? —preguntó Schuster—. ¿Por qué ese interés?

—Porque se ha producido un reto, un reto que atenta a la reputación profesional del señor Goodwin y que por extensión me alcanza a mí. Invocó usted el respondeat superior. No sólo contestaré; actuaré también. Que el inocente ande mezclado con el criminal es una cosa lamentable e inevitable a un tiempo. Ni ustedes ni yo podemos elegir. Deseo hallar un camino que me

conduzca al hecho. Quiero saber si uno de ustedes ha enterrado en su pasado un hecho que explique el impulso de desembarazarse de Faith Usher. Evidentemente, ustedes no están decididos a permanecer sentados ahí, sometiéndose a un interrogatorio de veinticuatro horas de duración y aun cuando no piensan así existe una mínima probabilidad de que el que calla se traicionara. Como ya les he dicho, esto no nos va a llevar a ningún lado. A título de cortesía, caballeros, les deseo buenos días.

Pero aquello no terminó tan sencillamente. Ninguno de ellos —tres tan sólo, en realidad—, estaba dispuesto

a consentir que se les despidiera con un protocolario saludo después de haber sido «trabajados» tan a fondo. Schuster se olvidó de lo que dijera respecto a una supuesta amenaza. Kent rebasó las normas de conducta que imponen las reglas de la diplomacia. Cecil Grantham dejó caer su puño sobre la mesa de Wolfe. Yo me había puesto en pie, instalándome adecuadamente para intervenir inmediatamente si cualquiera de ellos perdía el control de sus nervios y cogía una silla para arrojársela a Wolfe a la cabeza. Pero mi atención se concentraba principalmente en nuestro cliente.

Con el fin de guardar las apariencias

habíase unido a sus amigos, pero su actitud era fingida y no acertaba más que a decir de vez en cuando unas confusas palabras. No abandonó su silla hasta que Cecil se encaminó a la puerta, seguido de Kent. Entonces, no queriendo ser el último, les imitó. Me acerqué al vestíbulo por si alguno en su excitación, se apoderaba de mi sombrero nuevo al salir. Finalmente, regresé a la oficina.

Esperaba encontrar a Wolfe echado hacia atrás en su enorme sillón, con los ojos cerrados. No, nada de eso. Se hallaba de pie, con la mirada perdida en el aire. Volvió la cabeza hacia mí.

—Esto resulta grotesco —gruñó.

—Sí que lo es. Cuatro de los

sospechosos vienen a vernos sin que nadie les invite, dispuestos a franquearse con usted. ¿Y qué pasa? Que su salida de aquí no puede ser más apresurada. Lo malo es que uno de ellos era nuestro cliente, quien tal vez piense que estamos dándole largas al trabajo que nos confió.

—¡Bah! Cuando telefoneen nuestros hombres dígales que vengan a las tres. No. A las dos y media. No. A las dos. Comeremos pronto. Avisaré a Fritz.

Dicho esto, Wolfe se marchó.

Me sentí reanimado. El hecho de que quisiera ver a nuestros colaboradores para darles nuevas instrucciones suponía algo prometedor. Aquel detalle, el

camino de la hora señalada para la entrevista, dejándola primero en las dos y media (en que apenas habría comenzado a hacer la digestión) y luego en las dos, anticipando un poco la comida, podía calificarse de impresionante. Y, finalmente, eso de ir en busca de Fritz en lugar de tocar el timbre para que el cocinero acudiera... Algo verdaderamente extraordinario ocurría.

CAPÍTULO X

CUÁNTAS veces me han oído confesar que soy un estúpido? — inquirió Wolfe.

Fred Durkin hizo una mueca. Una broma no era otra cosa que eso: una broma. Orrie Cather sonrió. Saúl Panzer respondió:

—Tres veces hablando usted con sinceridad; dos diciendo realmente lo que sentía.

—Jamás me desilusiona usted, Saúl.
—Wolfe acababa de llegar a la oficina

procedente del comedor y hacía esfuerzos por mostrarse lo más amable y atento posible. De haber estado allí solos Fred y Orrie no se hubiera molestado, pero les acompañaba Saúl y por éste Nero sentía una gran estimación —. Con ésta son cuatro, pensando en el primer grupo, el de las confesiones sinceras. Mi falta ha sido tan grande que ya estoy pagando por ella una dura penitencia. La única forma civilizada de pasar la hora que sigue a la comida es leyendo. Yo en cambio, después de haberme tragado materialmente mi último trozo de pastel de queso, me encuentro aquí trabajando.

—Quizá la falta sea también nuestra

—sugirió Saúl—. Teníamos una misión que cumplir y no hemos sabido.

—No —respondió Wolfe enfáticamente—. No acepto su caritativa actitud. Soy un burro. Si ustedes tienen parte de la culpa es únicamente porque el miércoles, cuando yo les puse al corriente de la situación, fijándoles sus respectivos cometidos, ninguno me recordó una norma de conducta personal, la que se deriva de estas palabras: nada se puede esperar de seguir en una investigación exclusivamente los pasos de la Policía. Bajo mi dirección han estado ustedes haciendo eso, lo cual constituye un error. Hemos estado mirando bajo las mismas

piedras que ellos habían vuelto. Soy un asno, decididamente.

—Tal vez no hubiera otras piedras que ver —observó Orrie.

—Desde luego que las hay. Siempre ocurre igual. —Wolfe se tomó un poco de tiempo para respirar. Después de las comidas necesitaba más oxígeno, a menos que se sentara en su sillón con un libro en la mano—. Poseo una excusa, naturalmente: había algo cerrado a mi ingenuo conocimiento. De acuerdo con el relato del señor Cramer, nadie hubiera llegado a envenenar el champaña de no haber sabido con certeza que iría a parar a los labios de la señorita Usher. Tal problema podía

resolverse con un minucioso examen de la escena. Antes o después pasaría esto, pero siempre tras el descubrimiento del móvil. No contaba otra cosa más para mí... Ya saben entonces qué hice: enviarles a un lado y a otro, moviéndose sobre un terreno que ya la Policía había reconocido. ¡Uf!

—Yo vi a cuatro personas en las que los agentes no repararon —protestó Fred.

—¿Y nos ha reportado eso alguna ventaja?

—Pues... no.

—El miércoles les decía yo que para alcanzar la presa había que descubrir cualquier asociación de una

de las personas sospechosas con Faith Usher. Una ideológica, pero que era precisamente la aceptada por la Policía. Les ruego me dispensen por ello. Nosotros hemos de intentar seguir otro camino, moviéndonos al menos sobre un terreno inédito. Quiero ver a la madre de Faith Usher. Tienen ustedes que encontrarla y luego traérmela aquí.

Fred y Orrie sacaron sus agendas. Saúl llevaba encima también la suya, pero usábala en raras ocasiones. Se arreglaba perfectamente con su memoria.

—No hay necesidad de tomar notas —prosiguió diciendo Wolfe—. Sólo es preciso recordar que la madre de la

señorita Usher vive y debe parar en algún sitio. Puede ser que esto no nos conduzca a ningún lado. Si es así no hemos de impacientarnos por ello. Hay que pensar en que esa mujer debe haber sido afectada emocionalmente por el fin de su hija. Otro extremo que interesa enormemente aclarar: ¿qué género de relaciones eran las que Faith Usher sostenía con su madre? La señora Irwin, regente de Grantham House, le dijo a Archie que ella había llegado a la conclusión de que la joven la odiaba. Y ayer, la señorita Helen Yarmis, que ha vivido con Faith en el mismo piso durante siete meses, me decía que su amiga había regresado un día del trabajo

con un fuerte dolor de cabeza. Habíase encontrado con su madre en la calle y este encuentro dio lugar a un escándalo, viéndose la chica obligada a huir para librarse de aquélla. Faith Usher le deseaba la muerte... Tal fue lo que me contó la señorita Yarmis.

Fred, que escribía en su agenda, levantó la vista.

—¿Cómo se escribe Irwin? ¿Con Y o con I? —preguntó. Wolfe hacía siempre lo posible por mostrarse paciente con Fred. Había, sin embargo, un límite...

—¿Qué más da? —contestó—. ¿Qué necesidad hay de que ahora le delectee ese apellido? Ya les he dicho a ustedes

qué es lo que interesa en realidad. No sé más. ¡Ah! Añadiré que no creo que la señora Irwin o la señorita Yarmis hayan hecho alusión a la madre de Faith Usher en sus declaraciones a la Policía. En sus gestiones, pues, no se verán influidos por cualquier circunstancia ajena a nosotros.

—¿Se apellidará también Usher esa mujer? —preguntó Orrie.

Desde luego, ni Saúl ni Fred hubieran osado consultar semejante cosa dado el planteamiento de la conversación.

—Debiera usted haber aprendido a escuchar ya, Orrie —replicó Wolfe—. Les dije que eso era todo lo que sabía. Y

no podemos confiar en que la señora Irwin o Helen Yarmis amplíen sus declaraciones. Les ocurre lo que a mí: que no saben más. —Su mirada se posó en Saúl—. Dirigirá usted la investigación, utilizando a Fred y a Orrie según vayan aconsejándolo los acontecimientos.

—¿Debemos actuar reservadamente?
—inquirió Saúl.

—Sí. Es preferible. Pero nunca a costa de malograr nuestro objetivo.

Intervine yo.

—He echado un vistazo a la guía telefónica de Manhattan. Lo hice ayer, a mi regreso de Grantham House —declaré—. Figuran en el libro una

docena de Usher. Hay que suponer que no es éste el apellido de esa mujer, así como que no vive en Manhattan, ni cuenta con teléfono en su domicilio. Creo que a Fred y a Orrie no les ocuparía mucho tiempo efectuar una comprobación cerca de esos abonados. Podría también, por mi parte, llamar a Lon Cohen, el reportero de la Gazette. Quizá se haya lanzado a la busca de la madre de Faith con el fin de conseguir una información en exclusiva y una fotografía.

—Es muy probable —opinó Saúl—. De no ser por la reserva con que hemos de actuar haría antes que nada una visita al depósito de cadáveres. Aun cuando la

hija odiara a la madre pudiera ser que ésta hubiese reclamado su cuerpo. Ahora bien, allí me conocen y lo mismo les pasa a Fred y a Orrie, y hasta a Archie.

Wolfe decidió que se aceptara tal riesgo en cuanto faltaran otros medios. Lo primero era llamar a Lon Cohen. Me acerqué al teléfono con ese fin. La cosa no era tan sencilla. El hombre me había llamado a su vez en dos ocasiones para obtener el relato que yo estaba en condiciones de facilitarle por haber sido uno de los testigos del drama. Ahora, mi pregunta sobre la madre de Faith Usher despertaría sus instintos profesionales. ¿Es que se había encargado Wolfe del

caso? ¿Al lado de quién trabajaba? ¿Me había pasado alguien una oferta mejor que la suya? ¿Cuál era la suma ofrecida? Tuve que tranquilizarle diciéndole que ningún otro periódico se adelantaría a la Gazette. Hube de prometerle que en cuanto dispusiera de material publicable le llamaría antes de que optara por contestar a mi sencilla pregunta.

Colgué el teléfono y me volví hacia los demás para dar cuenta de nuestra charla.

—La visita al depósito puede ser evitada. El miércoles por la tarde se presentó allí una mujer, reclamando el cadáver. Su nombre: Marjorie Betz. B-e-t-z. Dirección: calle Ochocientos

Doce, Oeste, Manhattan. Llevaba una carta firmada por Elaine Usher, la madre de Faith, con idéntica dirección. De acuerdo con sus instrucciones el cadáver fue entregado esta mañana en el Crematorio Metropolitano, en la calle Treinta y Nueve. Un redactor de la Gazette se entrevistó con Marjorie Betz, pero ésta se obstinó en callar. Manifestó únicamente que el miércoles por la noche Elaine Usher se había marchado y que desconocía su paradero. Los reporteros de la Gazette no han sido capaces de localizarla. Lon cree que a cualquiera que lo intente le sucederá igual. Fin de este capítulo.

—Magnífico —dijo Saúl—. Nadie

huye sin que exista un motivo.

—Búsquela —ordenó Wolfe—.
Tráiganla aquí. Utilicen los medios
persuasivos que les parezcan
aconsejables...

Sonó el teléfono. Giré rápidamente,
acercándome.

—Oficina de Nero Wolfe. Arch...

—¿Goodwin?

—Is.

—Soy Laidlaw. Tengo que ver a
Wolfe. Rápidamente.

—Se encuentra aquí. Venga.

—Me da miedo hacerlo. Acabo de
abandonar el despacho del fiscal del
distrito. Me siguen... Había cogido un
taxi y me dirigía a esa oficina para

informar a Wolfe. No puedo hacerlo ya porque deben saber adonde me proponía ir. ¿Qué determinación debería adoptar?

—Existen una docena de soluciones. Evitar una persecución no es empresa fácil. Sobre todo en su caso, careciendo absolutamente de práctica. ¿Dónde se encuentra usted?

—En la cabina telefónica de un almacén de la Séptima Avenida, cerca de la calle Dieciséis.

—¿Ha despedido usted su taxi?

—Sí. Creí que era lo más indicado.

—No se ha equivocado. ¿Cuántos hombres vio dentro del taxi que le seguía?

—Dos.

—Bien. En primer lugar tómesese una «Coca-Cola, o cualquier otra cosa, con el fin de darme tiempo para coger un coche... Seis o siete minutos. Luego tome un taxi. Este le habrá de llevar a la calle Doscientos Catorce, Este. Allí, en la planta baja, se encuentra la «Perlman Paper Company" —Le deletreé la primera palabra—. ¿Me ha como prendido?

—Sí.

—Entre y pregunte por Abe. Dígale: «Archie quiere más azúcar." ¿Qué va usted a decirle?

—«Archie quiere más azúcar."

—De acuerdo. El le llevará a la calle Veintisiete, donde en seguida

podrá verme. Estaré en la acera o en la zona de aparcamiento, dentro de un sedán gris Heron. No le dé a Abe nada. No le agradaría. Este se halla a nuestro servicio.

—¿Y si Abe no se encuentra allí?

—Dará con él; pero en caso contrario, no comunique con nadie por medio de la frase que le he dicho antes. Coja entonces un teléfono y llámé en seguida al señor Wolfe.

Colgué. Anoté el nombre de Laidlaw en una de las hojas de mi agenda, arranqué aquélla y se la entregué a Wolfe.

—Quiere verle con urgencia —le informé—, y necesita que alguien le

traiga. Dentro de media hora o menos estaremos aquí.

Wolfe asintió, arrugó la hoja y la arrojó al cesto de los papeles. Deseé a nuestro triunvirato de ayudantes buena suerte en sus pesquisas y salí del despacho.

Una vez dentro del garaje, situado en la esquina de la Décima Avenida, mientras Hank me sacaba el coche, cosa de tres minutos, subí a la oficina del local con objeto de llamar por teléfono a la "Perlman Papel Company". Abe estaba allí. Me dijo que le había extrañado mi tardanza en pedir un nuevo suministro de azúcar y que con el mayor agrado se disponía a cumplimentar el

nuevo encargo.

No hubo el menor tropiezo. Cruzando la ciudad por la calle Treinta y Cuatro sentí la tentación de girar hacia Park o Lexington, en busca del punto en que debía encontrarse estacionado el taxi, con el propósito de ver si reconocía a sus dos ocupantes, pero como ellos también podían reconocerme a mí opté por alejarme de allí cuanto pudiera, continuando avanzando por la Segunda Avenida, torciendo luego al Oeste para desembocar en la calle Veintisiete. En la entrada más alejada del centro era donde los vehículos de la "Perlman Papel Company" llevaban a cabo las operaciones de carga y

descarga. En el instante de mi llegada no había ningún camión allí. Acercaba el coche a la acera a las 2,49. Habían transcurrido exactamente diecinueve minutos desde el momento en que se produjera la llamada de Laidlaw. A las 2,52 vi a éste que se me acercaba con paso apresurado, cruzando la calzada. Abrí la portezuela y él se acomodó inmediatamente a mi lado.

Parecía hallarse un poco alterado.

—Tranquilícese —le dije al tiempo que aceleraba el coche—. Esto no tiene importancia. No entrarán a preguntar por usted hasta que haya pasado media hora, por lo menos, si es que lo hacen. Abe les contestará que le llevó a usted a la

trastienda para enseñarle unas mercancías, añadiendo que salió por allí.

—La persecución no me preocupa. Tengo interés en ver a Wolfe...

Mientras avanzábamos por las calles pensé que podía darse el caso de que nuestra casa estuviera siendo vigilada en aquellos momentos. ¿No resultaría mejor y más seguro que entráramos en la misma por la parte posterior? Decidí que no. Como de costumbre, no había sitio delante de nuestra fachada, de manera que continué hasta el garaje, volviendo después los dos un poco sobre nuestros pasos. Entré en la oficina detrás de Laidlaw. Éste no tenía la

corpulencia necesaria para atacar a Wolfe con probabilidades de éxito... Era una suposición pero, en definitiva, por lo que hasta aquel instante sabíamos, era también el único del grupo de los sospechosos que había tenido relación con Faith Usher, de donde podía haber salido el móvil del crimen. Cuando un hombre llega al asesinato es imposible prever qué hará más tarde...

Laidlaw, realmente, no llegó a mover un solo dedo. Ni siquiera dijo una palabra. Quedóse plantado junto a la mesa de Wolfe, con la vista fija en éste. Transcurrieron unos segundos antes de que yo advirtiera que estaba demasiado furioso o asustado para poder hablar.

Tomándole del brazo le obligué a que se sentara en el sillón tapizado de cuero rojo.

—Usted dirá, señor Laidlaw.

Nuestro cliente intentó vanamente echar hacia atrás el sillón que ocupaba.

—Quizá sufra un error —contestó con voz ronca—. Quiera Dios que sea así. ¿Fue usted quien envió al fiscal del distrito una nota comunicándole que yo era el padre del niño de Faith Usher?

—No —repuso Wolfe apretando los labios—. No fui yo quien la envió.

Laidlaw volvió la cabeza hacia mí.

—¿Usted tampoco?

—No. Desde luego que no.

—¿Han hablado con alguien de ese

asunto?

—Mire —dijo Wolfe—. Usted se halla fuera de sí y por tal razón hemos de dispensarle su actitud. Nada ha ocurrido que pueda inducirle a perder su confianza en nosotros. De no ser así hubiera sido informado oportunamente. Sugiero que descanse un poco para ver si se le pasa ese acaloramiento.

—¡Al diablo con el acaloramiento!
—Laidlaw pasó nerviosamente las palmas de sus manos por los brazos del sillón—. No fueron ustedes entonces. Bien. Esta mañana, al salir de aquí, me fui al despacho. Mi secretaria me comunicó que en mi ausencia el fiscal del distrito había estado intentando

establecer comunicación conmigo. Le telefoneé. Me dijo que deseaba hablar conmigo inmediatamente. Fui a verle. Me recibió el propio fiscal, Bowen. Éste me preguntó si quería introducir alguna variante en mi declaración, relativa al punto de mis probables relaciones con la víctima. Yo había afirmado que antes del martes por la noche no había hablado jamás con Faith... Le respondí que no. Entonces me enseñó una nota escrita a máquina, llegada a su poder por correo. No la firmaba nadie. Contenía las siguientes palabras: «¿Han averiguado ustedes ya que Edwin Laidlaw es el padre del hijo de Faith Usher? Pregúntenle acerca de

su viaje al Canadá en el mes de agosto del año 1956.» Bowen no me permitió siquiera tocar ese papel. Me senté. Me era imposible apartar la vista del mismo.

—Muy lógico —gruñó Wolfe—. Aun cuando aquél hubiera sido falso. ¿Se desmayó usted?

—¡No, por Dios! No supe qué hacer de momento... Luego, en mi subconsciente surgió una idea. A lo primero me hallaba demasiado desconcertado para decidir nada. Pensé a continuación que no tenía más salida que la de corresponder a todas las preguntas con enérgicas negativas. Eso fue lo que hice. Me afirmé en una cosa:

quienquiera que hubiese enviado aquella nota me había inferido una ofensa al calumniarme. Tenía derecho a conocer su identidad. Para recurrir contra él habría de disponer del escrito... Desde luego, no accedieron a entregármelo. Ni aun quisieron facilitarme una copia. Me retuvieron por espacio de dos horas y al salir de allí observé que me seguían dos agentes.

—¿No admitió usted nada?

—No.

—¿Ni siquiera lo de su viaje al Canadá en agosto de mil novecientos cincuenta y seis?

—Ni siquiera eso. No admití nada. No respondí ni una sola pregunta de

cuantas me formularon.

—Magnífico —comentó Wolfe—. Estupendo. Esto llega muy a punto, señor Laidlaw. Por fin... sí, sí, ganamos tiempo, lo repito, llega a punto...

—¿Que llega muy a punto? —inquirió nuestro cliente con voz chillona, en el colmo de su admiración—. ¿Qué dice usted, Wolfe?

—Eso que acaba de oír. Por fin hemos arrastrado a alguien a la acción. Estoy satisfecho de ello. Si existía una sombra de duda en cuanto al asesinato de Faith Usher, aquélla se desvanece ahora. Todas las personas sospechosas han afirmado no conocer a la víctima con anterioridad a la noche de la

reunión. Una de ellas miente: la que se ha visto obligada a actuar. Verdaderamente, aún es posible que usted sea el culpable, pero creo que ha llegado el momento de desechar tal probabilidad. Prefiero pensar que el auténtico criminal ha sido impulsado a trazar determinado derrotero. Ahora está perdido.

—Pero... ¡Dios santo! Ellos han averiguado algo trascendental sobre mí...

—No saben mucho más que antes. La Policía recibe diariamente una docena de anónimos acusadores. A aquélla le consta que la mayor parte de esos escritos carecen de fundamentos

serios. En cuanto a sus negativas... Es de esperar que un hombre de su posición adopte semejante actitud hasta contar con el consejo de su abogado. La situación no tiene nada de confusa. Por supuesto, los agentes harán todo género de esfuerzos para confirmar prácticamente esa nota. Es razonable suponer que nadie se halla en mejores condiciones para hacerla que el remitente del escrito, y si osa presentarse... Le desafiare más. Acabaremos haciéndonos con él. — Wolfe echó un vistazo al reloj de pared —. Hemos de esperar, no obstante. Vamos a otra cosa. Dispongo de media hora. Usted me aseguró el miércoles por

la mañana que nadie sabía de su relación con la señorita Faith Usher. Ya sabemos que estaba usted equivocado. Hemos de revisar cada uno de los instantes que pasó en compañía de ella, instantes en que pudo haber sido observado o escuchado por alguien. Cuando yo me vaya, a las cuatro, el señor Goodwin continuará con usted. Empiece por el día en que la chica atrajo su atención, en Cordoni's. ¿Había allí presente algún conocido suyo?

Cuando Wolfe emprende una tarea de ese tipo, ayudando a recordar a otra persona los detalles de una experiencia ya pasada, se comporta peor que una ama de casa empeñada en la búsqueda

de unas motas de polvo descuidadas por la doncella. En cierta ocasión permanecí sentado por espacio de ocho horas, casi toda una noche hasta el amanecer, en tanto él guiaba a un chófer, paso a paso, minuto a minuto, por un itinerario que el hombre había cubierto seis meses antes, iniciando después el regreso. Esta vez no fue tan meticuloso, pero no por eso despreció ningún dato. Al dar las cuatro, hora en que acostumbraba a subir a ver sus plantas, había desmenuzado el episodio que tuviera por escenario Cordoni's, dos cenas, una en el «Woodbine», de Westchester, y otra en el «Henkel's», de Long Island, además de una comida en el «Gaydo's», de la

calle Sesenta y Nueve.

Continué yo solo durante más de una hora, conforme al *modus operandi*, aproximadamente, de mi jefe, pero sin mucho entusiasmo. A mí me parecía que todo aquello podía haber sido reducido a una pregunta: «¿Durante el tiempo que estuvo usted saliendo con la chica, incluido el viaje al Canadá, vio a algún conocido?» Tras esto ya no cabía otra cosa que asegurarse de que no se produjera ningún vacío memorístico. Había innumerables probabilidades que la pareja hubiera sido vista en los restaurantes citados o paseando en el coche de él. Habían caminado por el centro de la ciudad, en pleno día... La

mañana de su partida para el Canadá, Laidlaw había aparcado su automóvil (dentro del cual se encontraba la joven) enfrente de su club, en tanto él entraba en el edificio a dar un recado.

Proseguí, no obstante, la labor que Wolfe me encomendara y cuando andábamos sobre el tercer día de estancia en el Canadá, en determinada zona de Quebec, sonó el timbre de la puerta. Salí a abrir, pero antes quise averiguar quién era nuestro visitante. Se trataba del inspector Cramer, afecto a la Brigada de Investigación Criminal.

No me sorprendió mucho su presencia en nuestra casa dados los últimos acontecimientos. Casi

instintivamente, al igual que Laidlaw en el despacho del fiscal del distrito, tomé una decisión. Fui el perchero y retiré de éste el sombrero y el abrigo de Edwin. Luego volví a entrar en el despacho para decir a nuestro cliente:

—Acaba de llegar el inspector Cramer. Indudablemente, viene en busca de usted. Salga por aquí. Vamos...

—Pero, ¿cómo...?

—No se preocupe de más ahora. — El timbre de la puerta sonó de nuevo—. ¡Vamos, muévase!

Me siguió hasta la cocina. Fritz se encontraba ante la mesa, preparando un ave. Me dirigí a él:

—El señor Laidlaw desea salir por

la puerta trasera lo más rápidamente posible. No tengo tiempo ahora para acompañarle porque Cramer acaba de llegar. Enséñale el camino inmediatamente y, ya sabes, no has visto nada.

Fritz se encaminó a la salida indicada, que da a nuestro jardín privado (de algún modo hay que llamar a ese espacio). La valla cuenta con una puertecita que se abre sobre un pasadizo entre edificios, desde el cual es muy fácil llegar a la calle Treinta y Cuatro. En cuanto los hube visto desaparecer el timbre sonó otra vez. Me dirigí a la entrada tranquilamente y aflojé la cadena del pasador, entreabriendo la

puerta al tiempo que preguntaba cortésmente:

—¿Deseaba algo de mí? Ya sabe que el señor Wolfe no estará visible hasta las seis.

—Abra, Goodwin.

—Sabe usted perfectamente cuáles son las órdenes que tengo. Entre las cuatro y las seis no puedo admitir visitantes, a menos que éstos sean para mí.

—Lo sé. Abra.

—De acuerdo. Viene usted a verme a mí —contesté abriendo la puerta del todo después de soltar la cadena.

Cramer se precipitó dentro, cruzó el vestíbulo y se perdió en el interior de la

oficina.

Cerré la puerta y marché en su busca, pero cuando llegué a ésta no se encontraba allí. La puerta de comunicación con el cuarto delantero se hallaba abierta. Al aparecer de nuevo ante mí, Cramer me preguntó con voz alterada:

—¿Dónde está Laidlaw?

Hice como si me sintiera dolido.

—Creí que era a mí a quien necesitaba. De haberlo sabido...

—¿Dónde está Laidlaw?

—Regístreme. Hay Laidlaw a montones, pero yo no tengo ninguno. Si lo que desea...

Cramer avanzó hacia la puerta que

daba al vestíbulo. Las normas para tratar con los agentes oficiales de la autoridad son contradictorias. Unas veces puede contenerse a aquéllos por la fuerza; otras, no. Era perfectamente legal lo que yo había hecho al principio: impedir a Cramer la entrada. Lo habría sido igualmente impedirle la subida al piso superior si hubiese mediado una puerta cerrada con llave que yo no quisiera abrir. En cambio, no me estaba permitido plantarme en el primer escalón y obstaculizarle el paso, por mucho cuidado que pusiera en no tener el más mínimo contacto físico con el policía. Esto tendrá sentido para los abogados; para mí no tiene ninguno.

En fin... Las cosas estaban hechas así y Cramer no ignoraba nada de esto. Ni tampoco las costumbres del dueño de la casa. Al verle subir por las escaleras no me molesté en gritar. Me limité a seguirle los pasos. Puesto que él estaba demostrando que en un momento como aquel carecía de modales, no habría constituido una sorpresa para mí verle girar en el primer descansillo para invadir el cuarto de Wolfe o hacer lo mismo en el segundo con objeto de inspeccionar el mío.

No sé si a Cramer le desagradan las orquídeas, porque éstas constituyen la afición de Wolfe. Lo cierto es que siempre que le he visto entrar en las

habitaciones en que se hallan las plantas no ha hecho el menor gesto que indicara que acababa de advertir su presencia. Claro que cuando Cramer ha venido a nuestra casa ha sido siempre por un motivo especial, generalmente obstinado en algo, o preocupado, lo cual hay que tener en cuenta al juzgar su actitud. En la fría habitación, utilizada como invernadero, en que habíamos entrado veíanse largas filas de odontoglossunzs, amarillas, rosadas, blancas moteadas, señalando los bordes del pasillo interior. En el cuarto tropical vimos híbridas «Miltonia» de tonos rosados, verdes y castaños: del recinto precedente habíanse adueñado las

«Cattleyas...» Al parecer Cramer desapareció en cierto momento de mi vista tras un montón de secos y empinados tallos de maíz.

La puerta de la habitación intermedia hallábase cerrada, como de costumbre. Cuando Cramer la abrió yo le seguí dentro. No me paré a cerrar aquélla, sino que rodeé al inspector para anunciar en voz alta:

—Dijo que venía a verme. En cuanto le dejé entrar marchó directamente a la oficina, de donde pasó a la habitación delantera, preguntando una y otra vez: «¿Dónde está Laidlaw? Al contestarle que aquí no guardábamos a ningún Laidlaw echó a correr hacia las

escaleras. Por lo visto anda tras un individuo llamado así.

Theodore Hortsman volvió la cabeza para echar un vistazo a nuestro intempestivo visitante, pero antes de que yo terminara de hablar se hallaba de nuevo absorto en su trabajo. Wolfe, en el otro extremo de la mesa, inspeccionando unos arbolitos, hizo el mismo gesto. Su mirada posóse en mí primero. Luego se fijó en Cramer.

—¿Ha perdido usted el juicio? —inquirió con aire indiferente.

Cramer, plantado en el centro del cuarto, le observó con atención unos segundos.

—Algún día... —comenzó a decir,

interrumpiéndose bruscamente.

—Algún día, ¿qué? ¿Recobrará el juicio, quizás?

Cramer dio dos pasos en dirección a Wolfe.

—Ya está usted importunando otra vez —le dijo a éste—. Goodwin ha convertido un suicidio en un asesinato... Ayer reunió a esas chicas en esta casa. Esta mañana han venido a verle los hombres que tomaron parte en la cena del martes. Esta tarde Laidlaw fue requerido para que nos hablara de algo que él se niega a discutir. A continuación se dirigió hacia aquí... Me consta que ha venido a verle. De ahí que yo...

—Si usted no fuera un inspector le

diría que eso es mentira. Como lo es, dejaremos la cosa en mentirilla o embuste. Usted no sabe que haya estado aquí.

—Sé que tomó un taxi, dándole al conductor esta dirección. Al ver que era seguido se apeó de aquél, introduciéndose en una cabina pública para telefonarle. Luego cogió otro taxi, que le llevó a un establecimiento que da a dos calles, saliendo por la opuesta a nosotros. ¿Adónde podía yo suponer que fue?

—Correcto. Usted supone que ha estado aquí.

—De acuerdo, sí, lo supongo. — Cramer avanzó un paso más hacia Wolfe

— ¿Ha visto usted a Edwin Laidlaw en el transcurso de las últimas tres horas?

—Esto es más de lo que uno podría creer —declaró Nero—. Usted no ignora con cuánta rigidez mantengo mis hábitos personales dentro de estos muros. Sabe perfectamente que no tolero que me molesten a lo largo de estas dos horas de descanso. Pese a ello entra en mi casa y no satisfecho aún, sube hasta aquí para hacerme una pregunta que yo no tengo por qué contestar. Así pues, se irá sin la respuesta correspondiente. Claro que lo mismo le ocurriría, en las presentes circunstancias, de preguntarme sobre cualquier otro asunto.

Dicho esto, Wolfe nos dio la espalda

al tiempo que se inclinaba para examinar atentamente un arbusto.

—Creo —dije yo en tono afectuoso dirigiéndome a Cramer—, que lo mejor sería que se proveyera de una orden de registro en regla. De este modo podría enviarnos una cuadrilla de agentes. Estos se dedicarían a buscar todo género de indicios. Por ejemplo: cenizas de cigarrillos, de la marca que ese hombre fuma. Usted, inspector, no ha podido olvidar todavía aquel día en que se presentó aquí con una orden de registro y un puñado de agentes, en busca de una mujer llamada Clara Fox. Inspeccionaron detenidamente toda la casa, incluido este cuarto... Pero fue

inútil. Más tarde habían de enterarse de que la citada señora había estado escondida en la habitación en que nos hallamos precisamente, dentro de una caja de embalaje cubierta de estiércol que Wolfe se entretuvo en regar concienzudamente. Hace unos instantes pensó que si echaba a correr escaleras arriba antes de que yo pudiese dar la voz de alarma lograría localizar a Laidlaw. Como no ha sucedido eso se ha quedado usted un poco desconcertado. ¿Por qué había de subir hasta aquí Laidlaw? ¿A discutir algo que no podía someter a la consideración de Wolfe en el marco de nuestra oficina? Al llegar a una casa debe usted quitarse siempre el

abrigo si no quiere pescar un resfriado al salir. Desde luego, su hombre estuvo aquí esta mañana, en compañía de los otros... Bueno. Al parecer conoce ese detalle. La persona que le ha informado a usted debiera...

Cramer dio la vuelta. Se iba ya. Yo le seguí.

CAPÍTULO XI

A las seis y cinco Saúl Panzer telefoneó. Mera rutina. Siempre que uno de ellos, o todos a la vez, emprendían una tarea llamaban a mediodía y poco después de las seis para dar cuenta de sus progresos o fallos y recibir nuevas instrucciones si esto era pertinente. Saúl dijo que hablaba desde un bar situado en la calle Ochenta y Seis, en Broadway. Wolfe, que acababa de bajar de las habitaciones superiores, le dispensó el honor de escuchar directamente sus

palabras alcanzando el teléfono que había sobre su mesa de despacho.

—Hasta ahora —dijo Saúl—, nuestra labor ha sido de exploración. Marjorie Betz vive con Elaine Usher en la calle Ochenta y Siete. Esta última es la arrendataria. Conseguí establecer contacto con la señorita Betz sin sacar mucho en limpio. La señora Usher se marchó el miércoles por la noche, y ahora no sabe dónde se encuentra ni cuándo regresará. Hemos hablado con dos operarios ascensoristas, el portero, cinco vecinos, catorce personas de diversa condición, localizadas en las tiendas de las inmediaciones y un taxista del que la señora Usher es cliente. Orrie

se ha lanzado en seguimiento de la doncella, que salió a las cinco y media. ¿Desean que les describa a Elaine Usher?

Wolfe respondió que no y yo que sí al mismo tiempo.

—Muy bien —dijo mi jefe—. Complazca a Goodwin, Saúl.

—Tendrá unos cuarenta años. Talla: cinco pies y seis pulgadas. Peso: ciento veinte libras. Ojos azules, bastante próximos entre sí. Rostro redondo. Tez en buen estado de conservación. Cabellos ligeramente castaños dos años atrás: rubios, actualmente. Los lleva sueltos, con un corte mediano. Viste bien, pero un tanto llamativamente. Se

levanta de la cama alrededor del mediodía. Me parece una afirmación un tanto arriesgada, puesto que no se basa en un dato concreto, pero creo que no trabaja en ninguna parte. No obstante, dispone siempre de dinero. Le gustan los hombres. Ocupa ese departamento desde hace unos ocho años. Nadie sabe de ningún hombre que pudiera ser considerado su esposo. Seis de las personas consultadas conocían a la hija, a Faith, y conservan un recuerdo excelente de ella. Han pasado cuatro años desde la última vez que la vieron y la señora Usher no habla jamás de su chica.

—Seguramente, todos esos detalles

nos serán de utilidad —gruñó Wolfe.

—Sí, señor. ¿Continuamos en ese sentido nuestras indagaciones?

—Sí.

—De acuerdo. Esperaré a ver si Orrie nos lleva a alguna parte con lo que averigüe por medio de la criada. De no dar resultado esto pondré en práctica dos ideas que se me han ocurrido. Quizá salga a la calle la señorita Betz esta noche... La cerradura del apartamento no presenta extraordinarias dificultades. Sólo Se trata de una "Wyatt».

—Estoy pensando en el taxista del que es parroquiana Elaine Usher... ¿No contrató ésta sus servicios el miércoles por la noche? —pregunté.

—Si hemos de creer a ese hombre, no. Fue Fred el que habló con él. Yo no le conozco. Fred opina que es sincero.

—Oiga... —le dije a Saúl Panzer—. «Sólo se trata de una "Wyatt"», nos ha dicho antes. Pero es que una «Wyatt» necesita algo más que el alambre de un sujetapapeles. Si acaso, podría acercarme con un juego completo de llaves y planear los dos...

—No —intervino Wolfe con firmeza—. A usted, Goodwin, le necesito aquí.

No me dijo para qué. En cuanto hubimos colgado nuestros auriculares, Wolfe me preguntó qué había hecho para que Laidlaw pudiera salir de la casa sin ser visto por ningún extraño. Luego me

pidió que escribiera un informe que abarcara mi hora y cuarto de conversación con él, informe que hubiese podido concentrar en una frase, indicando que la experiencia había sido un fracaso. Wolfe insistió en la redacción de tal documento hasta que sonó la hora de cenar. Yo sabía perfectamente lo que pensaba y él también lo que pasaba por mi cabeza. De haber salido para ayudar a Saúl en su propósito de entrar en el apartamento de Elaine Usher había una probabilidad contra un millón de que yo no me encontrara de regreso en la oficina a la mañana siguiente a su debido tiempo, para atender el teléfono.

Tras la cena, habiendo vuelto ya al despacho, Wolfe decidió que había llegado el momento de realizar algún esfuerzo especial por su parte. Quizá se debió eso a la expresión que observó en mi cara en el instante de incorporarse para coger un libro de las estanterías, tan pronto como nuestro Fritz entró para retirar el servicio de café.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Si yo deseo ver a Elaine Usher no es únicamente porque sé que su hija la odiaba. Existe otro hecho también interesante: su desaparición.

—Sí, señor. Pero que conste que yo no he dicho nada.

—Usted daba la impresión de estar

pensando en algo concreto. Supongo que se decía que tenemos dos débiles insinuaciones o sospechas con respecto a la posible identidad de la persona que envió esa nota anónima al fiscal del distrito.

—Yo no pensaba. He aquí una cosa que corre a su cargo. ¿Qué sospechas son ésas?

—Usted las conoce perfectamente. Primera. Austin Byne le dijo a Laidlaw que él había visto a Faith Usher en Grantham House. No la nombró. Laidlaw no reparó en su insinuante tono, pero esto merece tenerse en cuenta. Desde luego, no es posible aclarar tal extremo con Byne, puesto que con ello

traicionaríamos la confianza que nuestro cliente ha depositado en nosotros... Es decir, de momento.

—Consecuentemente, pasemos a la otra —propuse.

—Radica en la señorita Grantham. Ésta negóse a casarse con Laidlaw alegando una razón sorprendente: que no bailaba muy bien. Cierto es que las mujeres facilitan frecuentemente razones de carácter fantástico sin advertir siquiera que lo son, pero la señorita Grantham no se hallaba en tal caso. Si el motivo real de la negativa es que ese joven no es de su agrado habría intentado una excusa más plausible, a menos que le inspire tan sólo desprecio.

¿Le desprecia ella acaso?

—No.

—¿Por qué insultarle entonces?

Constituye un insulto rechazar una proposición de matrimonio, la suprema capitulación de un hombre, por un motivo baladí. Eso ocurrió hace seis meses, en septiembre. No es ocioso conjeturar que la auténtica razón fue que la joven tenía noticia de su aventura con Faith. ¿Es capaz la señorita Grantham de una reacción súbita, impensada?

—Probablemente.

—Estimo que debiera usted verla.

Creo que usted, Goodwin baila bastante bien, ¿no es así? Podría, sin descubrir el compromiso que hemos contraído con el

señor Laidlaw...

Sonó el teléfono y yo me volví para atender la llamada, deseando para mis adentros que fuera Saúl, necesitado de algunas llaves. No, no era él. Nuestro amigo no tiene voz de soprano. Sin embargo, se trataba de alguien que deseaba verme, inmediatamente. Contesté a la persona que llamaba que en el plazo de veinte minutos me reuniría con ella.

Colgué el auricular.

—No lo hubiéramos podido mejorar si tomamos nosotros la iniciativa. ¡Magnífico! Supongo que usted lo arregló todo con ella durante el tiempo que estuve ausente, tras Laidlaw. Le

hablo de Celia Grantham. Quiere verme. Urgentemente. Para contarme el por qué de su insulto a Laidlaw cuando éste formuló su proposición matrimonial. ¡Una maravillosa coincidencia por lo extraña!

—¿Adónde le ha dicho que vaya? —inquirió Wolfe con uno de sus gruñidos peculiares.

—A su casa. —Me encaminaba ya hacia la puerta de salida al vestíbulo, pero me volví para corregirme—. He querido decir la casa de su madre. Usted tiene ahí anotado su número de teléfono —añadí.

Como existían por lo menos veinte posibles razones para justificar a mis

ojos la llamada, excluyendo las de carácter personal, y ella no me había facilitado el más leve indicio, ¿a qué torturarse haciendo mil suposiciones cuando además no tardaría en hablar con Celia? No obstante, en el instante de oprimir el botón del timbre, dentro del vestíbulo de la lujosa mansión, enclavada en la Quinta Avenida, había revisado mentalmente media docena de motivos aceptables.

Me pregunté qué vería Hackett en mí. ¿El invitado? ¿El detective? El hombre no se vio obligado a enfrentarse con semejante problema. Celia se encontraba a su lado y fue ella quien le entregó mi abrigo una vez me lo hube

quitado. Luego, la joven, cogiéndome del brazo, me llevó a una habitación situada a la derecha del pasillo, cerrando tras de sí la puerta.

—Mamá quiere verte —me dijo en seguida.

—¿Eh? ¿Pues no eras tú...?

—He servido un poco de señuelo...

El jefe de la Policía se encuentra en esta casa. Deseaban verte, pero pensando en que tal vez tú no quisieras acudir a su llamada recurrieron a mí. Accedí porque yo también pretendía hablar contigo. Están en el salón musical... Antes que nada respóndeme a esta pregunta, Archie:

¿Qué había entre aquella chica, Faith

Usher, y Edwin Laidlaw?

Esto trastornaba todos nuestros planes. Wolfe había creído que yo podría desenvolverme bien sin enseñar las cartas. Ahora resultaba que Celia se adentraba en el secreta de Laidlaw, que me azuzaba, y yo tenía que fingir ignorancia.

—¿Laidlaw, has dicho? No sé nada, chica —contesté denegando con un movimiento de cabeza—. ¿Por qué me preguntas eso?

—¿No sabes nada?

—No. ¿Por qué has supuesto lo contrario?

—Me imaginé que no era así, ya que tú has sido el que ha movido este asunto.

Fíjate, Archie: es posible que algún día me case con ese hombre... ya que tú has resultado ser un granuja. Me baso para afirmar tal cosa en una información personal, de carácter reservado, pero carente de garantía. ¿Eres, efectivamente, un granuja?

—Me dedicaré a pensar en ello y ya te haré saber la respuesta. ¿Qué hay de lo de Laidlaw y Faith Usher?

—Eso era lo que quería averiguar. La Policía nos ha preguntado si sabíamos que hubiera habido alguna relación entre Edwin y Faith. Por supuesto que no debió existir nada entre ellos. Al parecer ha llegado a manos de los agentes una carta anónima. Pienso en

esto porque nos han hecho escribir unas líneas en nuestras máquinas, que son cuatro... no, cinco en total: la de Hackett, la de Cece, la mía y dos más que tiene mamá en el despacho. ¿Me estás engañando de nuevo? ¿De verdad que tú no sabes nada?

—Lo que me has contado —respondí dándole a Celia unas palmaditas en el hombro—. Chica, no vaciles en llamarme si alguna vez te encuentras en un aprieto. No tendré el menor inconveniente en colaborar contigo dadas tus condiciones. Eres una especie de detective femenino... Ahí está para abonar mi afirmación esa pieza deductiva, la de las muestras de

escritura de todas las máquinas. Las obtuvieron finalmente, ¿verdad?

—Sí. Ya supondrás cómo se puso mi madre, pero se salieron con la suya.

Repetí las palmaditas en el hombro de mi interlocutora.

—No permitas que nadie destrozé tus proyectos matrimoniales. Indudablemente, esa gente recibió un anónimo. Es igual. Éstos no suelen servir para nada. Dijera lo que dijera la carta nada puede probar tampoco. Sucedería lo mismo si yo afirmase ahora que Laidlaw era el padre del hijo de Faith Usher. Los que se dedican a enviar anónimos...

—Ése no es el caso —objetó Celia

— Si Edwin fuese el padre del pequeño yo sabría que de casarme con él podríamos constituir una familia. Tal es mi deseo. Lo que mas me preocupa es que pueda llegar a verse metido en algún conflicto. De otro lado, tú no podrías ayudarle...

La señora Irwin había comprendido a la perfección el carácter de Celia. La hija de Grantham tenía sus puntos de vista personales.

—Ahora haz lo que más te plazca — prosiguió Celia diciendo—. Si temes enfrentarte con mamá y el jefe de Policía ya sabes dónde está tu sombrero y tu abrigo. Me desagrada ser utilizada como cebo. Les comunicaré que recelabas

algo y optaste por marchar.

Se me presentaba un dilema. La idea de charlar con la señora Robilotti no me atraía nada, pero pensaba que quizás, irritándola un poco, consiguiera hacerle decir alguna cosa interesante. Con Skinner, el jefe de Policía, se me ofrecía otra oportunidad de continuar jugando al corro... Sin embargo, podía valer la pena saber por qué se habían tomado la molestia de utilizar a Celia como cebo. En consecuencia, declaré a esta última que no me hubiera perdonado nunca tener un gesto tan descortés con su madre. La chica me acompañó entonces hasta el salón musical, en el piso superior, donde los caballeros nos

habíamos reunido con las damas la noche de la cena, después de una sobremesa en la que el coñac brilló por su ausencia.

Encontrábase allí Cecil, junto a una ventana, de pie. Los señores de Robilotti hallábanse sentados en compañía de Skinner en el extremo más alejado de una mesa provista de diversas bebidas, entre las cuales no figuraba el champaña. Al acercarnos Celia y yo, Robilotti y Skinner se levantaron, pero sin tenderme la mano. La mujer del primero irguió la huesuda barbilla para mirarme, sin producir el efecto por ella perseguido. Es muy difícil abarcar con una mirada de

superioridad la figura de otra persona encontrándose ésta de pie y nosotros sentados.

—El señor Goodwin viene a verles sin que yo le haya forzado lo más mínimo —explicó Celia—. Le advertí que ustedes se habían reunido aquí arriba. Señor Skinner: le presento al señor Goodwin...

—Nos conocemos —declaró el jefe de Policía.

A juzgar por su tono, el recuerdo avivado por mi presencia tenía bien poco de grato. Skinner había encanecido más desde la última vez que nos viéramos, un par de años atrás. Asimismo, observé en su rostro dos

nuevas arrugas.

—He de decir —me comunicó la señora Robilotti—, que hubiera deseado no verle a usted más por mi casa.

Skinner posó la vista en ella.

—Louise, por favor. —A continuación, después de pronunciar esas tres palabras, tomó asiento, mirándome atentamente—. Esto se sale de lo oficial, Goodwin. Albert Grantham fue mi amigo más íntimo y querido. Su disgusto hubiese sido grande de haber presenciado una cosa, como la que ocurrió aquí. Le debo...

Celia intervino:

—También le habría disgustado enormemente llamar a alguien, verle y

no invitarle siquiera a sentarse.

—Cierto —repuso Robilotti—. Siéntese, Goodwin.

No sé ni cómo tuvo el hombre valor para hablar.

—Quizá dé igual —alegué sin apartar la vista de la señora Robilotti. Desde donde yo me encontraba su carencia de atributos y líneas femeninas era más patente—. Su hija me dijo que quería verme. ¿Para qué? ¿Para comunicarme que no sería bien recibido en esta casa?

—Acabo de vivir los tres peores días de mi existencia —me contestó la madre de Celia—. Le considero a usted el responsable de ello. He pasado por

una experiencia anterior con usted, con usted y el hombre a cuyas órdenes trabaja, y debí habérmelo pensado mejor antes de admitirle entre nuestros invitados. Creo que usted es capaz de recurrir al chantaje. Sí. Eso es lo que proyecta. He de decirle que no obtendrá nada de mí, y que si intenta...

—Cállate, mamá —dijo Cecil—. Eso es una calumnia.

—Que además no nos lleva a ningún lado. Como ya he declarado antes, Goodwin, esto es una gestión personal, reservada, particular. Ninguno de mis colegas sabe que me encuentro en esta casa, ni siquiera el fiscal del distrito. Supongamos algo... Sólo se trata de una

suposición. Supongamos que el martes por la noche, al suceder lo que usted trataba de impedir, se sintió exasperado... Era lógico. En la confusión del momento salta usted entonces manifestando que cree que Faith Usher ha sido asesinada. Desde ese instante su declaración le compromete. Ésta pasa de los guardias al inspector Cramer, luego al fiscal del distrito...

Skinner sonrió. Conocía bien aquella sonrisa y lo mismo le ocurría a mucha gente.

—Otra suposición —prosiguió diciendo—. Simple suposición también. Sobre la marcha, más bien al principio

de este asunto, usted y Wolfe pensaron en que las personas complicadas en el mismo son ricas y de excelente posición. Las molestias derivadas de una investigación criminal podían dar lugar a que cualquiera de ellas quisiera utilizar los servicios de un detective privado. Si esto fuese un hecho real en lugar de una suposición tanto usted como Wolfe se habrán convencido de que sus esperanzas carecían de fundamento. Ninguna de esas personas va a ser tan necia que se decida a recurrir a ustedes. No habrá, pues, beneficio económico.

—¿Puedo hacer comentarios de vez en cuando o he de esperar a que usted termine? —inquirí.

—Haga el favor de dejarme terminar. Comprendo su posición. Me hago cargo de que es muy difícil que usted ahora se presente espontáneamente en el despacho del inspector Cramer para declarar que se hallaba en un error. Por lo tanto, le voy a sugerir otra cosa. Le sugiero que vuelva esta noche por aquí, a fin de efectuar un detenido examen del escenario del suceso. Comprobará usted distancias, posiciones, etc. Llegará así a la conclusión de que obró un poco precipitadamente. Reconocerá que es posible que Faith Usher envenenara su propio champaña... Si ése es el veredicto policíaco, no intentará

desmentirlo.

Desde luego, yo me comprometo en un sentido: le aseguro que nadie le importunará. Me imagino que querrá consultar con Wolfe antes de darme una respuesta definitiva, pero deseo oír ésta cuanto antes. Puede telefonar a su jefe desde aquí o, si lo prefiere, desde una cabina pública. Es decir, si quiere hablar con él personalmente. Le esperaré. En todo esto hemos ido ya demasiado lejos. Creo que mi sugerencia es razonable y justa.

—¿Ha terminado usted? —quise saber.

—Sí.

—Bueno. Por mi parte podría hacer

ahora algunas suposiciones también, pero, ¿para qué? Además, mi posición es desventajosa. Mi madre me enseñó a no permanecer más tiempo del estrictamente necesario en los lugares en que mi presencia no era grata. Ya ha oído usted a la señora Robilotti. Tal vez les parezca un hombre excesivamente sensible. Lo cierto es que ya he agotado mi capacidad de resistencia.

Di la vuelta y salí de la habitación. Percibí unas voces a mis espaldas: la de Skinner, la de Celia, la de Robilotti. Sin embargo, continué avanzando en dirección a la calle.

CAPÍTULO XII

SI con objeto de pasar el rato, sencillamente, uno intentara decidir sobre la declaración más engreída que había oído o leído en su vida, ¿cuál elegiría? La otra noche una amiga mía trajo este tema a colación, escogiendo la frase de Luis XIV: «L'état c'est moi.» Yo no tuve necesidad de recurrir a la Historia. Para mí la frase en cuestión era: «Esa gente me conoce» Por supuesto, mi interlocutora quiso saber en seguida quién la había pronunciado y

cuándo. Yo se lo dije, puesto que desde el día anterior todos conocíamos la identidad del asesino de Faith Usher y el caso había quedado resuelto.

La frase citada era de Wolfe y fue pronunciada por éste cuando a mi regreso a casa aquel viernes por la noche le pasé el informe de mi visita a los Robilotti.

—Ya ve usted qué situación más paradójica —fue mi comentario—. Todo un jefe de Policía, un fiscal y un inspector andando de cabeza... ¿Por qué? Por temor a que un oscuro ciudadano, un hombre del montón, levante la voz protestando al oírles asegurar que Faith Usher se suicidó.

—Esa gente me conoce —replicó Wolfe.

En mi opinión, su historial profesional justificaba ampliamente esas palabras. Aquella gente, en efecto, le conocía bien. Habiendo juzgado el caso como un suicidio, ¿qué ocurriría si al cabo de una semana o de un mes mi jefe llamaba al teléfono WA 9 – 8241 para rogar a los agentes que fueran a verle con objeto de entregarles el criminal y la prueba de su delito? No es que el inspector Cramer y los otros tuviesen la seguridad de que iba a pasar esto, pero anteriores experiencias les obligaban a creer en semejante posibilidad.

Después de decir esas cuatro

palabras, Nero Wolfe cogió tranquilamente el libro que por aquellos días estaba leyendo.

Varias horas después, ya dentro del sábado, tuvimos unas palabras. La explosión se produjo al final de la comida. Saúl había telefoneado a las ocho y media, cuando yo apuraba mi segunda taza de café, para informar que no había habido ningún progreso. Marjorie Betz había estado en el departamento toda la noche y, por lo tanto, la cerradura «Wyatt» continuaba intacta. A medio día nuestro hombre volvió a telefonar. Dio cuenta de diversas cosas, pero todo, en conjunto, seguía igual. A las dos y media, en el

instante en que regresábamos a la oficina, tras la comida, sonó de nuevo el teléfono. Esta vez sí había una novedad importante. Habían localizado a la mujer. El mozo de una agencia había penetrado en el apartamento, saliendo después con una maleta en la mano de cuya asa colgaba una etiqueta. Naturalmente, esto era pan comido. Saúl y Orrie penetraron en un coche del «metro», pisándole los talones al recadero. En la etiqueta leyeron: «Señorita Edith Upson, habitación 911, Hotel Christie, Lexington Avenue, 523. En la maleta aparecían estampadas las iniciales «E U»

Vigilar a una persona alojada en un

hotel resulta algo complicado, pero esto corresponde a una situación que puede dominarse. Saúl habíase adentrado en el hotel, adelantándose a los otros, subiendo al piso noveno. Aquí se deslizó a lo largo de un pasillo, enfilando la habitación 911 en el momento en que la puerta se abría para que pasara el recadero portador de la maleta. La descripción de Elaine Usher se acomodaba a Edith Upson... Saúl sintió en seguida la tentación de abordarla, pero (por algo era Saúl) se contuvo a tiempo, decidiendo retirarse para consultarnos por teléfono. ¿Íbamos a darle instrucciones o procedía por su cuenta y riesgo?

—Necesita usted a alguien que le ayude —contesté—. Estaré ahí dentro de doce minutos. ¿Dónde...?

—No —ordenó Wolfe desde su teléfono—. Continúe sus indagaciones, Saúl. Actúe como mejor le parezca. Tiene a su lado a Orrie. Se desenvolverán perfectamente. Traiganla aquí.

—Sí, señor.

—No la fuercen, pero traiganla.

—Sí, señor.

Fue entonces cuando hubo aquella escaramuza entre nosotros. Colgué el teléfono, bastante ruidosamente por cierto, y me puse en pie.

—Hoy es sábado —dije—. Me he

ganado el cheque de esta semana. Y necesito el sueldo de un mes para considerarme indemnizado por los perjuicios que me ocasiona esta ruptura...

—¡Uf!

—Nada de ¡uf! Vamos a dar fin a nuestras relaciones. Han pasado ochenta y ocho horas desde el momento en que vi morir a esa chica y la única idea brillante, si es que puede ser utilizado tal calificativo, que ha tenido usted ha sido lanzarse en seguimiento de la madre de la víctima. Me niego a permanecer aquí tranquilamente mientras Saúl realiza tal trabajo. Saúl no es diez veces más inteligente que yo,

sino dos en todo caso. El sueldo de un mes...

—Cállese.

—Con mucho gusto.

Me acerqué a la caja de caudales para sacar el libro de cheques, que a continuación me llevé a la mesa.

—Archie.

—Ya he callado —contesté abriendo el talonario.

—Esto es natural. Sucede entre nosotros, dos seres vivientes, y cuando forma parte de la vida constituye un fenómeno natural. Usted es terco; yo dominante... Nuestra mutua tolerancia es un verdadero milagro. No tuve una idea, sea ésta brillante o no; tuve dos. Hemos

descuidado a Austin Byne. Han pasado dos días con sus noches desde la última vez que usted le vio. Estimo que merece mejor atención por nuestra parte ya que fue él quien le llevó a esa cena, fingiendo una indisposición; él quien le dijo a Laidlaw que había visto a la señorita Usher en Grantham House; él quien escogió a la chica para invitarla... Le sugiero que se ocupe de ese hombre, Archie.

Volví la cabeza, aunque sin cerrar el libro de cheques.

—¿Y qué le parece que puedo hacer? —inquirí—. ¿Decirle que no me han agradado sus explicaciones y que no necesito que me dé otras?

—Tonterías. Usted no es tan ingenuo como para eso. Vigílele. Sondéele.

—Ya lo hice. Usted conoce las manifestaciones de Laidlaw. No se sabe de dónde proceden sus ingresos, pero cuenta con un apartamento y un coche. Juega además al póquer y no pasa apuros por ello. Si le considera probable autor de este crimen, en el caso también de que de este encontronazo nuestro salgamos indemnes, echaré un vistazo a su piso. ¿Va usted a decirme que quiere verle?

—No. ¿Qué presión puedo ejercer sobre él? Lo único que creo es que nos hemos desentendido demasiado de Byne. Si usted inicia otro acercamiento habrá

de ser a cuerpo descubierto, sin que medie un pretexto. Tal vez fuera lo mejor someterlo a una estrecha vigilancia.

—¿Son ésas sus instrucciones dando por sentado que acepto el aplazamiento por lo que al cobro de este cheque respecta?

—Sí.

Al menos podría respirar un poco de aire fresco y huir por espacio de unas horas del «milagro de nuestra mutua tolerancia». Volví a poner el libro talonario dentro de la caja, cogí veinte billetes de a diez dólares del sitio en que guardábamos el dinero para los gastos, le dije adiós a Wolfe y salí al

vestíbulo, en busca de mi abrigo y mi sombrero.

Hay que empezar por saber dónde para un hombre para dedicarse a seguirlo. En este aspecto mi fallo era evidente. Byne podía hallarse en Nueva Jersey, en Brooklyn, en cualquier otro Estado, en un garito jugando al póquer, en cama, resfriado, o paseando por el parque. Recorrí a pie las dos millas que me separaban de la calle Bowdoin. En la esquina de la de Arbor vi una cabina pública del servicio de Teléfonos. Una vez dentro marqué el número de Byne. No contestó nadie. Al menos logré averiguar dónde no estaba. Una vez más hube de reprimir una irresistible

tentación. Siempre lo es jugar con cerraduras, y uno de los mejores procedimientos para afinar el oído es penetrar a escondidas en el domicilio de alguien y mientras se va de un lado para otro con la pretensión de descubrir una cosa que resulte interesante percibir el rumor de unos pasos en las escaleras o el de un ascensor funcionando. Si uno no oye esos ruidos a tiempo es que sus órganos auditivos no se encuentran en las debidas condiciones. Lo preferible en tal caso, salido ya del trance, es buscarse una actividad más acorde con las facultades propias.

Habiendo vencido aquella tentación descendí por la calle en dirección a un

establecimiento que descubriera por aquellas inmediaciones el jueves por la tarde. Contaba el mismo con un artístico rótulo con las letras festoneadas de guisantes. Amy's Nook¹ creo que rezaba. En el momento de entrar en él eran las cuatro y doce minutos en mi reloj de pulsera. Entre esa hora y las seis y cuarto, es decir, en el espacio de poco más de dos horas, me comí cinco raciones de pastel, probé los tomates, las manzanas y el chocolate del local, bebí cuatro vasos de leche y dos tazas de café... Estaba sentado ante una mesa situada junto a una de las vitrinas de la fachada y desde mi sitio podía ver la entrada que ostentaba en su parte

superior el número 87, al otro lado de la calle un poco más arriba. Para que nadie se sintiera curiosa al observar mi prolongada permanencia allí o mis variadas y continuas consumiciones, saqué mi libro de notas, poniéndome a dibujar esbozos de un gato durmiendo sobre una silla. Incidentalmente, debo hacer constar que el pastel era riquísimo. Me habría gustado llevarle un pedazo a Fritz. A las seis y cuarto oscurecía ya en la calle. Pedí la cuenta y en el instante en que me guardaba la cartera en el bolsillo vi que un taxi se detenía delante del número 87, Dinky Byne se apeó de aquél, encaminándose a su entrada. Al llegar mi cambio entregué

una propina al camarero diciéndole:

—Para el gato.

Tras lo cual abandoné el establecimiento.

La estancia, dentro del portal que caía enfrente del número 87, distaba mucho de ser grata. Durante la noche hay que acercarse más al objetivo que de día, por buena que sea la vista dé uno. Sólo podía esperar que Dinky no se decidiese a pasar toda la velada sentado en cualquier rincón con un libro en la mano, o entregado, simplemente, a sus reflexiones. Pero eso no parecía probable, ya que tendría que cenar. Ignoraba si se preparaba él mismo la comida. Luego se iluminaron las

ventanas del quinto piso, lo cual me obligó a levantar la cabeza cada medio minuto, aproximadamente, para ver si acababan por apagarse las luces. La nuca me estaba comenzando a doler a causa de aquel ejercicio cuando ocurrió esto, a las siete y dos minutos. Al poco, Byne abandonaba el vestíbulo, girando hacia la derecha ya en la calle.

Seguir a un hombre solo por Manhattan, aunque éste no tenga nada de hábil, es una broma. Si de repente decide tomar un taxi... Si... La experiencia encierra innumerables circunstancias azarosas y todas se plantean en favor del perseguido. Pero, desde luego, el juego es tanto más

emocionante y divertido cuanto más riesgos encierre. Después, la satisfacción que se experimenta por haber vencido todas las dificultades es mayor.

Naturalmente, la persecución es siempre más fácil de noche. Ahora bien, lo nuestro se redujo a un sencillo paseo de diez minutos. Byne se encaminó a Arbor, cruzó la Séptima Avenida, y cubrió el espacio de tres manzanas hacia la izquierda y una en sentido ascendente, cruzando una puerta en la que distinguí un rótulo: "Tom's Joint»[2](#).

Así es cómo uno queda inutilizado en tales trances. Yo no podía entrar allí. No me cabía más recurso que el de

buscar un escondite y hallé uno perfecto: un estrecho pasadizo entre dos edificios, casi en sentido perpendicular a la calle.

Dentro de aquél podía avanzar hasta diez pies, completamente a oscuras casi, sin perder por ello de vista la entrada de Tom's Joint». Además di con un objeto de hierro, en el que me sería posible sentarme si me apetecía un pequeño descanso.

No pasó tanto tiempo como para eso. Cinco minutos después, repentinamente, vi que alguien se disponía a hacerme compañía. Un hombre acababa de deslizarse en el pasadizo y habiéndome descubierto avanzaba en la oscuridad. Una cuestión que hemos discutido en

varias ocasiones (¿cuál de los dos tiene mejor vista?), quedó decidida en el acto, al hablar él y yo simultáneamente.

—Archie.

—Saúl.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —le pregunté.

—¿Anda usted detrás de ella también? —inquirió él a su vez—. Debiera habérmelo dicho.

—Yo voy siguiendo a un hombre. ¿Dónde está su perseguido?

—Al otro lado de la calzada. Dentro de «Tom's Joint».

Acaba de llegar.

—¿Debemos ver en esto una simple coincidencia? El señor Wolfe suele

decir que en un mundo como el nuestro, que se mueve al azar, hay que esperar que se den azares. Ahora, no de este tipo. ¿Ha hablado con ella? ¿Le conoce a usted?

—No.

—Mi hombre sí que me conoce. Se llama Austin Byne. Señas: seis pies y una pulgada, ciento setenta libras, muy flaco. Ronda los treinta años. Cabellos y ojos castaños. Entre y eche un vistazo a los dos. Le apuesto lo que quiera a que éstos están juntos.

—Jamás apuesto tratándose de algo fatal, inevitable —me contestó Saúl marchándose.

Los cinco minutos que estuvo fuera

me parecieron cinco horas. Me senté y me levanté hasta tres veces durante la ausencia de Saúl.

Al volver me comunicó:

—Ocupan una mesa apartada del fondo del local. No les acompaña nadie. Él está comiendo ostras.

—Pronto entretendrá el apetito con cosas menos gratas a su paladar. Ése cantará la palinodia a no mucho tardar. ¿Qué desea por Navidades, Saúl?

—Siempre he tenido deseos de poseer su autógrafo.

—Lo tendrá. Lo tatuaré además sobre su piel. Ahora nos enfrentamos con un problema. Ella es de usted y él es mío. Habiéndose unido la pareja, ¿quién

ha de mantenerse al frente de esta tarea?

—Es muy fácil, Archie: que lo decida el señor Wolfe.

—Supongo que habrá de ser así. Bueno. Si ese individuo está comiendo ostras nos dará tiempo de sobra para telefonar. ¿Quién va? ¿Usted o yo?

—Usted.

—¿Qué ha sido de Orrie?

—Extraviado. Él aguardaba a esa dama a pie y yo dentro de un coche. Luego ella tomó un taxi.

—Bueno, Saúl. Me voy. Usted siéntese, como si estuviera en su casa.

La cabina telefónica del bar de la esquina se hallaba ocupada, por lo que tuve que esperar, cosa de la que me

encontraba harto, ya que en los últimos cuatro días no había hecho otra cosa. Pero al cabo de unos minutos aquélla quedó libre. Entré, cerré bien la puerta y marqué el número que tan bien conocía. En cuanto oí la voz de Fritz le dije que deseaba hablar con Wolfe.

—¡Pero, Archie! ¡Está en la mesa!

—Lo sé. Dile que es urgente.

Encontré un inesperado placer en aquello. Tenía una excelente excusa para interrumpir la cena de mi jefe. Son demasiadas normas ya... Oí su voz, en un rugido.

—¿Qué hay?

—He de informarle de algo. Saúl y yo hemos discutido. Él cree...

—¿Qué diablos hace usted con Saúl?

—Voy a explicárselo. En su opinión, yo debía telefonarle a usted. Tenemos un problema... Yo he seguido a Byne hasta un restaurante y Saúl siguió a la señora Usher hasta el mismo local. Ahora la pareja se halla reunida dentro de éste. Byne se entretiene comiendo ostras. Nuestra pregunta es: ¿quién se hace cargo del mando? ¿Saúl o yo? La única manera de saldar la cuestión sin violencia era que decidiese usted.

—A la hora de la cena... —replicó Wolfe débilmente. No hice ningún comentario. No es que se quejara de la interrupción. Lo que él lamentaba era

que sus dos «brillantes ideas» hubiesen elegido aquel momento para la cita.

—¿Hay alguien con ellos? —me preguntó.

—No.

—¿Se saben descubiertos?

—No.

—¿No hay modo de escuchar una conversación, naturalmente, sin que se den cuenta?

—Quizá... Bueno. Yo lo dudo.

—Perfectamente. Pues tráiganlos aquí. No hay prisa, puesto que no he hecho más que comenzar a cenar. En cuanto ellos les descubran procuren evitarles cualquier oportunidad de hablar a solas. ¿Han cenado ustedes?

—Yo estoy a punto de reventar de tanta leche y tarta como he consumido esta tarde. No sé si Saúl habrá comido algo. Ya le preguntaré.

—Hágalo. Si acaso podría venir y cenar en casa... No. Quizá le necesite usted.

Después de esta conversación telefónica me reuní con Saúl de nuevo.

—Quiere que se los llevemos. Naturalmente. Dentro de una hora, ¿no le parece? Acababa de sentarse a la mesa. ¿Usted sabe qué es un genio? Un genio es un tipo que fuerza los acontecimientos sin tener la más remota idea de que van a producirse. Un truco como otro cualquiera. Nuestro genio deseaba saber

si usted había comido algo. ¿Vamos a entrar a por ellos o esperamos que salgan?

Una y otra cosa tenía sus pros y sus contras y después de una breve discusión quedó decidido que Saúl penetrara en el establecimiento con objeto de echar un vistazo a los comensales. Cuando le pareciera que ya habían comido bastante o si observaba que se disponían a partir saldría, me haría una seña y yo entonces penetraría en el local, uniéndome a él en la vigilancia, en las proximidades de la mesa ocupada por la pareja.

Los dos debían estar acostumbrados a comer rápidamente porque no habrían

transcurrido más de diez minutos cuando Saúl se asomó a la puerta. Levantó una mano y al verme avanzar volvió a perderse en el interior del fonducho. No necesité más de cinco segundos para adaptarme a la atmósfera de humo y al ruidoso ambiente del local. Inmediatamente localicé la mesa. Alguien estaba acorralando a Byne en el reducido espacio de aquel rincón.

El hombre miró a su alrededor. Iba ya a decir algo cuando fijó sus ojos en mí.

—Hola, Dinky —saludé—, Dispéñseme por entretenerle, pero quiero presentarle a un amigo: el señor Panzer. Saúl: le presento a la señora

Usher y al señor Byne. ¿Le importa que nos acomodemos aquí, señora Usher?

Byne había comenzado a levantarse, pero esto no podía hacerse allí, en aquellas condiciones, sin peligro de derribar la mesa. Volvióse a sentar. Abrió la boca para cerrarla en seguida. Elaine Usher derramó el contenido del vaso que tenía en la mano. Saúl se instaló a su lado, cogiéndole el vaso.

—Déjeme salir —dijo Byne—. Déjenos salir si no quieren que me eche encima de ustedes. Su nombre es Upson. Edith Upson.

Moví dubitativamente la cabeza.

—Será peor para usted si pretende iniciar una riña. El señor Panzer conoce

bien a la señora Usher aunque ella no sepa quien es él. Calmémonos. Consideremos la situación. Deben existir...

—¿Qué desean ustedes?

—Estoy tratando de decírselo.

Deben existir muy justificadas razones para que se hayan decidido a concertar una cita en este infecto tugurio. El señor Panzer es muy curioso. Yo también. E igualmente el público, la Prensa, la Policía, el fiscal del distrito y Nero Wolfe... Ahora bien, me desagradaría tener que oír sus explicaciones en medio de este ensordecedor tumulto. Una de dos: o el señor Panzer telefona al inspector Cramer con el fin de que nos

mande un coche, y mientras nosotros charlamos, o les acompañamos a casa del señor Wolfe para que hablen con él. Elijan ustedes lo que más gusten, pero háganlo pronto.

Byne habíase recobrado un poco. No en balde poseía una gran experiencia como jugador de póquer. Dinky dejó caer una mano sobre mi brazo.

—Nada hay de particular en esto, Archie. Parecerá extraño vernos a los dos aquí juntos, pero... Conozco a la señora Usher desde hace un año. Fui a visitarla cuando su hija entró en Grantham House. Al entrar aquí esta noche y verla es natural que, después de todo lo que ha ocurrido, le hablara y...

—Ahórrese esas palabras, Dinky. Telefonea a Cramer, Saúl.

Éste inició la acción de ponerse en pie. Byne le retuvo cogiéndole de una manga.

—Aguarde un momento. ¡Diablos! ¿Es que se niegan a escucharme ahora? Yo...

—No. Nada de discursos —le contesté—. Tiene usted un minuto para decidirse. —Eché una mirada a mi reloj de pulsera—. Dentro de un minuto nos marcharemos los cuatro a casa de Nero Wolfe o telefonearemos a Cramer. Ya está. Ya ha pasado el minuto. Vámonos.

—Nada de Policía —dijo la señora Usher—. ¡No, por favor! Nada de

Policía...

—Si accedieran a oírme... —insistió

Byne.

—No. Han pasado cuarenta segundos más.

No era cierto. Sólo habían pasado diez cuando Austin Byne irguió la cabeza buscando al camarero para pedirle la cuenta.

CAPÍTULO XIII

MIENTRAS contemplaba a Elaine Usher desde detrás de mi mesa pensé que la descripción de Saúl Panzer, hecha a base de datos recopilados aquí y allá, había resultado bastante precisa. La madre de Faith, sentada en aquellos momentos en el sillón tapizado de cuero rojo, poseía, efectivamente, un rostro de forma ovalada, sus ojos eran azules y rondaría los cuarenta años. Yo habría fijado su peso en las ciento quince libras en lugar de las ciento veinte señaladas

por Saúl. Tal vez hubiera perdido algún peso en los últimos cuatro días, sin embargo. Yo la había acomodado en aquel sillón porque deseaba que Byne cayera lo más cerca posible de mí. Panzer se encontraba al otro lado de aquél, teniendo a su izquierda a Elaine Usher. Pero la disposición de estos personajes dentro de la escena fue pronto alterada.

—Preferiría hablar con ustedes dos separadamente —dijo Wolfe—. No obstante, antes que nada quiero evitar que se produzcan malas interpretaciones. Pretendo preguntarles algunas cosas, pero que conste que se someten voluntariamente a mi

interrogatorio. Pueden, en estos instantes o en cualquier momento de nuestra conversación, levantarse y abandonar mi casa. Si proceden así habrán terminado conmigo. En adelante se las entenderán con la Policía. Quería poner esto en claro para impedir que dancemos de un lado para otro. Si desean irse, váyanse cuando gusten.

Wolfe hizo una profunda inspiración. Acababa de llegar del comedor. Allí mismo había tomado su café mientras yo le informaba sobre nuestro encuentro en «Tom's Joint».

—Vinimos aquí bajo la presión de una amenaza —objetó Byne.

—Es cierto. Y es esa amenaza la que

yo utilizo también para retenerles.

En el instante en que prefieran lo otro no tienen más que marcharse. Primero, señora, desearía hablar a solas con el señor Byne. Saúl: acompañe a la señora Usher a la habitación vecina.

—No se vaya —le dijo a ella Byne—. Quédese aquí.

Wolfe volvió la cabeza hacia donde estaba yo.

—Tenía usted razón, Archie. Es incorregible. No vale la pena intentar nada. Telefonee al inspector Cramer.

—No —medió Elaine poniéndose en pie—. Me iré.

Saúl se había levantado ya.

—Por aquí —dijo dirigiéndose a la

madre de Faith Usher, abriendo a continuación la puerta del otro cuarto y cediendo el paso a la mujer.

En cuanto los dos se hubieron ido Wolfe fijó la mirada en Byne.

—Ahora, señor, al hablar, no se moleste en levantar la voz. Ese muro y esa puerta han sido hechos a prueba de ruidos. Goodwin me ha puesto al corriente de las explicaciones que dio hallándose con la señora Usher en aquel establecimiento. ¿Espera usted que yo las acepte?

—No —contestó Dinky.

Lógico. Había tenido tiempo para reflexionar y decirse que eso era lo que tenía que ocurrir. ¿Cómo se había

enterado de que ella era la madre de Faith? No ciertamente por mediación de la señora Irwin, ni a través de los documentos conservados en Grantham House. ¿Debería la información a alguna de las compañeras de la víctima?

Todo resultaba demasiado confuso.

—¿Qué otras razones arguye usted ahora en sustitución de las anteriores?

—Hablé de aquella manera a Goodwin porque la verdadera explicación habría sido embarazosa para la señora Usher. Ahora ya no puedo soslayarla. La conozco desde hace tres años. No obstante, sólo desde hace uno somos íntimos amigos. Ella, probablemente, negará esto. Estoy

seguro. Es natural...

—¿Su encuentro de esta noche fue accidental?

—No —repuso Dinky—. Me telefoneó esta mañana, notificándome que se hallaba alojada en el Christie Hotel, bajo el nombre de Edith Upson. Ella sabía que yo soy el sobrino de la señora Robilotti... Dijo que quería verme para hacerme algunas preguntas sobre su hija Faith. Le contesté que yo no había figurado entre los invitados a la cena anual. Elaine lo sabía, pero insistió en verme. Accedí para no enojarla. Yo me proponía impedir que trascendiera la noticia de mi amistad con la madre de Faith Usher. Nos pusimos de acuerdo

para vernos en "Tom's Joint».

—¿Supo usted con bastante anterioridad que ella era la madre de la víctima?

—Supe que tenía una hija, pero no que fuera Faith el nombre de ella. Elaine me habló de la muchacha cuando... cuando nos conocimos.

—¿Qué preguntas le dirigió esta noche en relación con ella?

—Únicamente quería averiguar si yo sabía algo más de lo que los periódicos habían publicado. Algo sobre cualquier persona de las complicadas en el caso. Me pidió también que le dijera qué había sucedido exactamente en casa de los Robilotti. Repliqué que me hallaba

en condiciones de informarle sobre los que participaron en la cena, pero que de lo demás sabía tanto como ella.

—¿Desea insistir sobre alguno de los puntos mencionados o ampliar sus manifestaciones?

—No tengo ya nada que añadir.

—Pues entonces hablaré con la señora Usher. Después le haré unas preguntas en presencia de ella. Archie: llévase al señor Byne y que pase la señora Usher.

Byne me acompañó, manso como un cordero. Había usado sus cartas de la mejor manera posible y ya sólo esperaba conocer el resultado de la jugada. Mantuve la puerta abierta un

momento para que entrara la señora Usher y él se fuese. Luego regresé a mi mesa. La mujer volvió a sentarse en el sillón rojo. Wolfe tuvo ahora que volverse para enfrentarse con ella. Saúl había dicho en su informe que a la madre de Faith le gustaban extraordinariamente los hombres. Había determinadas indicaciones que hacían pensar en que, a su vez, Elaine Usher no caía mal entre aquéllos... Movía las caderas perezosamente al andar, ladeaba graciosamente la cabeza, había algo sugestivo en su mirada. Y esto era patente en aquellos momentos, incluso, en que atravesaba una situación delicada y era observada por un hombre en el que

no cabía ver un candidato probable a cierto tipo de jolgorios. Y a todo esto ella andaba por los cuarenta años... A los veinte debía haber sido una auténtica amenaza.

Wolfe hizo otra profunda inspiración. Aquel ejercicio inmediatamente después de la cena se le antojaba, con toda seguridad, superior a sus fuerzas.

—Ya comprenderá usted, señora — dijo—, qué es lo que persigo al hablar con los dos por separado: ver si sus dos declaraciones coinciden. Como no ha tenido ninguna oportunidad de ponerse de acuerdo con el señor Byne espero que sus manifestaciones concuerden con

las de aquél o, por lo menos, que sean persuasivas.

—Habla usted con muchos rodeos, ¿eh? —replicó ella sonriente.

El tono con que se expresó, así como su mirada, parecía dar a entender que durante muchos años había estado deseando dar con un hombre inclinado a no utilizar los vocablos más directos.

—Me limito a recurrir a aquellas palabras que mejor pueden traslucir lo que pienso —gruñó Wolfe.

—Eso hago yo, pero a veces es difícil hallar las que más cuadran a la situación planteada. Ignoro lo declarado por el señor Byne y yo lo único que puedo hacer es decir la verdad. Usted

quiere conocer las circunstancias de nuestro encuentro en ese local, ¿no?

—Así es.

—Bien... Esta mañana le telefoneé, anunciándole que quería hablarle. Él me dijo que podíamos vernos en «Tom's Joint». Jamás había oído hablar de tal establecimiento. Quedamos citados para las siete y cuarto. Y allí fui... Esto resulta poco emocionante, ¿verdad?

—Algo, tan sólo. ¿Le conoce entonces hace mucho tiempo?

—En realidad no le conozco en absoluto. Tropecé con él hace cosa de un año no sé dónde... Quisiera recordar el sitio, pero por más que me esfuerzo no lo consigo. En una reunión celebrada

ignoro en qué lugar. Bueno. No importa. Ayer me encontraba sentada frente a la ventana de mi apartamento, pensando en mi hija, en mi querida hija Faith. — Elaine Usher hizo una pausa para tragar saliva. Su angustiado gesto, sin embargo, no me pareció nada impresionante—. Recordé entonces mi encuentro con un hombre llamado Byne, Austin Byne. Alguien me dijo en aquella ocasión, él mismo, quizá, que era sobrino de la riquísima señora Robilotti, en otro tiempo esposa de Albert Grantham. Mi hija había muerto en casa de ésta. Me imaginé que por tal razón Byne podría hablarme de Faith y hasta lograr que la señora Robilotti me

recibiese, a fin de oír un relato directo de las últimas horas de mi hija. Quería saberlo todo... —Elaine Usher se detuvo de nuevo.

Aquello iba mal. Byne había sido bastante inteligente al idear un relato que ella no iba a confirmar. Había advertido ya, incluso, que Elaine lo desmentiría. Y, lo que era peor, hasta era posible que Byne no hubiese tenido que inventar nada. Quizás hubiera dicho la verdad, como un caballero. El encuentro de las dos «brillantes ideas» de Wolfe en «Tom's Joint», tan prometedor en un principio, al serme notificado por Saúl, podía acabar en un fracaso total. Cabía la posibilidad de que Nero Wolfe no

fuera un genio, en fin de cuentas...

No sé si mi jefe compartía mis tristes reflexiones de aquellos instantes. En su rostro seguía viendo la expresión de antes.

—Ya que su cita con el señor Byne no presentaba nada de particular, ¿por qué se alarmaron los dos al amenazarles mis hombres con llamar a la Policía? ¿Cuáles fueron sus palabras, Archie?

—¡No, por favor! ¡Nada de llamar a la Policía!

—Y eso, ¿por qué, señora Usher?

—No me gustan los policías. No me han gustado nunca.

—¿Por qué dejó su piso? ¿Por qué se fue a un hotel, en el que además se

inscribió con un nombre falso?

—Mi hija se había suicidado. Yo no quería ver a nadie. Sabía que los periodistas, y también los policías, se lanzarían en mi busca. Deseaba estar sola. Usted procedería igual si...

Sonó el timbre de la puerta y salí del despacho. A veces, cuando me encuentro ocupado, dejo que Fritz abra, pero teniendo allí dentro a aquellos dos visitantes de excepción preferí ver personalmente quién llamaba. Me sentía desazonado, inquieto, impulsado a la acción. Se trataba de Orrie Cather. El hombre cruzó el umbral, saludándome a continuación. Después de corresponderle cerré la puerta. Una vez

se hubo quitado el abrigo dejó al descubierto una cartera de cuero con cierre de cremallera que había ocultado debajo de aquél.

—¿Qué es eso? —inquirí.

—Tiene relación con la señora Usher. Es su sec...

Le tapé bruscamente la boca con la palma de la mano. Orrie se sobresaltó, pero en seguida dedujo lo que pasaba y cuando yo me deslicé a lo largo del vestíbulo, girando hacia el comedor, me siguió sin que mediara una explicación por mi parte.

Cerré la puerta y en cuanto nos hubimos alejado de ella un poco le pregunté:

—Hablaba de la señora Usher...

Dice usted que eso es su, ¿qué?

—Su secreto pecado. —A Cather le brillaban los ojos—. Quiero entregar al señor Wolfe, en mano, la cartera y su contenido.

—No va a poder. Precisamente se encuentra reunido con la señora Usher. ¿Dónde...?

—¿Está aquí? ¿Cómo fue el venir?

—Ya se lo contaré todo más adelante, Orrie. ¿Dónde se hizo de eso?

Quizá mis palabras sonaran demasiado autoritarias en aquellos instantes. Es que tenía los nervios de punta. Orrie adoptó una actitud digna. Su barbilla se elevó unos centímetros.

—Es para mí un placer informarle, señor Goodwin. Panzer y yo vigilábamos Christie Hotel. Cuando la persona que esperábamos ver apareció, tomando inmediatamente un taxi, nuestro amigo se lanzó en su persecución dentro de otro, antes de que pudiese unirme a él. No sabiendo qué hacer opté por telefonar al señor Wolfe. Este me preguntó si poseía alguna indicación acerca del tiempo que ella iba a estar ausente. Yo contesté afirmativamente. Puesto que había cogido un taxi lo más probable era que tardara media hora o más en regresar. Wolfe me indicó que en ese caso no estaría de más que echara un vistazo a su habitación. Me mostré de

acuerdo, pero eso me ocupó algún tiempo... ¿Desea que le dé a conocer detalles?

—Más adelante. ¿Qué hay ahí?

—Esto se hallaba en una maleta cerrada con llave, que no es la que vimos en manos del recadero sino otra más pequeña. Aquélla no presentó dificultades, pero este chisme tiene una cerradura endemoniada y me vi obligado a forzarla.

Coloqué la cartera que me había alargado Orrie sobre la mesa y corriendo el cierre de cremallera extraje de su interior dos sobres de distinto tamaño. Ninguno estaba sellado. Examiné el contenido del más grande.

Era una colección de fotografías recortadas de periódicos y revistas. Las hubiera identificado todas aún de carecer de los correspondientes pies. Pocos años atrás todos los días había ocasión de leer informaciones relativas a las actividades de un multimillonario filántropo. En una de las fotos se leía: «Albert Grantham (a la izquierda), en el momento de recibir la recompensa que anualmente concede la Liga Americana de Beneficiencia». Había veinte o más por el estilo... Comencé a mirarlas una a una, para comprobar si había algo escrito en ellas.

—¡Al diablo con eso, Goodwin! — exclamó Orrie impaciente—. El otro

sobre es el que interesa.

Éste, más pequeño, era blanco y de una calidad de papel excelente, un tanto deteriorado por el tiempo. El membrete rezaba «Albert Grantham. A continuación venía la dirección de su casa en la Quinta Avenida. Se hallaba dirigido, sin abreviatura de ninguna especie, a la señora Elaine Usher, 812 Oeste, Calle 87, Nueva York. En la parte inferior figuraban dos palabras: «A mano». Contenía varios pliegos que yo extendí para leer:

6 de junio, 1952

Mi querida Elaine:

»De acuerdo con lo que te prometí

voy a confirmarte por escrito lo que recientemente te dije.

»No acepto ninguna obligación de tipo legal o moral relacionada con tu hija, Faith. Siempre has sostenido que yo soy su padre y durante algún tiempo te creí. No dispongo de pruebas ahora para demostrarte que te hallas en un error pero, como ya te informé, me he tomado la molestia de averiguar la clase de vida que has llevado en los últimos diez años. Ha quedado perfectamente aclarado que la castidad no constituye una de tus virtudes. Quince años atrás me aproveché de tu juventud y gocé de tus favores, pero tu conducta posterior pone en tela de

juicio la exclusividad de aquella entrega. No voy a volver a expresar aquí el pesar que siento por mi comportamiento durante aquel período. Ya lo he hecho y tú sabes lo que pienso respecto al mismo desde que alcancé la madurez. Creo no haber sido tacaño al proveer las necesidades materiales de ti y de tu hija. Hubo una época en que me resultaba difícil hacerme con el efectivo que destinaba a tal atención. Luego, desde la muerte de mi padre os he estado entregando dos mil dólares mensuales sin deducción de ninguna especie en concepto de impuestos.

»Pero yo voy haciéndome viejo y, desde luego, en eso tienes razón, es mi

deber prever ciertas contingencias. Como ya te he dicho, me niego a entregarte una suma de dinero elevada con objeto de que tú y tu hija viváis de la renta que os produzca. No me inspira confianza tu actitud ante aquél. Temo que en tus manos ese dinero no tardaría en desvanecerse y entonces volverías a recurrir a mí. No puedo, de otro lado, asignarte una cantidad en mi testamento u ordenar que te sea pasada una subvención a través de una de mis fundaciones porque quiero evitar que mi aventura contigo se divulgue.

»Consecuentemente, he tomado algunas medidas para resolver esta situación. He entregado a mi sobrino,

Austin Byne, una serie de valores de renta exenta de impuestos que ascienden a poco más de dos millones de dólares. Los intereses serán de unos cincuenta y cinco mil dólares anuales. Mi sobrino te remitirá la mitad de esta cantidad, reteniendo para sí la otra mitad.

»Mi sobrino y yo hemos firmado un documento en el que queda registrado nuestro convenio. Una de las cláusulas señala que si tú formulas demandas adicionales de dinero o descubres las relaciones que tuvimos en otro tiempo o alegas derechos sobre mis bienes o los bienes de alguno de mis familiares, él quedará relevado de la obligación de

compartir la renta mencionada contigo. Otra cláusula específica que si Austin Byne no efectúa sus entregas de efectivo con razonable prontitud podrás reclamar la cantidad total. Me hubiera gustado respaldar con el consejo de un profesional esta última previsión, pero no he podido. Estoy seguro de que ha de ser eficaz. No creo que mi sobrio no falle en el desempeño de su cometido. Ahora bien, si eso ocurriera ya sabes qué hacer. Existe, por supuesto, la posibilidad de que despilfarre el capital, pero como le conozco bien considero aquélla muy remota.

He cumplido, pues, con mi promesa

de confirmarte por escrito lo que te dije de palabra. Repito: esta carta no debe ser considerada como un reconocimiento de paternidad de tu hija Faith. Si tú la utilizas alguna vez como base de cualquier reclamación las remesas de dinero que ha de efectuar mi sobrino cesarán inmediatamente.

Doy por terminada esta carta ya. Con mis mejores deseos para ti y tu hija, quedo tuyo affmo. s. s.

»Alberto Grantham.»

Al levantar la vista y mirar a Orrie éste me dijo:

—Quiero ser yo quien se la entregue al señor Wolfe.

—No se lo reprocho. —Doblé las hojas de aquella misiva y las introduje en el sobre—. ¡Vaya carta! El otro día leí en un periódico que un escritor va a emprender la tarea de hacer la biografía de Grantham. ¡Cuánto le agradecería conocer este documento! Daría el sueldo de un mes por experimentar la misma emoción que usted sintió al encontrárselo.

—Fue estupendo. Quisiera dárselo ya...

—Conforme. Espere aquí. Sírvase entretanto un poco de champaña.

Penetré en el despacho y permanecí en silencio junto a Wolfe hasta que éste hubo terminado una frase. Luego le dije:

—El señor Cather desea enseñarle a usted algo. Se encuentra en el comedor.

Nero se levantó, marchándose. Yo me senté. A juzgar por la expresión que sorprendí en el rostro de la señora Usher la entrevista se desarrollaba favorablemente para ella. Hubiera preferido más bien no haber observado su característica y leve inclinación de cabeza, la lucecilla de satisfacción que brillaba en sus ojos... Y es que estaba pensando en lo que se le venía encima. Para distraer mi atención abrí uno de los cajones de mi mesa de trabajo, entreteniéndome en clasificarlos. Cuando la señora Usher dijo a mis espaldas que se alegraba de haber

visitado a Wolfe no tuve ni la delicadeza de volverme a contestarle. Acababa de sacar mi agenda, dedicándome a romper concienzudamente los bocetos de gatos tendidos que trazara mientras aguardaba la llegada de Byne a su casa.

Oímos los pasos de Wolfe, que regresaba.

—Haga venir al señor Byne, Archie. Y también a Saúl.

Abrí la puerta de la habitación vecina para decir:

—Pasen, caballeros.

Al pasar, los ojos de Byne buscaron los de Elaine Usher.

En ellos vio lo mismo que yo había visto. También a él se le notaba ahora

satisfecho. Todos tomamos asiento. Wolfe miró alternativamente a sus visitantes.

—No quiero prolongar esto innecesariamente —manifestó—, pero antes que nada debo felicitarles. Ustedes fueron sorprendidos en un local público. Mis hombres les acompañaron hasta aquí procurando que no se les presentase ninguna oportunidad de hablar a solas. No obstante, han mentido tan inteligentemente que sería necesaria una meticulosa investigación para poner en tela de juicio o rechazar cuanto me han contado. Fue una representación maravillosa la suya... Por favor, señor Byne. Pronto tendrá ocasión de hablar.

Experimentará la necesidad de hacerlo, además. Desgraciadamente, todo esto no les va a servir de nada. Acabo de recibir municiones de repuesto. Sólo hace unos minutos que he leído cierto documento que no fue escrito para mí. —Wolfe fijó la vista en Elaine Usher—. En él se dice, señora, que si usted divulga su contenido sufrirá un severo castigo. No sé que lo haya hecho. Por el contrario, ha salvaguardado el secreto de la mejor manera posible.

Elaine Usher se puso en pie de un salto.

—¿A qué documentos se refiere?
¿De qué está hablando?

—Para que pueda identificarlo en el

acto bastará con que cite un extracto del mismo. He aquí un párrafo: "Consecuentemente, he tomado algunas medidas para resolver esta situación. He entregado a mi sobrino, Austin Byne, una serie de valores de renta exenta de impuestos que ascienden a poco más de dos millones de dólares. Los intereses serán de unos cincuenta y cinco mil dólares anuales. Mi sobrino te remitirá la mitad...»

Byne habíase levantado también. Los siguientes minutos fueron de confusión. Yo me había puesto en pie para situarme entre Byne y Wolfe, pero la furiosa mirada de aquél se había clavado en la señora Usher. A! avanzar hacia ella Saúl

le interceptó el paso. Teníamos, pues, controlados a los protagonistas del episodio. Luego, ella, aprovechando que Panzer le estaba dando la espalda y yo me encontraba pendiente de los dos hombres, se abalanzó sobre Wolfe. Yo pude intervenir, pero tal vez no hubiera logrado hacer nada a derechas. Estaba demasiado asombrado... Wolfe se echó hacia atrás. Ya no tenía las piernas bajo la mesa y en el instante en que la mujer se colocó delante de él levantó una de ellas, alcanzando a su oponente en la barbilla con el pie. Elaine Usher vaciló al retroceder, cayendo en brazos de Saúl, quien volvió a instalarla en su sillón. La madre de Faith se llevó las

dos manos a la mandíbula, chillando en dirección a mi jefe:

—¡Me ha pegado! ¡Usted me ha pegado!

Yo sujeté fuertemente a Byne por un brazo. Ni siquiera se dio cuenta al principio. Después, al advertirlo, quiso soltarse, pero ya no pudo. Por un momento pensé que iba a hacer uso de su otro puño...

—Tómelo con calma —le aconsejé—. Va usted a necesitar de todas sus fuerzas...

—¿Cómo se apoderó de ese documento? —preguntó la señora Usher—. ¿Dónde está ahora?

Aún continuaba pasándose las dos

manos por la mandíbula.

Wolfe no apartaba la mirada de ella y no por precaución. Había en sus ojos una expresión de complacencia. diría yo. Cualquiera hubiera pensado que durante largo tiempo había acariciado el proyecto de golpear a una mujer en la mejilla.

—Ese papel se encuentra ahora en uno de mis bolsillos —replicó Wolfe. Diose una palmada en el pecho:—. Me lo entregó el hombre que lo encontró en la habitación que ocupaba en el hotel. Probablemente le será devuelto a su debido tiempo. Eso depende... Quizás...

—Eso es un atropello, un robo... — declaró Byne.

Wolfe asintió.

—Por definición, sí. Ahora bien, dudo de que la señora Usher formule y mantenga ese cargo contra mí si el documento en cuestión le es devuelto. Éste puede ser una excelente pieza de convicción en un juicio por asesinato.

—No se ha cometido ningún asesinato.

—Está usted en un error, señor Byne. ¿Quiere hacerme el favor de sentarse? Esto todavía requerirá algún tiempo. Gracias. Dejaré resuelto ese punto con una declaración categórica: Faith Usher murió asesinada.

—¡No! —exclamó Elaine. Dejó de acariciarse la mandíbula. Tenía los

dedos agarrotados—. ¡Faith se suicidó!

—No pienso someter ese asunto a discusión —le dijo Wolfe—. Arriesgo mi reputación profesional al declarar eso. No me importa. Y para salvar aquélla pongo en juego todos mis recursos. He de explorar forzosamente las posibilidades sugeridas por la carta. —De nuevo se llevó la mano al pecho, mirando a Byne—. Por ejemplo: insisto en leer el acuerdo que usted firmó con el señor Grantham. ¿Se especifica en él que de producirse el fallecimiento de Faith sus remesas de dinero a la madre de la chica habrían de reducirse o cesar por completo?

Byne se humedeció los labios.

—Como ha leído la carta dirigida por Alberto Grantham a la señora Usher ya sabe en qué términos fue redactado nuestro convenio. Éste es de tipo confidencial y no va a verlo.

—Yo creo lo contrario. —Wolfe se expresaba con gran serenidad—. Para traerle aquí le amenacé solamente con notificar a la Policía su cita con la señora Usher. Ahora la amenaza es más fuerte y quizá llegue a ser mortal para usted. Observe a la madre de Faith. Note la expresión de su rostro al mirarle. ¿Ha tenido usted ocasión de leer ese convenio, señora?

—Sí.

—¿Contiene las previsiones por mí

sugeridas?

—Sí. En él se señala que de morir mi hija yo percibiría la mitad de la renta o menos. ¿Dice usted la verdad al afirmar que Faith fue asesinada?

—Tonterías —medió Byne—. No es la verdad lo que él busca. De todos modos yo no me encontraba en casa de mi tía la noche de la reunión. No me mires a mí, Elaine. Mírale a él.

—Pensé —manifestó Wolfe—, que ganaríamos tiempo examinando ese documento ahora. Por tal razón he enviado al señor Cather a buscarlo a su casa. Aún iremos más de prisa si le telefonea para decirle dónde se encuentra. Es un hombre muy hábil con

las cerraduras y a esta hora debe hallarse dentro.

—¡Dios mío! —exclamó Byne, mirándole, completamente desconcertado.

—¿Desea telefonarle o no?

—No es a su ayudante a quien quisiera telefonar. Me ha amenazado con llamar a la Policía. Sería yo quien la llamaría de buena gana para hacer saber a los agentes de la autoridad que un hombre ha entrado en mi piso, aprovechando mi ausencia, que se encuentra allí, que quiero que le detengan...

Abandoné mi silla.

—Aquí tiene mi teléfono, Dinky.

Úselo.

Byne hizo como si no me hubiera oído.

—Ese hombre no encontrará el documento que busca porque no está allí. Se halla depositado en la caja fuerte de un Banco, de donde no pienso, en absoluto sacarlo por ahora.

—Habremos de esperar hasta el lunes, entonces. —Wolfe se encogió de hombros—. Sin embargo, no por eso el señor Cather perderá su tiempo. Quizá localice allí otras cosas interesantes. Por ejemplo: una máquina de escribir, si es que usted posee alguna. En caso afirmativo la probará. Le dije que lo hiciera así. Incluso le indiqué lo que

había de mecanografiar en la primera hoja de papel que encontrara. Le sugerí el texto siguiente: «¿Han averiguado ustedes ya que Edwin Laidlaw es el padre del hijo de Faith Usher? Pregúntenle sobre su viaje al Canadá en el mes de agosto de 1956.» En cuanto haya escrito eso me traerá la nota. ¿Sonríe usted, Byne? ¿Encuentra esto divertido? ¿Porque no posee ninguna máquina de escribir, tal vez?

—Claro que la tengo. ¿He sonreído?
—Acentuó todavía más su sonrisa de jugador de póquer—. De repente ha hecho entrar en escena a Laidlaw. Ignoro por qué. Usted sí lo sabrá.

—No soy yo quien le ha hecho

avanzar desde el segundo o tercer plano que ha venido ocupando dentro de este asunto. Fue otra persona la que se encargó de ello. La Policía ha recibido una nota escrita a máquina, redactada en los términos ya mencionados. Y usted se ha equivocado al sonreír. Ha incurrido en un error. No es que se haya sentido divertido sino complacido. Complacido, ¿por qué? Intentaré adivinarlo. ¿No es posible que usted se sintiera regocijado ante la idea de ver al señor Cather con la muestra obtenida en su casa, una prueba de nula utilidad toda vez que sabe cuál es la máquina que verdaderamente usó el autor del anónimo? A mi entender, vale la pena

profundizar en eso. Desgraciadamente, mañana es domingo. Habrá que aguardar. El lunes por la mañana los señores Goodwin, Panzer y Cather visitarán todos aquellos sitios en que usted, de una manera fácil y natural, pudo haber hecho uso de una máquina, entre los cuales figura su club. También hay que pensar en el Banco en que tiene usted su caja de depósito. Archie: usted visita la mía con frecuencia. ¿Llamada la atención de un cliente al pedir allí que le fuera proporcionada una máquina de escribir con el propósito de servirse de ella?

—No. ¿Por qué había de llamarla?

—Entonces la posibilidad no carece

de fundamento. En realidad —prosiguió diciendo Wolfe, dirigiéndose a Byne—, no me pesa que hayamos de esperar hasta el lunes para llevar a cabo tal investigación, ya que la idea encierra un inconveniente. Las muestras recogidas en las distintas máquinas habrán de ser comparadas con la comunicación recibida por la Policía, actualmente en poder de la misma. No me agrada nada eso, pero no nos queda otro camino. Por lo menos, si mi suposición es correcta, lograré descubrir al autor del anónimo y eso siempre será de utilidad. En relación con este punto, señor, ya no amenazo con recurrir a la Policía. Es que me veo obligado a ello.

—Maldito curioso... —murmuró Byne entre dientes. Wolfe arqueó las cejas.

—Debe haberseme ocurrido una suposición afortunada. ¿Se encuentra esa máquina en el Banco, señor Byne?

Éste volvió la cabeza en dirección a la señora Usher.

—Sal un momento, Elaine. Quiero hablar con él.

CAPÍTULO XIV

A AUSTIN Byne se irguió en su asiento. En cuanto la señora Usher hubo salido, acompañada de Saúl, le dije a Dinky que pasara a ocupar el sillón rojo, donde se encontraría más cómodo. Pero por la forma en que me miró juzgué que había olvidado el auténtico significado de esta palabra.

—Usted gana —le dijo a Wolfe—. En consecuencia, se lo contaré todo. ¿Por dónde quiere que empiece?

Wolfe se recostó en su sillón. Había

apoyado los codos en sus brazos, uniendo las palmas de sus manos.

—En primer lugar aclaremos un punto. ¿Por qué envió ese anónimo a la Policía?

—No creo haberle dicho que fuera yo el autor del mismo.

—¡Uf! —Wolfe se mostraba disgustado—. Una de dos: o se somete a mí decididamente o no haremos nada. Yo no voy a estar aquí exprimiéndole gota a gota, como si fuera un limón. ¿Por qué lo envió?

Byne era de los que exigían ese método. Sus labios se negaban a despegarse.

—Porque —dijo finalmente con gran

esfuerzo—, las investigaciones seguían su curso y nadie sabía hasta dónde serían capaces de profundizar los agentes encargados de aquéllas. Podían averiguar que yo conocía a la madre de Faith y también todo lo relativo a nuestro convenio. Pensaba entonces que la chica se había suicidado, igual que ahora... No obstante, en el supuesto de que hubiese sido asesinada consideraba a Laidlaw autor del crimen. Pretendía que la Policía supiera de él y de sus relaciones con Faith.

—¿Por qué había de ser Laidlaw el autor del crimen? Usted inventó eso, ¿no? ¿Lo de sus relaciones con la señorita Usher?

—No,. Yo no perdí nunca de vista a Faith, naturalmente. La visitaba desde lejos. Tuve ocasión de observarla en dos ocasiones acompañada de Laidlaw. El día en que éste partió para el Canadá la vi en su coche. Supe lo de su viaje porque uno de sus amigos recibió una tarjeta postal de él. No tuve que inventar nada.

—Usted comprenderá, señor Byne... Ahora hemos de dudar de cuanto nos diga —gruñó Wolfe—. Suponiendo que usted supiera que Laidlaw y Faith se hallaban unidos por unos lazos muy íntimos, ¿por qué llegó a pensar en él como el autor del delito? ¿Le amenazaba ella acaso?

—Ignoro si él tuvo alguna vez razones para dar un paso tan grave. Pero era el único de los invitados a la cena que la conocía de tiempo antes.

—A usted le ocurría lo mismo.

—¡Maldita sea! ¡Yo no me encontraba allí!

—Es cierto. No obstante, los que se hallaban presentes podrían alegar también falta de oportunidad. Dadas las circunstancias que rodearon aquel episodio, tal y como me han sido descritas, nadie pudo envenenar el champaña que precisamente había de beber Faith Usher. y de todos los complicados usted es el único que podía haber sido impulsado por un motivo, un

motivo nada despreciable además. Un incremento de veinticinco mil dólares aproximadamente, en los ingresos anuales constituye una perspectiva halagüeña en extremo.

Wolfe se miró las palmas de las manos, dejando caer éstas después sobre los brazos de su sillón.

—¿Sabía usted que la señorita Faith llevaba siempre consigo un frasco lleno de una sustancia venenosa?

Byne respondió sin vacilar:

—Sabía que se lo había dicho a algunas personas. Tuve noticias de ello por su madre y la señora Irwin, la regente de Grantham House.

—¿Llegó a conocer la naturaleza de

aquella sustancia.

—No.

—La idea de refugiarse Elaine Usher en un hotel ¿fue de ella o se la sugirió usted?

—Ni una cosa ni otra. Quiero decir que no recuerdo. Me telefoneó el jueves... no, el miércoles Y lo acordamos entre los dos.

—¿Quién planeó el encuentro de esta noche.

—Ella. Me telefoneó esta mañana. Ya se lo he dicho.

—¿Qué quería?

—Quería saber qué iba a hacer yo en lo tocante al pago de la renta habiendo muerto. Faith. Ella sabía que,

conforme a lo convenido con mi tío, yo procedería en la forma que me pareciera más aconsejable. Le anuncié que de momento seguiría remitiéndole la misma suma.

—¿Había gastado ella dinero del destinado al mantenimiento de su hija?

—No lo creo. Al menos por lo que se refiere a estos últimos cuatro o cinco años. Faith fue la culpable de eso. No quería aceptarle nada y se negaba a vivir con ella. No se entendían. La señora Usher es muy... muy... especial. Faith se apartó de su madre al cumplir los dieciséis años y por espacio de uno, después, ignoramos su paradero. Cuando conseguí localizarla trabajaba de

camarera en un restaurante.

—Pero usted continuó pagando a Elaine Usher la renta completa, ¿no?

—Así es.

—Usted controla el capital sin supervisión de ninguna especie, ¿verdad?

—Ciertamente.

—¿No ha sido nunca intervenido?

—No. ¿Quién hubiera podido hacer tal cosa?

—Me es imposible contestarle. ¿Se opondría usted a que un contable elegido por mí revisara sus libros? Ahora ya sé los términos exactos en que fue redactado el convenio...

—Sí, me opondría. Ese capital me

pertenece y nada se me puede objetar en tanto continúe pagando a la señora Usher su renta.

—Debo ver ese documento. —Wolfe frunció los labios mientras movía lentamente la cabeza—. Es extraordinariamente difícil —dijo—, adivinar la finalidad de esa muerte. El señor Grantham se portó bien, pero se hallaba obsesionado por su vano deseo de conservar el secreto aún después de ser pasto de los gusanos. Protegió a la señora Usher y a usted, impidiendo que se engañaran mutuamente. ¿Qué hubiera sucedido si los dos unen sus fuerzas para echar por tierra su reputación? Era un riesgo que no podía impedir. —Wolfe

agitó una de sus manos—. El deseo de derrotar a la muerte torna a no pocos hombres necios. Insisto en ver ese documento. Toquemos otros puntos... Usted le dijo al señor Goodwin que la elección de la señorita Usher para la cena, en calidad de invitada, fue casual. Ya sabemos que no es cierto. ¿Qué explicación va a darme de esto ahora?

—Por supuesto. Me figuraba que iba a hacerme esa pregunta.

—Pues entonces habrá tenido tiempo de inventar la respuesta.

—No pretendo inventar nada. Me porté como un tonto. Cuando la señora Irwin me entregó la lista y vi en ella el nombre de Faith... La idea de que la

chica llegase a figurar entre los invitados de mi tía me inspiró terror. La señora Robilotti es tía mía política. Mi madre era hermana de Albert Grantham. Tiene usted que admitir que el proyecto de sentar a Faith a la mesa de la esposa de el tenía mucho de descabellado... Luego...

Hubo una pausa. Wolfe le obligó a su modo a seguir hablando.

—Luego surgió en mi cerebro otra idea: la de llevar a Laidlaw a la reunión. Faith y él se verían allí. Desde luego, mi tía podía eliminar a la chica de la lista y decirle a la señora Irwin...

—Byne se detuvo otra vez unos segundos—. ¿Qué haría Faith? Cabía

pronosticar que se negara a asistir a la cena, pero Laidlaw no sabría jamás que se le había pedido que figurara entre las elegidas. Bueno. ¡Al diablo! Le sugerí a mi tía que invitara a Laidlaw y ésta accedió.

—¿Sabía la señorita Usher que Albert Grantham era su padre?

—¡Dios mío! No. Ella creía que su padre había sido un hombre apellidado Usher, fallecido antes de su nacimiento.

—¿Sabía que el dinero que tenía su madre procedía de usted?

—No. Yo creo... No. Faith sospechaba que el dinero de que disponía su madre procedía de sus amigos. Por eso se marchó. Volviendo a

lo de su elección... Después de escoger a Faith y proponer a Laidlaw a mi tía me quedé bastante preocupado. Comprendí que podía ocurrir alguna cosa extraña. Quizá Faith se apresurara a abandonar la casa en cuanto viera a Edwin. Eso si no pasaba algo peor. Decidí buscar a alguien para que me sustituyera como invitado. Probé con cuatro o cinco amigos inútilmente y luego pensó en Archie.

Wolfe se echó hacia atrás, con los ojos cerrados. Sus labios comenzaron a moverse... Más tarde o más temprano siempre acaba haciendo eso. En tales momentos, en realidad, lo que debía hacer yo es confeccionar un rótulo que

rezase: «Genio trabajando», y colocarlo en un lugar bien visible de su mesa. Habitualmente yo tengo alguna idea sobre lo que el genio masculla, pero en aquellos instantes no poseía el menor atisbo. Wolfe había aclarado ciertas cosas, por ejemplo: la cuestión del anónimo, las circunstancias que rodearon la participación de Faith Usher y Laidlaw en la cena... La única materia que podía obligarle a una madura reflexión era el hecho de haber dado con alguien que tenía un poderoso motivo para matar a la chica. Pero Byne, como él gustaba de señalar, no había figurado aquella noche entre los invitados. Desde luego, un genio ya tenía bastante con

pensar en esto. ¿Es que podía Byne envenenar el champaña a distancia, por control remoto o algo por el estilo? ¡Qué disparate!

Wolfe abrió por fin los ojos, fijando su mirada en Byne.

—No voy a esperar hasta el lunes — le dijo—. Una de las cosas que usted ha dicho o dado a entender ha de ser forzosamente mi fallo. Si comienzo a hacerle preguntas en torno a ella va a empezar a su vez a decir mentira tras mentira, de manera que no me molestaré. Ha llegado el momento de atacar la cuestión fundamental: si alguien había decidido matar a Faith Usher, ¿cómo se las arregló para lograr su propósito? —

Wolfe se volvió hacia mí—. Archie, llame al inspector Cramer.

—¡No! —exclamó Byne poniéndose en pie—. ¡Maldita sea! Después de habérselo contado todo...

Yo había descolgado ya el teléfono, pero Byne se encontraba a mi lado, intentando impedir que marcara ningún número. Le apartó la voz de Wolfe, que sonó en el despacho como un seco chasquido.

—¡Señor Byne! ¿Quiere usted obligarme a recurrir a la violencia? ¿He de ordenar al señor Panzer que entre?

No. No tuvo que hacerlo. Dinky se alejó un poco de mí, permitiéndome así marcar el número. Localizar al inspector

Cramer a las diez y veinte en la noche de un sábado puede ser lo mismo algo extraordinariamente rápido y sencillo como prácticamente imposible. Esta vez la suerte me sonrió. Encontrábase en la Brigada de Investigación Criminal, en la calle Veinte. Después de una breve espera se puso al habla y Wolfe tomó entonces la palabra, saludándole, saludo al que el inspector correspondió con un gruñido. Nero le indicó que no le entretendría más de tres minutos

—Puede tomarse el tiempo que estime conveniente —repuso Cramer—. ¿De qué se trata?

—Del caso Faith Usher. Son muchas las molestias que éste me viene

ocasionando. Sin ir más lejos, fíjese en ayer mismo; por la mañana se presentaron aquí aquellos cuatro hombres, insistiendo en hablar conmigo; por la tarde llegó usted, metiéndose en la casa sin pedirle permiso a nadie; por la noche una llamada de teléfono interrumpe la conversación que yo sostenía con Goodwin... Era de parte de la señora Robilotti, quien deseaba que mi ayudante fuera a verles. Al llegar allí se encuentra Archie con el señor Skinner...

—¿Se refiere usted a nuestro jefe?

—Sí. Le dijo a Goodwin que su actuación era extraoficial, proponiéndole después algo ofensivo.

No me quejo a usted de ello puesto que es su superior y evidentemente lo ignora todo acerca de semejante gestión.

—Efectivamente, así es.

—Eso fue otro duro golpe para mí. Ya estoy harto. Me gustaría poner punto final a todo ello. A este conflicto ha dado lugar el señor Goodwin al declarar como testigo que Faith Usher no se suicidó, cosa de la que se halla convencido. Si yo llego a la conclusión de que se encuentra en lo cierto es porque habré dado con pruebas que ustedes quizá desconozcan. Me propongo ver a todas las personas complicadas en el caso. Voy a invitarlas a venir a mi despacho y he creído que

usted debía estar al tanto de esto. He pensado también que era posible que usted quisiera asistir a la reunión. En el supuesto de que sea así habrá de encargarse de citarlos. No quiero llamarlos por mi cuenta y enfrentarlos luego con un inspector de la Policía. Mañana a las once sería una hora excelente.

El inspector Cramer hizo un ruido, algo semejante a esto: "Wmgzwmzg». Por fin, consiguió encontrar las palabras adecuadas.

—Consecuentemente, ha conseguido clavar los dientes en algo... ¿De qué se trata?

—Son los dientes de otros los que se

han clavado en mí. Y por eso me siento irritado. La situación es precisamente la que le he descrito y ya no tengo nada más que añadir.

—Estoy de acuerdo. Mañana es domingo.

—Sí. Como tres de los probables visitantes son chicas que trabajan eso nos vendrá al pelo.

—¿Pretende que asistan todos?

—Sí.

—¿Se encuentra ya alguna de esas personas con usted?

—No.

—¿Tiene algo que ver con este asunto Skinner?

—No.

—Dentro de una hora volveré a comunicar con usted.

—Eso no interesa —objetó Wolfe—. De tener lugar la reunión debo comenzar los preparativos en seguida y ya es bastante tarde.

No era solamente eso. Wolfe estaba convencido de que de darle a Cramer una hora de tiempo, no bien hubieran transcurrido diez minutos estaría llamando a la puerta de nuestra casa. Se produjo entonces un breve forcejeo verbal del que Cramer saldría vencido, acabando por ponerse de acuerdo con mi jefe.

Colgamos nuestros teléfonos. Wolfe se volvió hacia Byne, que había vuelto a

ocupar su asiento.

—Ahora he de decirle a usted algo, así como a la señora Usher. Pretendo que no se pongan en comunicación con nadie y para lograr tal cosa no existe más que un medio. Ella pasará la noche aquí. Disponemos de un dormitorio con una buena cama. Hay otra habitación que usted puede utilizar si lo desea. En el caso de que prefiera irse a su casa el señor Panzer le acompañará, pasando la noche allí para acompañarle en su viaje de regreso por la mañana. El señor Cramer se encargará de traer a los demás a las once.

—¡Váyase al infierno! —saltó Byne al tiempo que se ponía en pie—. Voy a

llevar a la señora Usher a su hotel.

Wolfe movió pausadamente la cabeza.

—Me consta que se halla usted un tanto alterado, pero seguramente acertará a ver lo juicioso de mi proceder, por lo que se avendrá a razones. Yo no puedo proporcionarle una oportunidad para que se dedique tranquilamente a reparar las brechas que he conseguido abrir en su sistema defensivo. Si usted se rebela yo actuaré en el acto y entonces se encontrará con que tiene que luchar a pecho descubierto. Únicamente gracias a mi paciencia puede abrigar la esperanza de salir de este lío sin sufrir graves

quebrantos. Archie: dígale a Saúl y a la señora Usher que entren... No. Primero telefonee a casa del señor Byne para ordenar a Orrie que vuelva. Dígale también que no se disguste por no haber hallado el documento que habrá estado buscando... No se encuentra allí. Si ha dado con algunas otras cosas que le parezcan significativas que las traiga.

—Maldito curioso —murmuró Dinky entre dientes, como si hablara consigo mismo.

Yo me volví hacia el teléfono.

CAPÍTULO XV

POR espacio de una hora y media, el domingo por la mañana Fritz y yo trabajamos afanosamente, preparando el escenario. La idea de Wolfe consistía en reproducir lo más exactamente posible el que había servido de marco al crimen. La cosa estaba erizada de dificultades, entre otras razones porque el salón de la señora Robilotti hubiera podido contener siete u ocho despachos como el nuestro. Algo conseguimos llevándonos al comedor el globo terráqueo, el

aparato de televisión y el sofá, pero aún seguía faltándonos espacio. Quise subir a las habitaciones superiores para decírselo, añadiendo que si en su programa figuraba una representación lo mejor que podía hacer era, alterando su costumbre durante la investigación de un caso, trasladarse con todos los personajes al hogar de los Robilotti. Fritz me lo quitó de la cabeza. Para reunir catorce sillas tuvimos que echar mano de todas las disponibles arriba aunque luego nos dimos cuenta de que algunas de ellas no eran necesarias. Figuramos el bar con una sencilla mesa colocada en un rincón. No pudimos arrimarla a la pared porque detrás de la

misma había de instalarse Hackett. Experimenté una pequeña satisfacción: conseguí que el sillón rojo fuese llevado al comedor en unión de los otros elementos. Eso no le agradaría a Cramer poco ni mucho.

No hubo solamente traslado de mobiliario... La señora Usher tocó innumerables veces el timbre, pidiendo desde su habitación más café, o más toallas, aunque disponía de las suficientes. Luego me llamó para decirme que echaba de menos una sección en el periódico del domingo que yo le había llevado, entregándome a continuación una relación adicional de los productos que deseaba le trajera del

almacén más cercano.

A las diez y cuarto llegó Austin Byne, escoltado por Saúl. Byne solicitó inmediatamente una entrevista a solas con Wolfe y para quitármelo de en medio le dije a Saúl que subiera a las habitaciones superiores. Aquí encontraron la puerta principal del piso cerrada con llave. Después Saúl tuvo que ponerse serio con Byne ya que éste se empeñó en localizar a toda costa el cuarto ocupado por la señora Usher.

Esperaba que la confusión aumentara cuando a las diez y cuarenta minutos sonó el timbre de la puerta. El inspector Cramer se hallaba en el umbral. Éste se limitó a preguntar si había llegado la

señora Robilotti. Al contestarle yo que no, continuó al otro lado de la puerta. Teóricamente, en una democracia, un inspector de Policía debe reaccionar lo mismo ante una dama que posee una casa suntuosa en la Quinta Avenida que frente a una madre soltera, pero... No consideré una nota desfavorable para Cramer que él se obstinara en aguardar fuera la llegada del coche de la señora Robilotti. De todos modos, allí se hallaba en el instante en que las tres jóvenes se presentaron ante nuestra casa acompañadas del sargento Purley Stebbins, a bordo de uno de los coches de la organización policial. Los tres caballeros, Paul Schuster, Beverly Kent

y Edwin Laidlaw fueron viniendo uno tras otro, aisladamente, utilizando medios de transporte propios.

Yo me había prometido algún justo esparcimiento e hice lo posible para que aquel comité de recepción, paradójicamente constituido por un hombre tan solo Cramer, no echara por tierra mi proyecto. Cuando el coche que éste esperaba llegó por fin, unos minutos después de la hora fijada, el inspector acompañó a la señora Robilotti hasta las escaleras de acceso a nuestra entrada. Les seguía su marido, su hijo, su hija y el mayordomo. Mantuve la puerta abierta para que pasaran y tras esto les dejé al cuidado de Fritz. Mi objetivo era

el último de la fila: Hackett. En cuanto hubo cruzado el umbral extendía las manos, listo para recoger su abrigo y su sombrero con el estilo que requería el momento.

—Buenos días, señor —le dije—. Un día muy agradable. El señor Wolfe no tardará en bajar.

Hackett comprendió. Echó una mirada a los otros, vio que nadie le observaba y entregándome el sombrero contestó:

—En efecto, el tiempo es excelente. Gracias, Goodwin.

Le llevé a la oficina. Después fui a la oficina para hablar con Wolfe por el intercomunicador. Le anuncié que las

personas que esperaba habían llegado.

—¿Cómo está la señora Usher? —
inquirió.

—Perfectamente. Ahora se encuentra
en su habitación.

—¿Y el señor Byne?

—Lo mismo. Se halla en la oficina,
con los otros. Saúl no se despega un
momento de él.

Me reuní con nuestros visitantes.
Habíanse esparcido por la habitación.
Unos estaban sentados y otros de pie.
Me permití una disimulada sonrisa al
comprobar que Cramer, habiendo
observado la ausencia del sillón rojo
había colocado una de las sillas
corrientes en el sitio exacto destinado a

aquél, instalando a la señora Robilotti en ella. Habíase situado a su lado y de vez en cuando se inclinaba para decirle algo. Cuando yo avanzaba en dirección a mi mesa percibí el rumor del ascensor y segundos después entraba Wolfe.

No hubo presentaciones. Mi jefe había conocido a los Robilotti, a los hijos de Grantham y a Hackett tiempo atrás, cuando el robo de las joyas. Una vez sentado ante su mesa paseó su mirada por el auditorio, acabando por fijarla en Cramer.

—¿Ha explicado usted a todos el propósito de esta reunión, señor Cramer?

—Sí. Usted se propone probar que

Goodwin tiene razón... o que está equivocado.

—Señoras y caballeros —comenzó a decir Wolfe dirigiéndose a los presentes—. No pretendo retenerles mucho tiempo... Al menos a la mayor parte de ustedes. No tengo por qué exhortarles a nada ni dispongo de preguntas que formular. Para poder formarme una opinión sobre la competencia del señor Goodwin como testigo necesito ver, no diré que lo que él vio, puesto que nuestras habitaciones no son nada amplias, sino algo aproximado. No podrán figurar aquí distribuidos exactamente igual que en el salón de la señora Robilotti, ni es

posible recrear la escena con absoluta fidelidad, pero nos desenvolveremos lo mejor que podamos. Archie.

Abandoné mi sillón para comenzar a actuar en calidad de *metteur en scene*. Dejé al matrimonio Robilotti para los últimos pensando en que quizá pusieran trabas. Instalé a Hackett detrás de la mesa que hacía las veces de bar, colocando a Laidlaw y a Helen Yarmis en un extremo. Rose Tuttle y Beverly Kent tomaron asiento en sendas sillas, dentro de la zona que normalmente ocupaba nuestro globo terráqueo. Celia Grantham y Paul Schuster quedaron junto a la pared, a la derecha de la mesa de Wolfe, ella sentada, él de pie. Luego

instalé a Saúl Panzer en una silla cercana a la puerta que daba al vestíbulo.

—El señor Panzer representa ahora a la señorita Faith. Esta distancia, así como todas las demás, es errónea, pero han quedado claramente indicadas las posiciones relativas, en mi opinión. —A continuación deposité un cenicero sobre una silla, a la derecha de la caja de caudales, explicando—: He aquí el bolso de Faith Usher, con el frasco de veneno dentro. No creo que los señores de Robilotti se molesten si les ruego que ocupen sus respectivas posiciones junto al bar.

Tras esto Ethel Varr y yo nos

apostamos junto a uno de los ángulos de mi mesa. Entonces le dije a Wolfe:

—Todo dispuesto.

—La señorita Tuttle y yo nos encontrábamos más apartados —objetó Beverly Kent.

—Sí, señor —convino Wolfe—. Nadie ha asegurado que la reconstrucción sea idéntica—. Sus ojos se posaron en el grupo del bar. —Señor Hackett: tengo entendido que cuando el señor Grantham se acercó a usted en busca de champaña para él y su pareja había dos copas llenas. Usted había preparado una de ellas minutos antes y la otra con unos segundos de anticipación a la llegada del joven

Grantham. ¿Es correcta en absoluto mi interpretación?

—Sí, señor —Hackett se había recobrado de nuestro roce en el vestíbulo y ya estaba de nuevo en carácter—. En mi declaración a la Policía hice constar que una de las copas llenas había estado sobre el mostrador por espacio de tres o cuatro minutos.

—Haga el favor ahora de llenar una copa, poniéndola en el lugar requerido.

Las botellas que se encontraban dentro del enfriador, encima de la mesa, contenían champaña, un champaña excelente. Wolfe habíase mostrado insistente al tratar de tal detalle. Fritz

había descorchado dos de ellas. El acto de verter un poco de champaña en una copa constituye una operación grata a los ojos, pero dudo de que alguien haya tenido un auditorio tan atento como el que contemplaba los leves movimientos de Hackett al cumplir con su cometido por orden de mi jefe.

—No suelte la botella todavía —le indicó Wolfe—. Explicaré primero qué persigo. Quiero contemplar la escena desde diferentes ángulos. Usted llenará otra copa. El señor Grantham se acercará a coger las dos, llevándoselas al señor Panzer... es decir, a la señorita Usher. Le entregará una. El señor Goodwin cogerá la otra. Entretanto, irá

a donde está la señorita Tuttle, que tomara una. La otra la cogerá Goodwin, en el instante oportuno allí. Esto se repetirá con la señorita Varr y la señorita Grantham. La señorita Yarmis y la señora Robilotti quedan excluidas puesto que las dos se encuentran en el bar. De esa manera yo podré situarme en distintos sitios sin dejar de ver lo que vaya ocurriendo... ¿Está claro, Hackett?

—Sí, señor.

—Para mí no lo está tanto —dijo Cecil—. ¿Cuál es su idea? Yo no hice nada de eso. Me limité a llevarme dos copas del bar, entregándole una a la señorita Usher.

—Lo sé. Como ya he explicado,

quiero observar la escena desde diferentes puntos. Claro que también Panzer podría irse desplazando, pero esto es más sencillo. Solicito tan sólo su colaboración. ¿Juzga mi petición irrazonable?

—La considero una tontería. Todo esto lo es, a mi entender de modo que un poco más no puede hacer ningún daño. Con tal de que al final de mi actuación pueda llevarme a los labios una copa...

—Grantham se volvió no bien hubo echado a andar—. ¿Quiere decirme el orden de nuevo, por favor?

—El orden es un detalle sin importancia. Después del señor Panzer las señoritas Tuttle y Varr, en el orden

que usted crea conveniente.

—Conforme. Vierta el champaña, Hackett, que ahí voy.

La representación había comenzado. Daba la impresión aquello de una cosa sin sentido. Especialmente mi papel. Hackett iba vertiendo el champaña de acuerdo con las instrucciones recibidas. Grantham se llevaba las copas. Las chicas las tomaban... Yo corría de un lado para otro, procurando hallarme en el punto que se me había señalado a su debido tiempo, para cuando Cecil llegara... De entre los muy diversos trabajos que me he visto obligado a realizar al lado de Wolfe, éste se llevaba la palma. Al cuarto y último

viaje, el correspondiente a Celia Grantham, oí que Cecil decía algo. En cuanto hubo entregado la copa a su hermana hizo como si ignorara la mano que yo acababa de extender en demanda de la otra, que se apresuró a llevarse a los labios, diciendo antes: "Por el crimen.»

—Espero no haber estropeado su reconstrucción con esto —le dijo a Wolfe.

—Fue un gesto de mal gusto el tuyo, Cecil —le recriminó Celia.

—Lo hice adrede. Todo esto ha sido un alarde de mal gusto desde el principio.

Wolfe, que llevado de su interés

había presenciado toda la escena con el cuerpo muy erguido en su sillón, se recostó en el mismo.

—No ha estropeado usted nada —le contestó a Grantham. Paseó la mirada por el auditorio—. Les invito a formular algún comentario, señores. ¿No han observado ningún detalle digno de especial interés?

—No sé si mi observación valdrá la pena o no —manifestó Paul Schuster, el abogado—. Creo que esta reconstrucción no puede servir para llegar a conclusiones decisivas. Las condiciones en que se produjo el hecho y éstas difieren.

—No estoy de acuerdo con usted.

Acabo de obtener una base para llegar a la conclusión deseada, la que yo me había figurado precisamente. No quiero sugerirla. Deseo verla confirmada. Y apelo para ello a ustedes. ¿De veras que no observaron en la actuación del señor Grantham algo singular?

Un gruñido llegó procedente de la puerta que daba al vestíbulo. Encontrábase allí, de pie, tapando casi el hueco con su corpachón, el sargento Purley Stebbins.

—No me es posible hablar de conclusiones —declaró el policía—, pero he notado que el señor Grantham ha cogido las dos copas de idéntica manera cada vez. Con la de la derecha apoyaba

en la parte superior el pulgar y dos dedos más; la de la izquierda la sujetaba por el pie. Siempre ha retenido la copa de la derecha, entregando la de la izquierda.

Jamás había visto a Wolfe mirar con tan extraordinaria admiración a Purley.

—Gracias, señor Stebbins. No sólo tiene ojos, sino que sabe para qué son... ¿No confirma nadie su observación?

—Yo —declaró Saúl Panzer, quien aún sostenía la copa que Cecil le entregara.

—¿Y usted, señor Cramer?

—Me reservo mi opinión. —El inspector contemplaba a Wolfe con los ojos entreabiertos, casi cerrados—. ¿A

qué consecuencias llega usted?

—Están bien claras. Sólo una persona muy familiarizada con las maneras de Grantham podía saber cuál de las dos copas le entregaría a Faith Usher. Refuerzan mi conclusión las manifestaciones de Stebbins y Panzer. Eso es todo, señores —añadió dirigiéndose a los demás—. Deseo continuar, pero acompañado únicamente ahora de la señora Robilotti, y los señores Byne y Laidlaw. Si el señor Robilotti quiere quedarse... Los que no he nombrado pueden marcharse. Necesitaba su colaboración y les doy las gracias. Para mí sería un placer obsequiarles con unas copas de

champaña en ocasión más propicia.

—¿Tenemos que irnos forzosamente?
—preguntó Rose Tuttle—. Yo preferiría quedarme.

Juzgando por la expresión de sus rostros a los demás les pasaba lo mismo, excepto a Helen Yarmis, al lado de Laidlaw, junto al supuesto bar.

—Vámonos, Ethel —le dijo a la señorita Varr, que se encontraba cerca de mi mesa.

Las dos se encaminaron a la puerta. Cecil vació su copa, depositándola sobre la mesa de Wolfe al tiempo que le anunciaba su propósito de quedarse. Celia le secundó en esto. Beverly Kent, el diplomático, demostró que no se

había equivocado al escoger la carrera, pues manejaba hábilmente a Rose Tuttle, sentada a su lado. Marcháronse juntos. Paul Schuster se acercó a la mesa de Wolfe para oír la discusión que los hermanos Grantham sostenían con Nero. Después dio media vuelta y se fue. Viendo a Cramer encaminarse al bar, donde estaba la señora Robilotti y su marido, observé que Hackett había desaparecido. Habíase ido sin mi conocimiento.

La señora Robilotti se aproximó a la mesa de Wolfe seguida de Cramer y su esposo. Inmediatamente ordenó a este último y a sus hijos que se marcharan. Sus menudos ojos, muy hundidos bajo

las cejas, tenían la frialdad del acero.

—Este hombre merece una buena lección —dijo mirando a su hija Celia—, y yo voy a dársela. Pero lo haré a solas con él.

Celia abrió la boca, cerrándola de nuevo sin llegar a pronunciar una palabra. Luego se volvió para mirar a Laidlaw y se fue, seguida de Cecil. Robilotti empezó a decir algo, pero calló en cuanto su mirada tropezó con la de su esposa. Entonces se encogió de hombros, como correspondía a un italiano perfectamente pulido y civilizado, marchándose. La señora Robilotti se encaminó a la silla en que Cramer la acomodara a su llegada,

fijando después sus ojos en Wolfe.

—Dijo usted hace no mucho que iba a continuar, ¿verdad?

—Dentro de un momento, señora — replicó Wolfe cortésmente—. Esperamos la llegada de otra persona. ¿Tendrían la amabilidad de sentarse, caballeros? Archie...

Saúl ocupaba el sitio de Faith Usher y estaba bebiéndose una copa de champaña. Yo salí al vestíbulo para subir los dos pisos que me separaban de la habitación ocupada por Elaine Usher. Llamé a la puerta y oí su voz autorizándome a entrar.

—Su turno —le dije.

—Ya era hora —respondió Elaine,

que se encontraba junto a una ventana, sentada, rodeada de hojas de periódico, esparcidas por el suelo—. ¿Quién hay ahí. —inquirió mirándome con dureza.

—Los señores Wolfe, Byne, Laidlaw, Panzer... El inspector Cramer, el sargento Stebbins... y también la señora Robilotti.

—Me agrada esa reunión, suceda lo que suceda. Estoy despeinada. Me arreglaré en un momento.

Penetró en el cuarto de baño, cerrando la puerta. Yo no llevaba prisa. Era preferible que Wolfe dispusiera de tiempo para poner a la señora Robilotti en situación. La señora Usher se tomó también todo el que necesitó. Al salir

del cuarto de baño tenía el cabello reluciente y ordenado. Habíase pasado asimismo la barra de carmín por los labios, ahora de un intenso color rojo, capaz de excitar a un toro. Le pregunté si prefería utilizar el ascensor y me contestó que no. La seguí al descender por las escaleras. Entramos al mismo tiempo en la oficina.

Todo salió a la perfección, como si hubiera sido ensayado previamente. Crucé la habitación con ella, pasando entre Cramer y Byne. Luego nos volvimos hacia la señora Robilotti.

—Señora Robilotti —dije—. Permítame que le presente a la señora Usher, la madre de Faith.

Elaine se inclinó, tendiéndole la mano.

—Es para mí un placer, un gran placer.

La señora Robilotti la contempló un segundo. Después alargó un brazo, propinándole una fuerte bofetada.

Perfecto.

CAPÍTULO XVI

CABE hacer, al llegar aquí, un verdadero cúmulo de suposiciones. ¿Habría podido seguir adelante Wolfe en el caso de que el recurso del careo no hubiese sido fructífero? ¿Y si la señora Robilotti hubiese reaccionado rápidamente, optando por aceptar la mano que Elaine Usher le tendiera, conforme a las más elementales reglas de la cortesía? Pero no... La señora Robilotti se hallaba ya demasiado nerviosa para evitar que la repentina

aparición de aquella mujer provocara una explosión.

No hice retroceder a la señora Usher en el momento oportuno, con objeto de que hurtara el rostro a la agresión, pero después sí que actué. Al fin y al cabo era un huésped. El hecho de haber recibido una patada en la barbilla, obra de su anfitrión, y una bofetada no decía nada en favor de nuestra hospitalidad. Además, siempre existía la posibilidad de que se decidiera a corresponder a tan especiales cumplidos con otros semejantes.

La cogí del brazo para ponerla fuera del alcance de su oponente, tropezando con Cramer, que había abandonado de

un salto su silla. La señora Robilotti retrocedió. Mordíase ahora nerviosamente el labio inferior...

—Quizá fuera mejor que la señora Usher se sentara junto a usted —me dijo Wolfe. Y luego, dirigiéndose a ella, añadió—: Lamento, señora, la ofensa que se le ha inferido dentro de mi casa. Le presento al señor Laidlaw. El señor Cramer. El señor Stebbins. Los dos pertenecen a la Policía. Ya conoce al señor Byne. —Wolfe fue indicándole sucesivamente todos los presentes.

Mientras la conducía a la silla que Saúl hubiera acercado, poniéndola entre la de Laidlaw y mi mesa, Cramer pronunció estas palabras:

—Primero arma todo este tinglado y después dice que lo siente. He de expresar mi pesar por lo sucedido, señora Robilotti. Mi intervención en este aspecto ha sido nula. Continúe, Wolfe.

—Desde luego, lo he organizado todo para provocar la apetecida reacción en la señora Robilotti al enfrentarse con Elaine Usher. Antes de comentar tal reacción debo explicar la presencia del señor Laidlaw entre nosotros. Le pedí que se quedara porque está legítimamente interesado en el caso. Como ustedes saben, alguien envió un anónimo a la Policía, en el que se declaraban ciertas cosas sobre su

persona. Eso le da derecho a saber la verdad, a asistir a su descubrimiento. ¿Y el señor Byne? ¿Por qué está aquí también el señor Byne? No tardarán en comprenderlo. Algo que él dijo anoche me convenció de que la señora Robilotti se hallaba enterada de que su primer esposo, Albert Grantham, era el padre de Faith Usher. Sin embargo...

—Miente usted —saltó Byne—. Eso es mentira.

Wolfe le miró y continuó hablando en un severo tono de voz:

—Mido bien mis palabras, señor Byne. Fíjese en que no he declarado que usted me lo contó. He pretendido dar a entender que lo deduje de su relato. Fue

al hablar de los invitados a la reunión. «Por supuesto, mi tía podía borrar de la lista el nombre de Faith y decirle a la señora Irwin...» Al llegar a este punto usted se interrumpió bruscamente, comprendiendo que acababa de cometer un desliz. Como yo lo pasé por alto creyó que se me había escapado tal detalle. Pero no fue así. De haberle llamado yo la atención habría negado sus propias palabras. Su sugerencia...

—¿No hubo sugerencia de ninguna clase!

—No la hubo de carácter intencionado. ¿Por qué había de eliminar de la lista a Faith Usher la señora Rebilotti? ¿Por qué negarle la entrada en

la casa? Evidentemente, quería impedir que se cobijara bajo su techo, aunque fuese sólo por unas horas, la hija natural de su primer marido. Captada su involuntaria sugerencia planeé lo necesario para confirmarla. Si la señora Robilotti enfrentada de pronto con Elaine Usher, la madre de Faith: alargaba con un gesto natural la mano, sin más, mi sospecha habría de ser desechada. Pensé que quizá se abstuviera. Me equivoqué. Algún día me daré cuenta de que tratándose de mujeres las conjeturas sobran. La verdad es que no solamente se abstuvo de alargar su mano, sino que además la señora Usher se vio agredida. Repito: lo

siento. No lo había previsto.

—Usted ha dicho que mi tía no consentiría nunca la entrada de Faith Usher en su casa porque sabía que era la hija natural de su primer marido. No obstante, Faith asistió a la reunión. Supo con anticipación que figuraba entre los invitados y no se negó a recibirla — objetó Byne.

—Esa constituye precisamente la razón principal de que yo vea en su tía la persona responsable de la muerte de Faith.

—¡Basta! —exclamó Cramer—. Señora Robilotti —añadió volviendo la cabeza hacia ella—. Deseo que sepa que esto resulta para mí tan sorprendente

como para usted.

Los ojos grises de la tía de Byne habíanse fijado en Wolfe, al que observaba sin parpadear.

—Siempre había dudado de ello —murmuró—. Nunca creí que un hombre cayera tan bajo. Es increíble.

—Estoy de acuerdo con usted —le replicó mi jefe—. El crimen siempre lo es... Al expresarme así delante de testigos, señora, me he comprometido. De haberme equivocado quedaré a merced de usted. No me agradaría nada que llegara a suceder tal cosa. Inspector Cramer: se halla usted impresionado, desde luego. Puedo explicarme, si es que no opta usted por atacar. ¿Que

prefiere.

Cramer apretó los puños, que ahora descansaban sobre sus rodillas.

—Lo que yo quiero es saber. ¿Cómo podría probar que Faith Usher era la hija de Albert Grantham?

Wolfe se pasó una mano por la cabeza, en actitud reflexiva.

—Ése es un punto muy delicado. Mi interés se centra en el asesinato de la joven y abrigo la pretensión de no causar perjuicios a las personas no complicadas en él. Por ejemplo: yo sé dónde podría proveerse de pruebas para demostrar que la muerte de Faith Usher beneficiaba económicamente a un hombre determinado, pero como quiera

que éste no se encontraba en el lugar en que se cometió el crimen ni es el autor de éste, sólo ampliaré detalles en el caso de que resulten ser absolutamente indispensables. Para responder directamente a su pregunta: poseo las declaraciones de Elaine Usher y de Austin Byne. —La mirada de Wolfe se desplazó hasta este último—. Ya se ha resistido usted bastante tiempo, señor Byne... Dígame: ¿sabía su tía que Faith Usher era la hija de Albert Grantham?

La mandíbula inferior de Dinky cayó. Miró hacia a izquierda, a la señora Usher, pero no hacia la derecha, en dirección a su tía. Wolfe se lo había dado a entender bien claramente: si se

conducía como era debido callaría todo lo relativo al secreto acuerdo. Probablemente, lo que le decidió fue el paso definitivo dado por la señora Robilotti al abofetear a la madre de Faith.

—Sí —repuso—. Se lo dije yo.

—¿Cuándo?

—Hace un par de meses.

—¿Por qué?

—Todo fue originado por un comentario suyo. Había dicho que yo era un parásito que vivía del dinero que mi tío me había dado antes de morir. Al oírle repetir esto un día no supe dominarme y le contesté que mi tío me había hecho entrega de ese dinero con el

fin de que pudiera atender a las necesidades de su ilegítima hija. No quiso creerme y entonces le di a conocer el nombre de ésta, así como el de su madre. Después me arrepentí...

Oyóse como un ruido, un ruido explosivo, procedente del sitio en que se encontraba la señora Robilotti.

—Eres un embustero —le increpó con un destello de odio en los menudos ojos—. Estás mintiendo... Me contestaste eso para sacarme dinero. No te bastaban los millones que Albert te dio, no estabas satisfecho...

—¡Cállese! —La voz de Wolfe sonó como un trallazo al reprenderla—. Se halla usted en peligro, señora. Soy yo

quien le ha puesto en tal situación. Pesa sobre mí, en consecuencia, cierta responsabilidad que me lleva a aconsejarla que refrene su lengua. ¿Desea usted saber más, señor Cramer?

Éste seguía tan asombrado o más que antes.

—Usted afirma que la señora Robilotti hizo lo posible para que Faith Usher asistiera a la reunión, con el propósito de matarla. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—¿Considera usted el hecho de que ella supiera que Faith Usher era la hija ilegítima de Albert Grantham como el móvil del crimen?

—Dado su temperamento, pudo

haberlo sido. Pero además se forjó otro. Cabía la posibilidad de que su sobrino se hubiese valido de Faith Usher para hacerse con una fortuna que consideraba suya. Es éste un punto que valdría la pena aclarar.

—Ya me ocuparé de eso. Ahora pienso en la representación que usted organizó. ¿Sostiene que tal como se desarrolló allí, señalaba la probable culpabilidad de la señora Robilotti?

—Sí. Usted lo vio. Ella pudo haber arrojado el veneno dentro de la copa que estuvo encima del mostrador del bar por espacio de tres o cuatro minutos. Se encontraba precisamente allí... Si alguien que no hubiese sido quien ella

esperaba hubiera querido llevarse la copa, con decirle que era suya... Idéntica excusa le habría servido de haber observado que su hijo, cuyos hábitos, naturalmente, conocía a la perfección, no cogía la copa con la mano que tan importante papel jugaba en su combinación. Le quedaba, incluso, el recurso de entregársela ella misma, secundando así activamente su plan. En el momento en que Grantham abandonó el bar con el champaña envenenado en la copa que sostenía con la mano izquierda, Faith quedaba condenada. Y los riesgos eran mínimos. En el bolso de la víctima había una buena cantidad de cianuro. Se supondría, lógicamente, que

se había suicidado. Y esta suposición hubiese prevalecido de no haberse encontrado presente el señor Goodwin, de no haber tenido éste los ojos bien abiertos

—Quién le dijo a la señora Robilotti que Faith Usher llevaba encima ese frasco? ¿Cuándo ocurrió eso?

—No lo sé —replicó Wolfe— Pero, ¿qué quiere, Cramer? ¿Que se lo haga todo?

—No, Wolfe. Ya ha hecho usted bastante. Ha dicho antes que los riesgos eran mínimos. No lo creo al pensar en la acción de apoderarse del bolso de Faith Usher para sacar del mismo el frasco y luego de éste el terrible veneno.

—Dudo de que ella llevara a cabo esta triple operación. Ni siquiera creo que se acercara al bolso. Al saber la naturaleza de la sustancia contenida en la botellita se procuró un poco por otro lado, cosa que no resulta muy difícil. Valdría la pena investigar si recientemente hizo alguna adquisición de cianuro. Lo más seguro es que sí. Bueno, ¿usted qué quiere? ¿Que le enseñe el fruto maduro para que no tenga más trabajo que el de alargar la mano? Me metí en esto únicamente por averiguar si Goodwin estaba equivocado o se hallaba en lo cierto. Me considero satisfecho. ¿Y usted?

Cramer no respondió. La señora

Robilotti habíase puesto en pie. Me imagino que lo que provocó este movimiento fue una frase de Wolfe, al mencionar la posibilidad de que hubiese comprado una pequeña cantidad de cianuro. No me equivoqué, porque varios días después Purley Stebbins me comunicó que habían localizado el establecimiento en que estuviera ella con aquel fin.

La señora Robilotti se encaminaba ya a la puerta. Pero no llegó a dar más de tres pasos. Cramer y Purley se apresuraron a bloquearle la salida. Aquella mujer se enfrentaba en tales momentos con dos corpachones que pesarían en conjunto cuatrocientas

libras, movidos por ágiles piernas.

—Déjenme pasar —ordenó a los dos hombres—. Me voy a casa.

Raras veces me han inspirado lástima ese par de policías, pero en aquella ocasión sí. Especialmente Cramer.

—En estos momentos, no —dijo éste hoscamente—. Mucho me temo que haya de contestarnos a varias preguntas.

CAPÍTULO

XVII

AÚN me queda algo por contar. ¿No recuerda el lector que cierto día, el siguiente a aquel en que fue pronunciado el veredicto de culpabilidad contra el asesino de Faith Usher, discutía yo con una amiga, tratando de decidir cuál era la frase más orgullosa que había salido de labios humanos? Pues bien, ese mismo día vi a Edwin Laidlaw en el bar del Churchill. Inmediatamente concebí

el proyecto de realizar una buena acción. Además, yo tenía la idea de que la factura que le pasamos por nuestros servicios (pagada puntualmente y sin el menor regateo), habíase elevado demasiado. En consecuencia, merecía una compensación. Me acerqué a él y después de intercambiar unos saludos le comuniqué:

—No quise decir nada mientras duró el proceso contra su madre, pero ahora debo contárselo, por si le interesa. Un día, hablando yo con Celia Grantham, sonó su nombre. Éste fue el comentario de la joven: «Quizá me case con él algún día. Y lo haría ahora mismo si supiese que anda metido en algún lío.»

Le informo de ello por si se decide a tomar unas lecciones de baile.

—Ya no hay necesidad de éstas — me contestó—. Aprecio su buena intención y le doy las gracias, pero... Nos casamos la semana que viene. No lo celebramos. Lo habíamos aplazado hasta que el juicio concluyera. Permítame que le invite.

Ahí queda eso. Por tal detalle verá el lector que me muestro demasiado prudente cuando de realizar una buena obra se trata

FIN

<*_s_a_l_t_o*_*_d_e*_*_p_a_g_i_n_a*_*>

Título original: Champagne for one
Traducción: Ramón Margalef Llambrich
Editorial Molino
Biblioteca de oro 450
ISBN: 84-272-0758-1

Notas

¹ «El Rincón de Amate». (N. del T.)

<<

² «El Garito de Toni». (N. del T.)<<